

¿POR QUÉ FUNCIONA EL POPULISMO?

el discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis

maría esperanza casullo

siglo veintiuno editores

Índice

María Esperanza Casullo

¿POR QUÉ FUNCIONA EL POPULISMO?

El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis

siglo veintiuno editores

Casullo, María Esperanza
¿Por qué funciona el populismo? / María Esperanza Casullo.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.

Libro digital, EPUB.- (Sociología y política)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-629-908-4

1. Populismo. 2. Movimiento Político. 3. Ciencia Política. I. Título.

CDD 321.8

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Diseño de portada: Eugenia Lardiés

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: abril de 2019

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-629-908-4

Para Pablo, con quien no me canso de compartir las palabras y el silencio.

Introducción

El populismo: siempre a punto de morir, más vivo que nunca

> Como la lengua, la cultura ofrece al individuo un horizonte de posibilidades latentes, una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la propia libertad condicionada.
> **Carlo Ginzburg**, *El queso y los gusanos*

El populismo es un fenómeno íntimamente asociado a la historia latinoamericana. Nadie puede negar que en nuestra región este linaje, que incluye a Lázaro Cárdenas, Getúlio Vargas, Juan Domingo Perón y Eva Duarte, Carlos Menem y Hugo Chávez, entre otros, es fuerte, aunque existen diversas interpretaciones para explicar esta prevalencia.

De esta secuencia emana cierto aire de familia: líderes personalistas, que crearon partidos o movimientos que cambiaron el sistema político de sus países (y que en muchos casos llevan simplemente su nombre, como "peronismo" o "chavismo"), que fueron muy resistidos por las élites económicas, sociales y culturales de sus países, y que tuvieron discursos de gran antagonismo y espíritu de lucha.

En América Latina su momento de hegemonía más reciente comenzó con la elección de Hugo Chávez en Venezuela, en 1998, y su declinación, con el juicio político a Fernando Lugo en Paraguay, en 2012. En su punto más alto, la marea de izquierda gobernaba a dos tercios de los habitantes del continente. Brasil, Chile y Uruguay tenían en ese entonces gobiernos que habían llegado al poder mediante partidos institucionalizados; Venezuela, la Argentina, Bolivia, Ecuador y Paraguay, en cambio, estaban conducidos por presidentes que lo habían hecho sostenidos en un liderazgo de tipo populista y en contextos de crisis severas del sistema de partidos.[1]

Los presidentes populistas de la ola rosa compartieron algunas características: buscaron ampliar la intervención del Estado en la economía, implementaron políticas redistributivas del ingreso, antagonizaron con los Estados Unidos y los organismos internacionales de crédito en sus discursos, y muchos, aunque no todos, reformaron las constituciones de sus países o reescribieron

legislación. Además, estos gobiernos expandieron derechos políticos y sociales de manera significativa y aumentaron la participación política de grupos antes excluidos; sin embargo, sus críticos señalan el incremento del dirigismo estatal, la polarización política y el debilitamiento de los mecanismos liberales, por ejemplo, la libertad de prensa, como características negativas (Ruth y Hawkins, 2017). También tuvieron en común otra característica: fueron confrontativos; en su discurso y en su práctica no vacilaron en iniciar y sostener conflictos con sectores más o menos amplios de la sociedad; sobre todo, con núcleos de las élites financieras, empresariales o agrícolas, a los que denostaban con fuertes términos.

El momento hegemónico de la izquierda latinoamericana parece haber pasado. En 2012 el Congreso paraguayo sometió a Fernando Lugo a un juicio político de muy baja legalidad y lo destituyó. En 2013 murió Hugo Chávez y desde entonces su sucesor designado, Nicolás Maduro, gobierna de manera cuasi autoritaria un país sumido en una crisis económica permanente. (Sin embargo, el chavismo parece ser, paradójicamente, la experiencia populista más fallida y la más resiliente a la vez. Una década y media de deterioro económico y protestas de la sociedad civil no han logrado hasta ahora correrlo del poder). En 2015 el candidato del peronismo en la Argentina, Daniel Scioli, perdió la elección presidencial en segunda ronda frente al candidato de derecha Mauricio Macri. En 2016 Evo Morales fue derrotado en un plebiscito que buscaba autorizar su reelección. Finalmente, Rafael Correa logró imponer a Lenín Moreno para que lo sucediera en el cargo, solo para ver como este renunciaba a todo vínculo con el correísmo a pocas semanas de asumir y anunciaba su intención de revertir la línea política de su antecesor. Y, claro está, en 2016 Dilma Rousseff, aun sin ser populista, fue depuesta de su cargo por el Congreso de Brasil, en un *impeachment* a todas luces ilegítimo.

Sin embargo, el agotamiento de la ola de populismo de izquierda en Sudamérica no devino en el fin del populismo, como algunos esperaban. Antes bien, inauguró un período de auge no solo regional sino mundial, pero de signo ideológico opuesto. En otras palabras, el (aparente) fin del populismo de izquierda no dio paso a la universalización de la democracia liberal de partidos universalistas y tecnocráticos, sino a un momento de esplendor del populismo xenófobo y excluyente de derecha. Esto puede verse en la reciente sucesión de victorias de partidos populistas de ultraderecha en Europa, en el sorprendente triunfo de la opción antieuropea del llamado “Brexit” en Gran Bretaña, y en la victoria de Donald Trump en los Estados Unidos. En la región quedó de manifiesto con la elección en Brasil del ultraderechista Jair Bolsonaro a fines de 2018.

Es decir, vemos hoy que el populismo funciona para ganar elecciones

(solo hay que preguntarle a Nigel Farage en Inglaterra o a Donald Trump en los Estados Unidos) y, aunque esto sea más polémico, también funciona para gobernar. No para hacer un "buen gobierno" (deberíamos para esto debatir qué significa un "buen gobierno"), pero sí para subsistir en el poder. Hugo Chávez, Rafael Correa, Evo Morales, Néstor Kirchner y Cristina Fernández lograron permanecer en el poder sorteando amenazas reales y concretas, que incluyeron un golpe de Estado con apoyo internacional en Venezuela en 2002, una sublevación regional en Bolivia, el voto adverso en el Congreso de su propio vicepresidente y la muerte de su esposo en el caso de Cristina Fernández. Estos gobiernos, además, expandieron el poder del Estado y crearon, muchos de ellos, nuevas legislaciones e instituciones públicas. ¿Cómo puede explicarse que políticos como Donald Trump o Evo Morales hayan ganado elecciones cuando los analistas más serios estaban seguros de que iban a perder? ¿Cuál es la raíz de la efectividad populista de izquierda y de derecha?

Si el populismo no ha muerto, entonces solo puede deberse a una razón: en política, el populismo *funciona*. Esta afirmación puede resultar polémica, pero eso no la hace menos cierta. Incluso sus críticos lo reconocen, aunque sostienen que funciona *a pesar de*: a pesar de que sus argumentos no se presentan de manera silogística, a pesar de que se sostiene en la lealtad hacia liderazgos carismáticos y no hacia partidos políticos, a pesar de que prefiere discursos antagonistas y emocionales a propuestas programáticas enunciadas con claridad. Nuestra propuesta es que el populismo funciona *porque* esas mismas características le permiten generar sus propias explicaciones del mundo, que pueden traducirse en acciones concretas. Simplemente lo hacen de otro modo, valiéndose de una herramienta discursiva que llamaremos *mito populista*. Y, bajo ciertas condiciones —crisis económicas y sociales, desestructuración del sistema de partidos, esclerotización y pérdida de representatividad de las fuerzas partidarias mayoritarias, aumento de la fragmentación y pluralidad identitaria, aparición de nuevos medios de comunicación, diseminación de "casos exitosos" entre países por el efecto contagio—, este modo populista se vuelve más eficaz que la manera liberal-tecnocrática para generar representación e identidad política. Para decirlo de forma sencilla: en ciertos momentos, bajo determinadas circunstancias, un discurso populista es más creíble y genera mayor identificación que un discurso de otro tipo en grupos importantes o aun mayoritarios de la sociedad. El mito populista funciona porque logra dar respuesta a las dificultades, los miedos y las ansiedades de los ciudadanos, porque encuadra y da sentido a una realidad social que por momentos parece haberlo perdido, porque recorta cursos de acción rápidos, posibles y decisivos para lograr transformaciones y

porque ofrece a la población la posibilidad de participar en un proyecto con carácter épico.

No es nuestro objetivo defender o justificar el populismo; sí lo es comprenderlo y, sobre todo, encontrar algunas claves que expliquen su potencia y eficacia en el contexto actual. Este propósito –comprender cómo funciona la lógica populista en la vida política contemporánea– no es original en sí mismo, sino que forma parte de un impulso por suerte cada vez más frecuente; en la última década se publicaron libros excelentes que comparten esta perspectiva fenomenológica.[2] Sin embargo, intentaremos ofrecer aquí algunos aportes novedosos. En primer lugar, el concepto de *mito populista*. Mencionado por Margaret Canovan en *The People*, no ha sido hasta ahora desarrollado como una perspectiva teórica. Con este concepto intentamos, por un lado, ofrecer una metodología de análisis sistemática que se pueda usar para analizar una variedad de discursos populistas en diferentes contextos y, por el otro, identificar el núcleo discursivo sobre el cual se ancla la identificación entre seguidores y líder, es decir, la explicación de la realidad social conflictiva en términos *narrativos*: un relato articulado por un héroe, un villano y un daño, cuya efectividad social es al mismo tiempo consecuencia y causa de la autoridad performativa del líder.[3]

El segundo aporte original es pasar de una concepción esencial ("qué es") a una concepción funcional del populismo; es decir, comprenderlo como algo que *se hace de manera discursiva, en público, con otros*. En este libro, llamamos "populismo" al uso repetido y sistemático de un tipo de discurso: el mito populista. El análisis de los discursos presidenciales que aquí recogemos nos ha permitido comprobar que todos estos presidentes recurrieron a este género y dedicaron tiempo y esfuerzo a componer sus mitos legitimantes. Esta comprobación resulta suficiente: no aspiramos a realizar juicios ontológicos más allá de ella.

Por último, nos importa reivindicar el rol fundamental de los géneros narrativos en el discurso político y ofrecer un concepto de rango medio para el análisis del discurso político que vaya más allá de la exégesis psicológica de las palabras de los políticos, pero que resulte relativamente simple y adaptable a otros contextos.

Qué es el populismo y cómo aprender a quererlo (un poco)

Una persona que desee dedicarse al estudio del populismo enfrenta, desde el comienzo, al menos tres problemas. El primero es que *todo el mundo* sabe o piensa que sabe qué es el populismo. A diferencia de

otros temas de las ciencias sociales rodeados de un aura de dificultad por su aparente complejidad técnica, el término “populismo” se utiliza habitualmente en todos los medios del mundo, por parte de especialistas y no especialistas. El populismo es algo *obvio*, por eso volverlo no obvio y recolocarlo en un lugar de indagación se convierte en un desafío. No para hacer de él algo opaco para el común de las personas –la política es propiedad de los ciudadanos, no de los técnicos–, sino para intentar recortar sus límites conceptuales con alguna precisión y abordarlo desde una mirada libre de prejuicios.

El segundo problema es el carácter marginal que los estudios sobre el populismo tenían hasta hace poco tiempo en la ciencia política. En el siglo XX, esta se imaginó a sí misma como la disciplina orientada a comprender, diseñar y promover la estabilidad institucional. La movilización populista es justamente aquello que aparece siempre *contra* la arquitectura institucional vigente, dado que se levanta al grito de “están oprimiendo al pueblo”. Y esto conduce al tercer problema. A diferencia de otros términos que designan ideologías o posiciones políticas, como “socialismo” o “liberalismo”, el populismo se usa casi de modo universal solo con connotaciones negativas, como una taquigrafía que puede significar indistintamente manipulación, demagogia, autoritarismo, clientelismo o, en los casos más extremos, fascismo. Es más, los propios políticos populistas no suelen reconocerse como tales, a diferencia de los liberales o los socialistas.

Parece, entonces, que hemos llegado a una situación paradójica: pasamos de una instancia en que los estudios sobre populismo eran marginales, a una en que estos se multiplican, pero de manera superficial, sin un consenso sobre la definición del término ni sus alcances, y con un enfoque normativo y apriorístico. Si todo es populismo, entonces nada es populismo; si todo el populismo es fascista, entonces ¿por qué no llamarlo directamente “fascismo”? De forma inversa, si todo el populismo fuera automáticamente bueno, ¿cómo explicamos que varios regímenes autoritarios hayan comenzado como movimientos con características populistas? ¿Existe, por fin, un campo de fenómenos empíricos que puedan llamarse “populismo” con cierto grado de certeza, pero cuya extensión no sea definida solo por un criterio normativo y subjetivo, es decir, “aquello que no me gusta”?

Esperamos que este libro ofrezca una respuesta al menos tentativa a estos dilemas. La clave al estudiar el populismo está en lograr un balance adecuado entre la pretensión de claridad y determinación conceptual de la teoría y el carácter multiforme de la realidad política. Esto es, el concepto de populismo debe ser lo suficientemente restrictivo como para incluir en esta categoría algunos casos y excluir otros, y, al mismo tiempo, lo suficientemente amplio y flexible como

para poder decir algo de la multiplicidad de casos que presentan gradaciones o hibridaciones. Es necesario, entonces, que la conceptualización elegida permita distinguir de manera sencilla entre qué sería populismo y qué no lo sería, pero también resulte en alguna medida “imprecisa” (si se nos permite el uso paradojal) para dar cuenta de que el populismo existe como gradación o puesta en acto, no como esencia. Es por eso que adoptamos aquí el enfoque de que el populismo es un tipo de *género discursivo*, es decir, una práctica o un uso del discurso que convive con otros. De forma simultánea, este uso del discurso ocupa un polo en el extremo de un continuo definido por su oposición respecto del discurso tecnocrático, entendiendo que ambos extremos son casi constructos teóricos y que la inmensa mayoría de los casos habita en el amplio y caótico medio. Es prácticamente imposible pensar en un movimiento político o liderazgo que solo sea populista o lo sea todo el tiempo, así como resulta imposible pensar en uno que sea por completo tecnocrático. Esto es más pronunciado aún en el caso de los gobiernos, que son objeto de nuestro análisis. Aun el populismo más extremo debe mantenerse en el poder, lo cual implica gobernar, y esto requiere al menos cierto grado de capacidad tecnocrática; de igual modo, hasta el tecnócrata más convencido debe ganar elecciones, y esto es casi imposible sin manejo del género mítico-populista. La diferencia entre los casos que pueden definirse como populistas y los que no es más bien una distinción de énfasis y de frecuencia en el uso de uno y otro género discursivo que de esencia.

A la vez, reivindicamos un *insight* fundamental: a pesar de su vaguedad o polisemia, el término “populismo” se refiere a algo del mundo y como tal merece seguir siendo usado. Esto puede sostenerse porque ningún concepto vacío o erróneo sobrevive a dos mil quinientos años de debate teórico político, y esto es lo que ha sucedido con el concepto en cuestión. Su longevidad y la actualidad de las discusiones clásicas sobre él, como las de Aristóteles y Maquiavelo, que se abordarán en los siguientes capítulos, obligan a cambiar la perspectiva: a preguntarnos no tanto cómo reducir la ambigüedad conceptual del término, sino en qué medida esta ambigüedad conceptual es la que lo vuelve tan útil y vital. Si no sabemos bien qué es el populismo, pero sí sabemos que existe, tal vez se deba a que tampoco sabemos bien *qué es la democracia*, aunque aspiremos a ella.

Análisis de los casos

En este libro, nos ocuparemos de algunos casos que formaron parte de la llamada "ola rosa" de populismo de izquierda que gobernó América Latina desde 1998 a 2015, y otros casos de la zona noratlántica. Para Sudamérica tomamos las presidencias de Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia, Néstor Kirchner y Cristina Fernández en la Argentina, y Fernando Lugo en Paraguay. Luego, dedicaremos un capítulo al ascenso de Donald Trump en los Estados Unidos y a Marine Le Pen –quien no fue elegida presidenta en Francia pero compitió en segunda vuelta con el actual primer mandatario Emmanuel Macron–. En el último capítulo, con un tono más adecuado a un análisis de coyuntura, abordaremos el gobierno de Mauricio Macri.

En cuanto a los discursos, otorgamos especial atención a dos tipos: los de asunción del mando y aquellos pronunciados ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. Se trata de intervenciones públicas iluminadoras, en las que, en momentos de relevancia institucional y frente a un público amplio, los presidentes establecen objetivos para sus gobiernos, definen sus prioridades, sitúan sus proyectos políticos en relación con la historia del país y explican cómo intentarán posicionarse en el contexto internacional. Además, analizamos discursos dados en respuesta a situaciones de crisis o momentos excepcionales, por ejemplo, las intervenciones públicas de dirigentes chavistas frente al golpe de Estado de 2002, los discursos de Néstor Kirchner cuando decidió pedir el juicio político de la Corte Suprema heredada del menemismo, los de Cristina Fernández en respuesta a la llamada crisis del campo, los de Evo Morales motivados por el intento separatista de la región del este boliviano y en el contexto del plebiscito que perdió el Movimiento al Socialismo en 2016. En el caso de Mauricio Macri, se prestó especial atención a una alocución pública que resultó un verdadero parteaguas en su discurso: la pronunciada frente a todo el gabinete en el Centro Cultural Kirchner pocos días después de que Cambiemos ganara la elección legislativa de medio término en 2017. En este discurso el presidente argentino delineó una agenda que preanunciaba el ajuste estructural que luego aplicaría. Respecto de Marine Le Pen, la única que no ocupa el sillón presidencial de su país, trabajamos con sus discursos de campaña. Además, consideramos varios cientos de tuits de las cuentas de todos estos mandatarios y líderes.

En sus discursos e intervenciones se relevaron las siguientes cuestiones:

- ¿Quién es el héroe? ¿Cómo se presenta? ¿Por qué ese líder es un *outsider*? ¿Cuáles son los imperativos morales que lo llevan a actuar políticamente? ¿Cuál es la matriz discursiva que utiliza para posicionarse como ajeno a la

política? ¿Se presenta como un militar patriótico, un dirigente de movimientos sociales populares, un hombre de negocios?

- ¿Quién es el traidor? Como se verá, la figura del villano es el verdadero punto focal del mito populista: le da sentido a la identidad común y es la imagen en espejo del líder. El traidor ha cometido un daño contra el pueblo y le ha robado su destino de plenitud. En este sentido, se buscaron marcas discursivas que definieran al "otro": si se lo define en términos culturales o económicos, si se trata de los banqueros o de la "oligarquía" agrícolo-ganadera, si se menciona a los inmigrantes como adversarios. Se puso especial cuidado en diferenciar al "villano externo", que existe allende las fronteras, del "traidor interno" que, como veremos, es estrictamente nacional.
- ¿Cómo es el movimiento? La intención es comprender cómo se articula la dinámica de unión entre líder y pueblo. En especial se revisaron dos dimensiones: la orientación temporal y la referencia a una tradición histórica. La orientación temporal se relaciona con la forma como se narra la concatenación de secuencias entre pasado, presente y futuro. La referencia a una tradición se vincula con las fuentes que se citan discursivamente como inspiración, referencia o hermandad: textos políticos, figuras del pasado, ejemplos de otros movimientos internacionales cercanos, visiones del mundo en sentido amplio.

Plan del libro

Los contenidos del libro se organizan de la siguiente manera. El capítulo 1 presenta una sumaria discusión acerca de la historia del concepto de populismo durante el siglo XX, centrada sobre todo en América Latina y en las esperanzas, siempre frustradas, de que la modernización política elimine de una vez y para siempre esta "patología política". Aquí puede encontrarse también un mapeo del estado del arte de los estudios actuales sobre populismo y, finalmente, la definición de un elemento clave para comprender el éxito de los movimientos populistas: el tipo de género discursivo usado por los líderes, que ya adelantamos aquí como *mito populista*.

El capítulo 2 despliega una discusión teórica que comienza con

Aristóteles y Maquiavelo, con la intención de establecer algunos argumentos: primero, que el populismo es un fenómeno muy antiguo y que su propia capacidad de supervivencia habla de que es muy poco probable que desaparezca; luego, que la relación entre populismo y democracia no es dicotómica sino generativa. Es decir que el populismo debe comprenderse como un *subproducto de la democracia* antes que como su opuesto.

El capítulo 3 explora el uso que los presidentes sudamericanos antes mencionados hicieron del mito populista. La inclusión de Lugo puede parecer sorprendente: a diferencia de Chávez, los Kirchner o Evo Morales, analizaremos su presidencia para mostrar una de las tesis centrales del libro: que *la radicalización populista y no la moderación* es la mejor manera de garantizar la supervivencia de un gobierno con esas características.

El capítulo 4 analiza un caso estadounidense (Donald Trump) y un caso europeo (Marine Le Pen), en el contexto del crecimiento de los partidos de derecha radical en Europa. Esta comparación permite darle carnadura a la distinción entre populismos de izquierda y derecha: desde mi punto de vista, esta distinción no se sustenta en un mayor o menor grado de antagonismo (ambos son antagonistas), ni en una mayor o menor inclusividad (ninguno de ellos es totalmente inclusivo o universalista: en ambos casos *algún sector* debe ser excluido en tanto élite), sino en *la dirección del antagonismo* y en la *orientación temporal del mito*. En la primera dimensión, el antagonismo puede dirigirse *hacia arriba* (es decir, a una élite económico-social) o *hacia abajo* (hacia inmigrantes, minorías étnicas, mujeres); en la segunda dimensión, los populismos de izquierda tienden a orientarse hacia el futuro, y los de derecha, a ser nostálgicos o románticos.

El capítulo 5, finalmente, aborda los primeros tres años del gobierno de Mauricio Macri con las categorías presentadas, con el objetivo de demostrar que, si bien nadie podría calificar su discurso de populista, en los años que precedieron a su elección sí había logrado articular un mito político que identificaba un villano, un héroe y que estaba orientado hacia el futuro. Esta orientación, sin embargo, fue desapareciendo de la presentación pública de Cambiemos al compás de las dificultades y los tropiezos en la gestión y, sobre todo, de la crisis económica que comenzó en 2018. Este recorrido —decimos— muestra que la transformación de Macri “de popular a populista” lo ayudó a ganar las elecciones de 2015, mientras que desde entonces hasta 2018 esa orientación discursiva se revirtió y viró hacia un modelo mucho más clásicamente liberal-tecnocrático.

De los márgenes al centro

Una anécdota personal puede ilustrar el derrotero del populismo y su estudio académico en los últimos años. En 2006 había terminado todos los cursos de mi doctorado en ciencia política y tenía que decidir el tema de tesis. Por varios años me había dedicado al estudio de la teoría de la democracia deliberativa y de la sociedad civil. Sin embargo, el ascenso de la nueva ola populista en América Latina era fascinante para cualquier persona interesada en la política de la región. Al mismo tiempo, me resultaba crucial notar que, una y otra vez, Jürgen Habermas señalaba al populismo "moderno pero antidemocrático", no al autoritarismo abierto, como la mayor amenaza contemporánea para la democracia liberal.[4] Tomé entonces la decisión de realizar mi trabajo doctoral sobre populismo y democracia deliberativa, y se lo comuniqué a mi director de tesis. Su comentario luego de leer mi proyecto fue: "Esto está muy bien, y si querés hacerlo te apoyo, pero mi obligación como tu tutor es aconsejarte que elijas otro tema. El populismo es una cuestión marginal para la disciplina y eso puede impactar de manera negativa en tus posibilidades de ser publicada".

Él tenía razón, pero la realidad cambió. Doce años después, el populismo explotó en el mundo, y con esa explosión, también creció el interés académico. En 2017 se publicaron dos manuales internacionales sobre populismo y decenas de libros sobre el tema,[5] que fue la estrella de las dos mayores conferencias internacionales de ciencia política del mundo. Prácticamente cada diario de Occidente ha publicado al menos un par de notas preguntándose (y en general, sin dar respuesta): "¿Qué es el populismo?".

Esta súbita expansión del interés sobre un fenómeno que estaba supuestamente moribundo, es una buena noticia para quienes siempre estuvimos convencidos de su centralidad. Sin embargo, el mismo interés genera riesgos y problemas. Si todo es populismo, nada es populismo; si todo lo malo que sucede en política en el mundo se denomina "populismo" irreflexivamente, corremos el riesgo de que se pierdan las distinciones conceptuales, se confundan fenómenos que son diferentes y, lo que es peor, se utilicen métodos para "luchar contra el populismo" que sean inútiles o contraproducentes. Denunciar a todo gobierno populista como antidemocrático muchas veces solo redunda en una solidificación de su base de apoyo. Ignorar que a veces estos gobiernos expanden derechos mientras antagonizan con aspectos del régimen liberal puede tener igual resultado.

Pero esto no significa que introducir en la discusión la perspectiva histórica y un grado mayor de matices teóricos le permita al analista lograr más impacto en la esfera pública. Por el contrario, se

multiplican los análisis simplistas, anecdóticos e impresionistas. Y, sin embargo, en todos estos problemas y en la naturaleza familiar y elusiva a la vez del populismo reside su fantasmagórico atractivo. Es un objeto de estudio que vive en los márgenes del conocimiento claro y distinto, pero en esos mismos márgenes ambiguos y multiformes puede encontrarse, tal vez, una verdad.

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin la ayuda y la guía de muchos. Agradezco a mi director de tesis, R. Bruce Douglass, quien me enseñó que la teoría política tiene metodología propia y me alentó en mi proyecto *sui generis*; a Gerald Mara, de quien aprendí todo lo que sé de Aristóteles; y a Mark Warren, de British Columbia, con quien leí y discutí sobre democracia deliberativa. Con Patricio Korzeniewicz y Nancy Forsythe, José Itzigsohn, Richard Snyder, Pierre Ostiguy y Ernesto Semán pasé muchas tardes discutiendo los argumentos de este trabajo, y aprendiendo de ellos. Mi amiga y coautora Flavia Freidenberg me ayudó a refinar varias ideas, y está pendiente un proyecto futuro sobre "ciudadanía populista". Agradezco a la Universidad Nacional de Río Negro, que me otorgó el apoyo necesario para poder dedicarle tiempo a la investigación; al Center for Latin American and the Caribbean Studies de Brown University y a Jepson School of Leadership Studies de University of Richmond, ya que las dos estancias de investigación realizadas allí fueron fundamentales para completar este proyecto. Quiero agradecer a mis amigos Nicolás Tereschuk, Abelardo Vitale, Tomás Aguerre, Federico Vázquez, Sol Prieto, Mariano Fraschini, Mariano Montes, Martín Astarita, Sergio de Piero, Laura Iturbide, por la discusión y la lectura de borradores y textos varios. También a Martín D'Alessandro, presidente de la SAAP, y a Carlos Díaz, de Siglo XXI. Expreso mis infinitas gracias a Raquel San Martín, mi editora: todo autor debería tener a alguien como ella de su lado. Mi marido, Pablo Carnaghi, el mejor lector que conozco. Un abrazo final a mi familia: mi mamá, mi papá aunque ya no esté, mi hermana y hermanos, y a mis dos hijos, Ulises y Amancay, que son una dosis de felicidad instantánea cada día. Lo mejor de escribir un libro es poder listar en este párrafo a todas las personas de las que he aprendido y aprendo, y darme cuenta de cuán afortunada soy de contar con ellos.

---

[1] La mayoría de los análisis publicados durante ese período hicieron hincapié

en la diferencia entre los gobiernos encabezados por populistas y aquellos manejados por partidos programáticos. En teoría, estos últimos habrían logrado, además de mejores políticas públicas, un grado más alto de estabilidad (Levitsky y Roberts, 2011: 13). Sin embargo, tanto el Partido de los Trabajadores brasileño como la Concertación chilena parecieron llegar al final de la segunda década de este siglo en un estado de fragilidad política igual o mayor que los populismos.

[2] Entre ellos, *La razón populista*, de Ernesto Laclau; *El retorno de lo político*, de Chantal Mouffe; *The People*, de Margaret Canovan; *La tentación populista*, de Flavia Freidenberg; *The Global Rise of Populism*, de Benjamin Moffitt; *Political Populism. A Handbook* y *The Oxford Handbook of Populism*, de autores varios; *Populism: A Very Short Introduction*, de Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser; *Gender and Populism in Latin America*, editado por Karen Kampwirth; *Vox populi*. *Populismo y democracia en Latinoamérica*, coordinado por Julio Aibar Gaete, por dar solo algunos ejemplos.

[3] Vale decir, el líder es la única figura con la autoridad suficiente para relatar el mito y, al mismo tiempo, su autoridad nace del hecho de que lo relata.

[4] "Una sociedad civil robusta […] solo puede florecer en un mundo de la vida ya racionalizado. […] De otra forma, aparecerán *movimientos populistas* que defienden ciegamente las tradiciones congeladas de un mundo de la vida amenazado por las transformaciones capitalistas. En sus formas de movilización, estos movimientos fundamentalistas son tan modernos como antidemocráticos" (Habermas, 1999: 370; la traducción y el destacado son propios).

[5] Uno publicado por Oxford University Press, y otro, por Nomos en Alemania.

1. El fin del fin de la historia

> Sospecho que la emoción por las historias, por la narrativa, es una disposición humana universal, que acompaña nuestros poderes de lenguaje, nuestra conciencia de sí, y la memoria autobiográfica.
> **Oliver Sacks**, *On The Move* (traducción propia)

En 1989, la ciudadanía mundial presenció atónita la súbita caída del Muro de Berlín, derribado por las mismas personas a las que en teoría debía controlar. En pocos meses, la Unión Soviética también caía, la Cortina de Hierro no existía más y, no mucho después, una Alemania en vías de reunificarse le ganaba la final de fútbol a la Argentina, en Italia 90. En esos años, podía sentirse la historia corriendo, indetenible, impredecible, ante nuestros ojos. Para quienes podemos recordarlo, las imágenes en nuestra televisión de los manifestantes berlineses derribando con sus propias manos el Muro nos hicieron sentir como tal vez se haya sentido Hegel luego de ser testigo, en 1806, de la entrada triunfal de Napoleón en Jena: con la certeza de que estaba presenciando un acontecimiento que dividiría la historia humana en un antes y un después. Fundamentalmente, fueron años de optimismo democrático, presagiado en la Argentina por otros dos momentos que marcaron para siempre a una generación: el retorno de la democracia en 1983, y el Juicio a las Juntas en 1985. A principios de los años noventa, la historia y su movimiento final parecían evidentes: las dictaduras latinoamericanas se desvanecían al parecer sin violencia y por la acción virtuosa de la sociedad civil; el socialismo real perdía su atractivo; la única opción que quedaba en pie, la democracia liberal de partidos combinada con el capitalismo, debía, sin dudas, ser el camino correcto.

Ninguna pieza de teoría encarnó mejor el optimismo democrático de entonces como “El fin de la historia”, un texto –bastante corto, por cierto– de Francis Fukuyama, publicado en la revista *The National Interest* poco después de los eventos de Berlín. El artículo, que transformó a su autor en un intelectual famoso en todo el planeta, interpretaba en términos hegeliano-nietzscheanos la caída del Muro, pronosticaba el devenir inevitable del futuro global y, en una vena casi profética, aseveraba que la expansión mundial del capitalismo

liberal democrático era un hecho imparable.

Este texto seminal, sin embargo, no es la caricatura neoliberal a la que lo redujeron muchos de sus lectores. Fukuyama no ignoraba que el “fin de la historia” no estaba cercano, que la paz no sería inmediata, ni que las tensiones se seguirían sucediendo en un futuro próximo y mediato. Su idea de que la caída de las ideologías políticas estaría acompañada de un ascenso de los conflictos de menor intensidad causados por los fundamentalismos religiosos fue premonitoria. Asimismo, el autor concebía esa “última época” de la historia como el triunfo del “último hombre” nietzscheano: no como una era de creatividad y autoexpresión, sino un tiempo de gris y chato consumismo. No obstante, el elemento central de su tesis era la certeza de que, aunque el momento final tardara en llegar, se podía saber de antemano adónde se dirigía la historia con seguridad epistemológica. Es este espíritu de *certeza* –si no fechada, al menos teórica– lo que revitalizó la teoría democrática liberal y obligó a la teoría anticapitalista a embarcarse en la búsqueda de lo que suele llamarse “posmarxismo”. Con la caída del Muro y el fin de la historia, la teoría democrática liberal se encontró reinando casi en total soledad.

Treinta años después, parece vivirse en todo el mundo otro momento en el que la historia se nos muestra, pero como si hubiera elegido de repente moverse en reversa. La geopolítica se ha vuelto más complicada de lo que era hace tres décadas. China, que maneja desde el Estado la economía de mayor crecimiento en los últimos veinte años, parece probar que el capitalismo y la política democrática liberal no son necesariamente el único camino para aumentar el bienestar. En 2016, Gran Bretaña eligió en un plebiscito abandonar de manera unilateral la Unión Europea, el proyecto de integración pacífica que mejor parecía encarnar la utopía de la paz democrática y liberal. En todo el mundo desarrollado hay una ola ascendente de partidos de derecha nacionalistas y nativistas, cuando no directamente neonazis: fuerzas de este tipo ganaron elecciones o estuvieron cerca de lograrlo en Holanda, Francia, Austria, Alemania y Hungría, entre otros. En 2016, Donald Trump, un empresario de la construcción y estrella televisiva de *reality shows* sin ninguna experiencia de gobierno, fue elegido presidente de la más antigua e influyente democracia liberal del mundo. Tres décadas luego de la caída del Muro, nadie parece entender bien cómo se llegó a esta situación.

A la luz de estos sucesos, se puede revisar aquel momento de optimismo político y teórico. Por una parte, los eventos que siguieron (atentado a las Torres Gemelas, invasión a Irak de los Estados Unidos, inestabilidad en Medio Oriente, crisis del neoliberalismo en América Latina, ascenso mundial de partidos de ultraderecha) ponen en

entredicho la certeza de un "fin de la historia". En todo caso, parecería estar más próximo un "fin de la historia" literal debido a una catástrofe ambiental de la mano del calentamiento global y la explotación desmedida de los recursos naturales, que un futuro de unánime paz y compra global de videocaseteras, como predecía Fukuyama. Lo relevante es que hoy la principal amenaza global a la consecución de un orden de paz y aburrimiento consumista no es ni el comunismo ni el fundamentalismo religioso, sino el populismo.[6] Su ascenso en la totalidad del mundo desarrollado (en los Estados Unidos, Canadá, Europa del Este y del Oeste y Australia), encarnado en figuras como Donald Trump, Marine Le Pen, Nigel Farage, Pauline Hanson o Geert Wilders, parece marcar una especie de convergencia entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado, solo que la convergencia no se da en un desarrollo pleno de la periferia, sino en una regresión a formas iliberales de la democracia.

Paradójicamente, este renacimiento del populismo mundial, aun en zonas en teoría inmunizadas contra él por sus cien o doscientos años de democracia, debería obligar a los analistas a mirar hacia América Latina, ya que ninguna otra región tiene una historia tan poblada de liderazgos populistas de todo tipo como esta.

El populismo como problema latinoamericano

La teoría del "fin de la historia" de Fukuyama y el optimismo democrático-liberal de los años noventa actualizaron una promesa ya planteada en la teoría de la modernización política de fines de los cuarenta: que la integración de los países tercermundistas al capitalismo mundial a través del comercio y el consumo desregulados terminaría generando como efecto (como "externalidad positiva", diría un economista) la democratización generalizada de esas sociedades y su adopción de modelos de democracia liberal de partidos idénticos a los de los países centrales.

Autores clásicos como Daniel Lerner (1958) sostenían que, si bien los países se movían a un ritmo que no era homogéneo entre sí, más tarde o más temprano todos alcanzarían el mismo punto de llegada, a medida que las naciones "en vías de desarrollo" hicieran el *catch up* necesario en términos de innovación tecnológica y modernización cultural. Según la teoría de la modernización, tanto la industrialización como el comercio empujaban necesariamente a todos los países del mundo en igual dirección. La versión política de esa teoría postulaba que los cambios sociales causados por la transición desde el estadio "tradicional" hacia el "industrializado" (como los

desplazamientos de población desde las zonas rurales "atrasadas" hacia las ciudades) redundarían en una modernización cultural, de costumbres y de patrones de consumo que culminaría en la universalización de los valores de la democracia liberal y occidental.

Sin embargo, el problema fue que la modernización industrial de América Latina en la posguerra no terminó en sistemas de partidos iguales a los de Estados Unidos o Suecia, sino en el ascenso político de figuras como Getúlio Vargas, en Brasil, y Juan Domingo Perón, en la Argentina. De alguna manera, gran parte del análisis político latinoamericano se enfocó entonces en la amenaza planteada por los populismos personalistas y movilizantes, que se imaginaban como un problema casi únicamente latinoamericano. Durante el auge de esta teoría, que se extendió por una década, los análisis identificaban a estos presidentes como el mayor obstáculo hacia una modernización política "normal".[7] Populares y poderosos, muchos de ellos militares, estas figuras habían movilizado a las masas que se habían trasladado del campo a la ciudad en una marea de apoyo a políticas distributivas y estatizantes en lo económico, con una matriz política que combinaba expansión de derechos a las mayorías con características antiliberales o directamente autoritarias. Había que dejar atrás el populismo para alcanzar la necesaria modernidad política liberal.[8]

Durante la década de 1970, se intentó eliminarlo por la vía de dictaduras militares. Los años de transición a la democracia acompañaron el optimismo con nuevas advertencias de los peligros que entrañaba el populismo. Las democracias "postransicionales" latinoamericanas abrazaron así la democracia liberal, los partidos políticos, un rol más disminuido para el Estado y la expansión de los mercados; los elementos de lo que luego se conocería como "la visión tecnocrática" del Consenso de Washington (Roberts, 2003). En esta visión, y tras haber sido derrotadas en términos históricos tanto las dictaduras militares como la amenaza socialista de los setenta, la única amenaza que quedaba en pie era el viejo y conocido populismo personalista latinoamericano.

Los teóricos de la transición democrática sostuvieron que América Latina y las demás regiones periféricas debían abrazar un régimen con partidos políticos fuertes, sin liderazgos personalistas, y que siguiera una definición más minimalista de democracia de lo que había sido el ideal de la izquierda de años anteriores (O'Donnell y Schmitter, 1986: 3). Se planteó que no era necesario, e incluso que no era deseable, apuntar a un cambio estructural en las condiciones de propiedad o a una igualdad social radical como condiciones necesarias para alcanzar la democracia efectiva: sería suficiente concentrarse en mejorar la calidad de las instituciones democráticas así como fortalecer el papel

de los partidos políticos, y dejar las cuestiones ligadas al logro de la igualdad social y económica para más adelante. La democracia debía privilegiar el interés por garantizar condiciones de institucionalidad (elecciones libres, libertad de prensa y de asociación, derechos civiles y políticos) y orientarse hacia la eliminación de la pobreza y la desigualdad en el futuro.

Frente a la posible nostalgia por el tipo de liderazgo de Perón o José Velasco Alvarado en Perú, la solución eran partidos políticos impersonales, programáticos y fuertes, que rechazaran los cantos de sirena del populismo, el personalismo y el clientelismo. Los partidos políticos debían transformarse en fuerzas modernas y profesionalizadas que compitieran por los votos de los ciudadanos y gobernaran orientados por la moderación, la búsqueda de consensos y la apreciación por la racionalidad tecnocrática. La introducción de mercados capitalistas competitivos, además, disminuiría el poder del Estado y la capacidad de los líderes populistas de utilizar la distribución de bienes estatales para generar redes clientelares y disminuir la competitividad democrática.

Pasaron treinta años desde ese optimismo inicial. Y el panorama político latinoamericano no se ha encauzado en la trayectoria de previsibilidad que se suponía inevitable en 1989. Los avances y los retrocesos se han sucedido. Así como durante los años cuarenta el desarrollo industrial no redundó en democracias liberales fuertes salvo en contados países, la transición democrática y la modernización neoliberal no llevaron a la muerte total del populismo. Antes bien, durante los noventa, mandatarios como Carlos Menem y Alberto Fujimori fueron denominados "neopopulistas" por la combinación de un estilo personalista, verticalista y poco institucional –que recordaba a los viejos populistas (Menem había sido, además, elegido por el peronismo)– con políticas públicas neoliberales –que eran todo lo contrario de los populismos clásicos–.[9] Peor aún, las reformas modernizantes neoliberales confluyeron en crisis económicas, sociales y políticas que generaron un "brote" incluso mayor de populismo en la región.

En ese sentido, los gobiernos electos en los contextos de salida de estas crisis del inicio del siglo XXI fueron, en su mayoría, populistas de izquierda. Hugo Chávez, Néstor Kirchner y Cristina Fernández, Evo Morales, Rafael Correa y Fernando Lugo conformaron la llamada "ola rosa" del populismo latinoamericano, que se extendió entre 1998 y 2012.

La elección de Hugo Chávez significó el final efectivo del bipartidismo surgido del Pacto de Puntofijo en Venezuela, y a su vez solo fue posible por el derrumbe del sistema de partidos venezolano, que había sido por años presentado como el más estable de la región.

Entre 2001 y 2003, la Argentina atravesó una profunda crisis económica y política que incluyó, entre otros hechos, una violenta represión a civiles que mató a treinta y ocho personas,[10] la renuncia del entonces presidente Fernando de la Rúa, la declaración del *default* soberano, la asunción de un presidente provisional y el llamado a elecciones anticipadas. En Bolivia, el segundo gobierno de Gonzalo Sánchez de Losada culminó en 2003, luego de semanas de protestas sociales por la privatización del gas y el agua, la represión con varias muertes, la renuncia y finalmente la partida al exterior del presidente. En el caso de Ecuador, tres presidentes –Abdalá Bucaram en 1997, Jamil Mahuad en 2000 y Lucio Gutiérrez en 2005–, tuvieron que renunciar a su cargo en contextos de fuertes conflictos de poderes con el Congreso o la Corte Suprema y a menudo en el contexto de crisis económicas.[11] En Colombia, la "larga crisis" relacionada con la supervivencia de la guerrilla también redundó en el ascenso de un carismático populista de derecha, Álvaro Uribe, que completó dos períodos presidenciales, entre 2002 y 2010. Incluso en Paraguay ganó en 2008 el obispo Fernando Lugo, al frente de una coalición variopinta, aunque fuera luego expulsado de la presidencia en 2012 por un *impeachment* de dudoso mérito jurídico.

Pocos países quedaron con sus sistemas políticos intactos. Chile, Uruguay y Brasil eran celebrados como ejemplos de sistemas bien organizados, con partidos que iban de una centroderecha moderada a una izquierda "moderna" no populista. Aun así, también atravesaron momentos de cambio: en Chile, por ejemplo, por primera vez desde la transición se dividieron el Partido Socialista y la Democracia Cristiana en las elecciones del 2017, en las que ganó Sebastián Piñera con un discurso más netamente de derecha que en su elección anterior; en Uruguay, el dominio del Frente Amplio se vio amenazado en las urnas y por episodios que incluyeron fuertes protestas de los sectores agrícolas así como la sanción del presidente Tabaré Vázquez al jefe del Ejército Guido Manini Ríos, por "indisciplina", en 2018. Un párrafo aparte merece Brasil, que en poco más de dos años pasó del "gran éxito político" de la región –por haber virado de un sistema partidario completamente fragmentado (que en 2002 se caracterizaba como "de políticos sin partido") (Cavarozzi y Casullo, 2002: 14)– a uno estructurado en torno a un partido fuerte y programático, el PT, que además había logrado resolver el punto peliagudo de la sucesión entre el líder original y una sucesora en las urnas. Sin embargo, en 2016 la presidenta Dilma Rousseff fue depuesta por un procedimiento de *impeachment* de dudosa legalidad y nula legitimidad; en 2018 el exmandatario Lula da Silva fue encarcelado con una causa de endeble juridicidad, y ese mismo año se impuso en las urnas Jair Bolsonaro, con un discurso xenófobo y violento, a favor de la tortura, ofensivo

hacia las mujeres y los homosexuales y en contra del activismo por los derechos humanos.

El fin de los populismos de izquierda no dio por resultado el automático ascenso de las democracias liberales en América Latina. Pero ¿es esto una novedad? Después de todo, tal vez la alternancia entre populismo de izquierda y gobiernos de centroderecha de baja institucionalidad democrática y crónico desinterés hacia las mayorías populares se deba a la deficiente "cultura política" de la región. Si así fuera, el analista podría declararse "desencantado" ante una nueva "oportunidad perdida". Tal vez América Latina debería simplemente aceptar que nunca llegará a la modernización política, que la convergencia con las naciones centrales no se producirá jamás, y que sus países no se convertirán en democracias plenas. Al menos, aquel convencido del "fin de la historia" podría pensar que la inevitabilidad de la democracia liberal de partidos se mantendría vigente por la solidez de los países del Atlántico Norte.

Pero la barrera entre países periféricos y centrales hoy parece haberse desdibujado. Líderes y partidos populistas se multiplican en naciones antes consideradas "ejemplares". Más preocupante aún es que, salvo contadas excepciones, el populismo en Europa, América del Norte y Asia es un fenómeno casi exclusivamente de derecha.[12] En países tan dispares como los Estados Unidos, Francia, Holanda, Austria, Suecia, Dinamarca, Finlandia, Alemania y Australia, ascienden partidos y políticos con ciertas características comunes: primero, todos tienen un discurso excluyente de todo aquello que se defina como *extranjero* y como *corruptor de la pureza del verdadero pueblo* (el islam y los inmigrantes sobre todo, pero también el feminismo, la población Roma –llamada en Argentina "gitana"–, los profesores universitarios, las minorías sexuales, el cine de Hollywood); además, comparten una visión fuertemente jerárquica y conservadora según la cual todos los cambios que amenazan a ese pueblo (de varones blancos y nativos) deben ser detenidos, por la fuerza si fuera necesario; y por fin, promueven plataformas de medidas antiglobalización y antiliberales, contra la Unión Europea o la ONU, a favor de nuevos proteccionismos.

En Gran Bretaña, un líder del partido populista UKIP, Nigel Farage, tuvo un papel decisivo en el apoyo de la opinión pública británica a la salida de la Unión Europea en 2016; la candidata del ala derecha populista francesa, Marine Le Pen, acumuló votos suficientes para entrar al balotaje; fue derrotada por Emmanuel Macron, pero continúa siendo la principal figura de oposición. En Suecia, el partido populista de derecha Demócratas de Suecia crece en cada elección y quedó tercero en las elecciones de 2018. En Hungría, el presidente Viktor Orbán ha logrado la sanción de la legislación antiinmigrante y

antigitana más restrictiva de toda Europa, y ha solicitado prohibir los programas de estudios de género. Y, desde luego, lo más impactante a nivel internacional fue la victoria de Donald Trump en 2016, a pesar de no haberse desempeñado jamás en un cargo público, con un discurso basado en promesas como deportar a los inmigrantes ilegales, prohibir la entrada de musulmanes a territorio estadounidense y construir un muro en la frontera con México.

En síntesis: la tesis fukuyamista está en crisis y el fin de la historia parece cada vez más lejano. Y es el populismo –que fue considerado como un atavismo político, algo que pertenecía al basurero de la historia, un desvío momentáneo en una marcha global hacia la modernidad política– el que ha puesto de manifiesto esa crisis *en el centro mismo del mundo globalizado*. El principal peligro para la democracia liberal de partidos no es la izquierda programática del siglo XX; tampoco lo es el fundamentalismo religioso que aparecía tan amenazante en los años del cambio de siglo, sino que parecen serlo líderes xenófobos y reaccionarios que surgen de esas mismas sociedades liberales y enarbolan, paradójicamente, la bandera de la necesidad de protegerlas. En América Latina y el mundo, al final de la segunda década del siglo XXI, está cada vez más presente la mirada sobre los peligros de la "vuelta del populismo", aun cuando no haya una definición muy acabada sobre lo que es el populismo, o cuando los gobiernos que prometen "erradicar al populismo para siempre" terminen siendo bastante impopulares.

Hoy puede decirse que las certezas que se creían grabadas en roca viva luego de 1989 se han desvanecido en el aire. Tal vez sea momento de dejar, al menos por un tiempo, de seguir investigando *respuestas* y volver a trabajar sobre las *preguntas*.

¿Por qué está *insoportablemente vivo* el populismo? ¿Por qué en América Latina predominan los casos exitosos de populismo de izquierda, mientras que en los Estados Unidos y Europa ascienden de manera casi imparable los populismos de derecha? ¿Es el populismo (tanto de izquierda como de derecha) una amenaza irremediable a la democracia?

Pero ¿qué es el populismo? Con solo mirar los casos que se discutieron en esta sección, saltan a la vista algunas regularidades, que profundizaremos más adelante. Todos estos gobiernos que los analistas describen como "populistas" comparten tres características: se trata de fenómenos políticos en los cuales confluyen un líder con fuerte personalismo y centralidad política, que suscita el apoyo de un colectivo de individuos movilizados (la mayor parte de las veces activamente y en el espacio público)[13] detrás de un discurso antagonista que divide el campo político entre un "nosotros" popular y un "ellos" (la élite).

El estado del debate contemporáneo sobre el populismo

Tanto en términos teóricos como empíricos, la producción sobre el fenómeno populista vive un momento explosivo, que más o menos acompaña el ascenso del populismo político en el mundo real.[14] Esto no sucede solo en América Latina (que es una suerte de cuna y campo de juego de los populismos modernos), sino en los países del Atlántico Norte y también en África y el Sudeste asiático.[15] Hubo, entonces, tres oleadas acerca del tema: la primera, con los estudios clásicos de los años cuarenta y cincuenta; la segunda, relacionada más bien con el interés que despertó el populismo neoliberal; y la tercera, cuyo comienzo se produjo de la mano de la llegada al poder de los populismos latinoamericanos y que perdura en la actualidad (un hito de esta tercera etapa fue la publicación, en 2005, del libro *La razón populista*, de Ernesto Laclau). En los últimos años, la ciencia política ha estado haciendo grandes esfuerzos por liberarse de una visión ingenuamente normativa y avanzar hacia un intento de comprender el populismo *en sus propios términos*, y no como una corrupción o desviación de una forma más pura de acción política.

Cabe destacar, asimismo, que existe una gran diversidad de escuelas, definiciones y enfoques metodológicos en torno al populismo: estudios centrados en análisis del discurso, en estudio de casos, en los liderazgos particulares, en medición de las actitudes de los votantes, y un largo etcétera. La proliferación de figuras que llegan a la política con un discurso *outsider* (algunas de las cuales incluso ganan elecciones) también ha causado una multiplicación en espejo de la literatura sobre populismo. Podrá argumentarse que esta descripción sobre el estado del arte de este campo refleja una dispersión y falta de consenso sobre el núcleo conceptual del fenómeno, lo que hablaría de falta de seriedad o de rigurosidad. (Incluso, hay quienes sostienen que es necesario eliminar el uso del término "populismo" *in toto*.)[16] Paradójicamente, lo que desde un punto de vista siempre se juzgó como un problema de la noción de "populismo" resulta hoy una fortaleza para comprender el momento histórico. La labilidad del concepto, su carácter poco determinado, flexible, contradictorio inclusive, permite comprender fenómenos que comparten ciertas[17] características. Uno de los rompecabezas empíricos más interesantes que motiva esta producción tan prolífica en ciencia política es, como dijimos, la distribución ideológica de los populismos: en los últimos veinte años, la mayoría de los casos exitosos de populismo sudamericano fueron de izquierda, mientras que en Europa y los Estados Unidos asciende el populismo de derecha (Betz, 1994).

En los párrafos que siguen realizaremos un breve mapeo y sistematización del estado del arte actual de los estudios sobre el

populismo. De más está decir que, dado el carácter multiforme y polisémico del fenómeno, existen casi tantas organizaciones del campo conceptual "populismo" como lectores. Seguramente otros especialistas lo organizarían de manera diferente.

Para comenzar, en este libro se definirá al populismo como *un fenómeno propiamente político*, no sociológico, ni económico. Esta decisión es importante (y puede ser para algunos controversial), ya que dos escuelas clásicas lo conciben de estas últimas dos maneras.

La mirada economicista sigue siendo sumamente influyente. Esta definición entiende que el populismo es sobre todo una manera de gestionar las políticas públicas en función de la cual el Poder Ejecutivo distribuye bienes o servicios de manera excesiva y demagógica a los sectores populares para lograr apoyo y éxitos electorales inmediatos, aun cuando sabe que esta política no es sustentable en el mediano o plazo. Sin embargo, esta visión resulta demasiado amplia porque finalmente el concepto se iguala con "mala administración" o incluso con "inflación" (Dornbusch y Edwards, 1991). Desde esta perspectiva, deberíamos admitir que la última dictadura argentina fue populista, o que lo fue Raúl Alfonsín: después de todo, estos gobiernos tuvieron fuertes procesos inflacionarios que aceleraron su retirada del gobierno. Asimismo, según esta mirada, Carlos Menem no sería populista, ya que su decenio de gobierno no estuvo marcado por la aceleración de precios. Tampoco sería populista Evo Morales, quien lleva adelante una gestión económica caracterizada por la baja inflación y el control de las cuentas públicas.

La escuela sociológica de estudios del populismo fue igualmente influyente, y marcó la dirección de la literatura especializada por tres décadas. Nació impulsada por el interés de explicar los populismos que se multiplicaron en las áreas semiperiféricas del mundo durante las décadas de la primera y segunda posguerras. Para estos teóricos, el populismo podía entenderse como un movimiento político que expresaba un tipo especial de coalición de clase, entre una base de tipo obrero-industrial y un líder (o una dirigencia) proveniente de la élite o de las clases medias altas. El populismo movilizante, urbano y modernizante de Perón, Vargas o Ataturk en Turquía –desde esta perspectiva– fue el producto del rápido cambio social causado por la industrialización y la urbanización (Lipset, 1960; Germani, 1963, 1968; Di Tella, 1965). Estos autores son clásicos y su aporte a la sociología de la modernización es inapreciable. Su utilidad teórica, sin embargo, se reduce por su teleologismo modernizante, que termina acotando el populismo a una única fórmula de clase. En décadas siguientes pudo verse que existen tipos populistas que no dependen de una coalición con una base movilizada de obreros industriales, sino que tienen apoyo masivo de campesinos, o de la clase media, o de

pobres urbanos informales. Asimismo, en los años noventa quedó en evidencia que algunos gobiernos populistas podían no ser industrializantes y distributivos, sino, por el contrario, esforzarse por reducir el Estado y disminuir el poder de la clase obrera industrial.

Como respuesta al ascenso de los llamados “neopopulismos” o populismos neoliberales durante los noventa, una generación posterior eligió definir el populismo de manera estrictamente política: como un modo específico de competir y ejercer el poder que no depende de una determinada clase de coalición social y que no está condicionada a llevar adelante un tipo único de política económica. Esta aseveración constituye un verdadero “consenso mínimo” para toda la disciplina: existen varias maneras de definirlo, pero prácticamente la totalidad de los que estudiamos el populismo lo concebimos como una manera de hacer política que está siempre en tensión y competencia con otras dentro de las democracias contemporáneas. El corolario de esta idea es que el populismo no siempre corresponde a una ideología determinada, sino que es una manera de construir poder político, que puede “ponerse al servicio” de diversos programas ideológicos.

Ahora bien: el consenso en la definición se termina en este mínimo común denominador: que el populismo es un fenómeno propiamente político, y que es algo diferente a un simple menú de políticas públicas de izquierda o derecha. Hasta aquí llegan, básicamente, los acuerdos. Fuera de esto, existen divergencias considerables entre las definiciones más usadas actualmente; me concentraré entonces en mapear las “familias” teóricas más importantes que son, a mi entender, las siguientes cuatro.

La primera de ellas es la concepción del populismo como discurso. Esta escuela se basa sobre todo en la obra de Ernesto Laclau y quienes fueron inspirados por ella. Entiende el populismo como un tipo de narrativa política performativa cuyo resultado es la formación de identidades políticas mediante la dicotomización del campo político entre un “nosotros” y un “ellos” (Laclau y Mouffe, 1987; Mouffe, 1999, Aboy Carlés, 2001; Laclau, 2005; Panizza, 2005; Barros, 2014; Stavrakakis, 2017). Para Laclau, el populismo involucra centralmente un tipo de discurso político que es capaz de articular diferentes demandas (de grupos sociales diversos) en lo que llama una “cadena equivalencial”; este discurso divide el campo político en dos: aquellos que forman parte de la cadena y aquellos que están *en contra* de ella (Laclau, 2005). En este enfoque, el líder *se* transforma (el uso del impersonal es importante) en el significante que expresa y condensa la cadena misma; a diferencia de lo que sucede con los partidos programáticos, la lealtad de los seguidores se expresa hacia esa figura, no hacia un programa. Y esa figura define también la totalidad del campo político, que quedará dividido entre “pros” y “antis”, no entre

derecha e izquierda. El enfoque metodológico, en este caso, está puesto en trabajar la retórica política de líderes y seguidores registrada en presentaciones públicas, documentos de gobierno y textos de diverso tipo.

Una segunda familia teórica entiende el populismo como una estrategia de poder personal utilizada por un líder personalista. En esta línea, Kurt Weyland lo define como el modo que tienen estos líderes de acumular poder, quienes asumen la distinción entre amigo y adversario y usan la política económica y social como instrumentos para este objetivo (Weyland, 2001: 11).[18] Para comprender las relaciones entre líderes y sistemas partidarios en los cuales se expresa este liderazgo, este enfoque se inclina por los estudios de caso y análisis estadísticos: patrones de votación, conformación de ofertas electorales, dinámicas legislativas, esquemas personalistas en la institucionalización partidaria, quién decide candidaturas y programas, entre otros.

Por su parte, la obra de Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser plantea otra línea, más reciente, que ha alcanzado difusión global.[19] Estos autores conciben el populismo como una "ideología delgada", [20] es decir, se trata de una ideología, pero que –a diferencia de las ideologías "densas" del siglo XX (liberalismo, fascismo y comunismo)– no llega a constituir una visión del mundo completa y autónoma, sino que se limita a tres características generales: tiene un discurso antiélite, de tipo moral y enfatiza la necesidad de respetar la *voluntad general*. Para Mudde y Rovira Kaltwasser, el populismo es un elemento que debe "adosarse" a otros componentes ideológicos, como el nacionalismo o el autoritarismo. Este tipo de definición ideológica pone el énfasis en el carácter antiélite y en que los componentes morales se imponen sobre los factores económicos, como la clase o la organización política.

Por último, diversos análisis se han concentrado más recientemente en construir un enfoque sociocultural del populismo, y recalcan sus aspectos *performativos*, es decir que el establecimiento de liderazgos populistas depende de la activación de diversos significantes socioculturales a través de performances públicas, sobre todo mediante el uso de diversos medios de comunicación.[21] Desde esta perspectiva, se trata de un tipo de performance política en función de la cual se construye un personaje público a partir de una serie de marcadores estilísticos y del comportamiento (ropa, tipo de discurso, acentos, gestualidad) en la autopresentación.

Cabe destacar que, entre estos enfoques, existe un amplio grado de diálogo y discusión: ninguno de ellos reclama para sí ser "el mejor" *per se*, sino que cada uno puede usarse ventajosamente para comprender distintas aristas de un concepto multifacético que puede

llamarse "movilización populista", y que tiene ciertas características comunes: liderazgos fuertes y personales, un pueblo movilizado en torno a ese liderazgo, presencia de impulsos antagonistas.

El populismo como discurso mítico

Además de intentar explicar qué es el populismo, resulta relevante tratar de comprender por qué funciona. En otras palabras, por qué muchos de los liderazgos y partidos populistas no solo ganan elecciones –muchas veces contra todos los pronósticos de analistas políticos "racionales" y para sorpresa de los involucrados–, sino por qué una vez en el gobierno resultan mucho más resilientes de lo esperable, dado el carácter poco experimentado, poco tecnocrático o supuestamente irracional de los recién llegados. Para eso, entendemos que el populismo puede analizarse como un tipo de discurso performativo (es decir, que tiene efectos sobre la realidad), y dentro de este conjunto como un género político (es decir, público) en especial, que llamaremos el "mito populista".

No pretendemos aquí analizar la política económica de los gobiernos, ni la conformación de las coaliciones gubernamentales en términos de clase, ni las políticas públicas, ya que en ninguno de estos elementos reside, a mi parecer, el núcleo de la efectividad política del populismo. [22] El foco debe ponerse en aquello que los presidentes populistas dicen sobre lo que hacen y por qué lo hacen. Este énfasis en el discurso se justifica por el papel único que la palabra política desempeña en este tipo de movimientos y gobiernos: la naturaleza misma del lazo carismático entre el líder y sus seguidores requiere de un constante ida y vuelta de palabras y sentidos. Los líderes hablan por televisión, conducen programas de radio y pronuncian discursos en las manifestaciones porque deben mantener vivo el apoyo y explicar qué sectores sociales pertenecen al "nosotros" y cuáles al "ellos".

Por lo tanto, preferimos aquí usar una definición de populismo entendido no como una estrategia o ideología, sino como un marco enunciativo (*frame*), según la caracterización de Heinisch y Mazzoleni:

> Dado que el populismo depende de realizar afirmaciones ambivalentes, las cuales forman parte de una narrativa cuidadosamente construida en función de adaptarse a contextos políticos específicos, [...] proponemos que se comprenda el populismo como un *marco enunciativo* y no

> como una ideología (Heinisch y Mazzoleni, 2017: 110; traducción propia).

El enfoque es discursivo, ya que el populismo aquí será definido como un fenómeno producido en y por el discurso, y para reconstruirlo analizaremos discursos presidenciales. Sin embargo, no podría decirse que la perspectiva que seguimos aquí es laclausiana en sentido estricto. Nuestra perspectiva es más simple y prescinde de nociones como la de cadena equivalencial y significante vacío; otra diferencia es que la noción de "mito populista", central en nuestro análisis, no se encuentra tampoco en la obra de Laclau. La definición de populismo aquí utilizada es, a grandes rasgos, la de Francisco Panizza, para quien se trata de un fenómeno que divide el campo político en dos, con el pueblo subalterno de un lado de la frontera, y la élite, del otro (Panizza, 2005: 3). El *insight* más relevante en los planteos de Laclau retomados por Panizza es que ni el pueblo ni la élite son entidades objetivas en ningún sentido sociológico, sino colectivos imaginados (pero no por eso menos *verdaderos*) y *discursivamente construidos*. El pueblo existe en tanto es designado como tal, y el no pueblo existe en oposición al primero. El pueblo en sí es una construcción discursiva, que depende de la palabra performativa del líder para su propia existencia. A la vez, el pueblo es más que esto: la materialidad de la vida social y las relaciones de desigualdad existen fuera de la política y son los elementos *sobre los cuales* se construye el discurso, pero deben ser puestas en palabras, explicadas, *narradas* para generar la identificación entre el líder y sus seguidores. Como sostiene Panizza,

> el antagonismo es así un modo de identificación en el cual la relación entre su forma (el pueblo como significante) y su contenido (el pueblo como significado) está dada por el mismo *acto de nombrar*, es decir, designar quiénes son los enemigos del pueblo y, por lo tanto, quién es el pueblo mismo (Panizza, 2005: 3; traducción propia).

Es posible, desde luego, plantear objeciones a esta mirada puesta en el discurso de los dirigentes. Bien podrían analizarse los procesos políticos desde otra perspectiva. Lo que sin duda no puede perderse de vista en este tipo de movimientos políticos es la centralidad de la palabra del líder, quien actúa como "punto focal" de la identificación de sus seguidores. Este es, de hecho, un rasgo común en todos los populismos (lo cual suscita, como veremos más adelante, su verdadero talón de Aquiles: la imposibilidad de generar sucesores que continúen la legitimidad del líder originario).

Sin embargo, hablar de discurso puede resultar demasiado amplio. El análisis de las palabras públicas pronunciadas por los líderes populistas arroja, inductivamente, una sorpresa: en todos los casos, usan un mismo tipo de discurso y un mismo género narrativo, que manejan con fluidez: el *mito*. Los mitos son narraciones, como los cuentos populares o las leyendas. Pero a diferencia de los cuentos populares, los mitos se relatan como "verdad", como algo que sucedió efectivamente en el pasado; lo que los diferencia de las leyendas es que su héroe no es individual, sino colectivo. Los mitos políticos cuentan el origen de una comunidad, de un pueblo: cómo se formó, bajo qué circunstancias y quiénes lo hicieron posible. Este tipo de mitos es una clase de discurso que resulta central para la política desde el inicio mismo de esta actividad humana.

En este marco, nos concentraremos en este libro en un género discursivo político[23] que se denominará "el mito populista"[24] que, como demuestran los estudios empíricos sobre los discursos públicos de presidentes y candidatos populistas, está presente en todos los discursos relevados. Antes que nada, el mito populista es una plantilla o modelo formal discursivo "vacío", como lo es el melodrama, la leyenda o el cuento folclórico. Es vacío porque su estructura puede llenarse con infinitos contenidos "sustantivos", según el contexto y las necesidades e intenciones del hablante. De hecho, su estructura es similar a la que los primeros análisis formales del relato atribuyeron a los cuentos populares europeos: una estructura muy simple, con un héroe que desea algo y un villano que busca impedir que lo consiga. El cuento narra la secuencia de hechos mediante los cuales el héroe logra vencer al villano y cumplir su voluntad original (Propp, 1968). Muy a menudo, tanto héroe como villano se sirven de un ayudante; en muchos casos, el ayudante del héroe es una figura providencial.

Los líderes populistas cuentan historias (como son los mitos) simplemente porque la narrativa funciona. La literatura sobre *storytelling* político se basa en una idea desarrollada por fundadores de las neurociencias, como Oliver Sacks: la mente humana está condicionada para comprender y reaccionar a las narrativas de una manera inmediata. Dice Sacks:

> La narrativa viene primero, tiene prioridad espiritual. Los niños muy pequeños gustan mucho de cuentos y relatos y los piden, y pueden entender cuestiones complejas expuestas como cuentos y fábulas, cuando su capacidad para captar conceptos generales, paradigmas, es casi inexistente. Esta capacidad simbólica o narrativa es la que aporta un sentido del mundo (una realidad concreta en la forma imaginativa de

> símbolo y relato) cuando el pensamiento abstracto no puede proporcionar ninguno. El niño sigue la Biblia antes de seguir a Euclides. No porque la Biblia sea más simple (podría decirse lo contrario), sino porque viene dada en una forma simbólica y narrativa (Sacks, 2009: 199).

El discurso lógico-deductivo forma parte también de la experiencia humana, pero el discurso narrativo cuenta con la capacidad de engendrar una reacción primaria. Una narrativa potente tiene un efecto político porque genera entusiasmo y un sentido de identidad en los seguidores.

Los mitos son estructuras formales que pueden llenarse de distintos contenidos, casi infinitos. Esto no significa, sin embargo, que la operación por la cual se elige un contenido específico por sobre otro sea neutral. Los mitos políticos generan efectos políticos porque ellos son, como se dijo antes, *repertorios para la acción*. Tal vez sea cierto que los discursos populistas no configuran programas ideológicos complejos y articulados, pero sí generan líneas de perspectiva (por decirlo de algún modo) para la acción futura: determinan aliados y adversarios, y delimitan campos de acción posibles a favor de unos y en contra de otros.

---

[6] "El cambio intergeneracional hacia valores posmaterialistas generó apoyo hacia los movimientos que buscaban paz, protección ambiental, derechos humanos, democratización e identidad de género. [...] Esto dio origen desde el comienzo a una reacción adversa entre los más viejos y menos seguros de su posición, que se vieron desorientados por la erosión de valores familiares. Hace veinte años, Inglehart describió cómo esto estimulaba el apoyo hacia los partidos populistas xenófobos, presentando una imagen llamativamente semejante a la que vemos hoy" (Inglehart y Norris, 2017: 444; traducción propia).

[7] Véanse Lipset (1960), Germani (1963), Di Tella (1965), Ianni (1975).

[8] Eso, a pesar de que en los años sesenta surgieron otras visiones que contradijeron abiertamente la idea de que las naciones en vías de desarrollo solo debían esforzarse en hacer el *catch up* para alcanzar a las desarrolladas. La teoría de la dependencia argumentó en los años sesenta que, lejos de moverse de manera lineal hacia un punto en el futuro en el que convergerían con las economías industrializadas, los países en vías de desarrollo estaban presos de una relación de dependencia asimétrica con respecto a los centrales.

[9] Véanse Weyland (2003), Dockendorff y Kaiser (2009).

[10] Hay disputa sobre el número de víctimas. Fuente: Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional (Correpi).

[11] Jamil Mahuad dolarizó la economía de Ecuador a principios de 2000.

[12] España y Grecia son excepciones parciales. En Grecia, el partido Syriza llegó al poder con un discurso antineoliberal de tintes populistas y el partido español Podemos es un caso notable de un intento de construir un populismo de izquierda de manera programática. Sin embargo, Syriza no cumplió con las

promesas de romper con las políticas de austeridad, y en España en las elecciones de 2018 no fue Podemos la sensación, sino el partido populista de derecha y xenófobo Vox.

[13] Jansen (2011: 75) lo define como "un modo de práctica política" entre muchos otros posibles, y Canovan (2005: 114) caracteriza al pueblo como un "público movilizado en el cual se han involucrado los individuos".

[14] Solo en los últimos años, cabe destacar publicaciones como *The Oxford Handbook of Populism* (Rovira Kaltwasser, Taggart, Ochoa Espejo y Ostiguy, 2017); *Political Populism. A Handbook* (Heinisch, Holtz-Bacha y Mazzoleni, 2017); *Populism. A Very Short Introduction* (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017); *The Global Rise of Populism* (Moffitt, 2016), *Gender and Populism in Latin America. Passionate Politics* (Kampwirth, 2010); *Populism and World Politics* (Stengel y otros, 2019).

[15] Por ejemplo: McCargo (2001), Plagemann y Ufen (2017), Baykan (2018).

[16] Véase el capítulo "La ambigüedad constitutiva del populismo", de Mény y Surel (2002). También Fernández (2006).

[17] Como el papel democrático de la retórica. Solo usa la retórica quien intenta persuadir al oyente, y para hacerlo necesariamente ha de ponerse mentalmente en su lugar y hablarle con su lenguaje; todo lo contrario al discurso autoritario.

[18] Véanse también Weyland (2017), Freidenberg (2007), Arnson y De La Torre (2013), Casullo y Freidenberg (2017a).

[19] Mudde (2007, 2017), Mudde y Rovira Kaltwasser (2013, 2017).

[20] Véanse también, por ejemplo, Stanley (2017), Gherghina, Miscoiu y Soare (2017).

[21] Por ejemplo: Ostiguy (2009, 2017), Moffit (2016), Diehl (2017).

[22] Además de que ninguna de estas cuestiones son propias del fenómeno: hay populismos que eligen políticas distributivas, y otros que concentran el ingreso; populismos nacionalistas y populistas globalizantes; populismos de base urbana y populismos campesinos.

[23] Eliseo Verón (1987) define el discurso político como un conjunto de locuciones performativas proferidas por un hablante con alta autoridad y que, por lo tanto, tienen una circulación social amplia y la capacidad de generar un impacto en la vida de comunidad.

[24] Este concepto está mencionado por Margaret Canovan en su libro *The People*, pero no es uno de los ejes del trabajo.

2. Una genealogía del populismo

> La dificultad de comprender la democracia reside precisamente en la necesidad de comprender el pueblo como una presencia ausente, es decir, como algo que no es ni un cuerpo compacto ni una nulidad.
> **Fred Dallmayr**, “Postmetaphysics and Democracy” (traducción propia)

El populismo es visto en general como un problema, un atavismo, una irracionalidad que debe ser dejada atrás. La paradoja es que este consenso sobre la imposibilidad populista viene siempre acompañado de su aparente inmortalidad. El populismo entonces *siempre está a punto de morir y siempre está naciendo*. Como la hidra de Lerna: cada vez que la historia parece estar a punto de matarlo de una vez y por todas, en alguna parte del mundo (pobre o rica, democracia antigua o joven) una de sus cabezas renace.

Esta inconveniente “inmortalidad” populista puede hacerse más clara si se comprende que el término “populismo” no surgió hoy, ni tampoco noventa años atrás, con Getúlio Vargas o Juan Domingo Perón. El populismo no es un fenómeno exclusivo del mundo moderno y capitalista; por el contrario, es algo muy, muy antiguo… tanto como la democracia misma. Si se pone en perspectiva que este ha sobrevivido a dos mil quinientos años de historia política, se vuelve más natural pensar que no va a desaparecer de buenas a primeras.

En el primer capítulo planteamos que el populismo es un movimiento en el cual confluyen un líder y un pueblo movilizado detrás de un discurso que divide el campo político entre un “nosotros” popular y una élite mediante la enunciación de un mito político que hace referencia a un daño hacia el pueblo por parte de la élite. Pues bien, los primeros ejemplos de este tipo de movimientos se encuentran en la Atenas clásica. La idea de que la participación de los más pobres en la vida pública los volvía vulnerables a la manipulación por parte de políticos inescrupulosos es uno de los puntales centrales del texto fundacional de la teoría política, la *República* de Platón, así como de la *Política* de su discípulo y polemista, Aristóteles. Ambos filósofos buscaron denunciar los peligros que el *demos* podía generar si caía bajo el poder de un ambicioso encantador del pueblo, el *demagogo*. El

populismo tiene, en resumen, tantos años de vida como la política misma. No es casual que las primeras menciones al poder de la movilización popular se hayan producido en el momento mismo en que se inventó *la política* como algo autónomo, es decir, como un ordenamiento autogenerado por la voluntad de los habitantes de la *polis*. Más aún, la desconfianza con la movilización popular parece acompañar toda la historia de la soberanía del pueblo.

El nacimiento de la política genera en Platón, a la vez, la capacidad de apreciar la promesa de un régimen que no se basa en un texto sagrado o en la fuerza bruta sino en un esfuerzo colectivo, y el pesimismo último acerca de las posibilidades reales de llegar de manera colectiva a una política racionalmente organizada. Esta ambivalencia, como veremos, se replica en prácticamente todas las obras que teorizan sobre el populismo.

Aristóteles: la inevitabilidad del *demos*

En la *República*, Platón presenta una jerarquía decreciente de regímenes: aristocracia, monarquía, oligarquía, democracia, tiranía, que van decayendo de mejor a peor en un ciclo inacabable. En este esquema, la democracia equivale al gobierno de la multitud irracional y carente de virtud. Para Platón, la democracia debe terminar necesariamente en tiranía porque el *demos* no puede sino caer bajo el influjo de un demagogo, ya que está guiado por un perverso resentimiento contra los que son en verdad virtuosos (como Sócrates, a quien la muchedumbre condenó a muerte) y por el deseo de castigar a los ricos. Así, el pueblo no puede sino poner en el poder a un tirano que promete quitarle la riqueza a la oligarquía; por lo tanto, la movilización popular es el preludio de la tiranía.

La visión de Platón sobre el pueblo es uniformemente negativa: no existe, para él, nada positivo en el *demos*. Por eso mismo, y a los efectos de lo que queremos explicar en este libro, resulta más relevante detenernos en quien fue a la vez su principal discípulo y crítico: Aristóteles.

Vale la pena recuperar la mirada aristotélica sobre el populismo para pensar la situación política contemporánea, sobre todo con relación a tres de sus temas principales, que revisten gran actualidad. Primero, la elección aristotélica de la pluralidad social radical como punto de partida de cualquier análisis político. Segundo, su constatación de que la existencia misma de un pueblo es un derivado directo de la vida democrática de la ciudad y, por lo tanto, es *ineludible* para ella. Tercero, su idea de que la mejor solución para “el problema populista”

no consistirá nunca en purgar la vida política de la ciudad *de todo pueblo*, sino en canalizar institucionalmente la "libertad negativa" del *demos* en lo que Aristóteles llamó el "régimen mixto".

En cuanto al primer principio, para Aristóteles la condición primera, originaria, de la existencia humana es la *pluralidad social*. El hombre es un "animal político" en tanto puede cumplir en acto su potencial de vivir una buena vida únicamente dentro de una comunidad de personas. Solo se *adviene a la humanidad en comunidad; por lo tanto, lo comunal es condición de posibilidad del individuo, y nunca al revés*. Esta es la clave que diferencia al pensamiento aristotélico del liberalismo que subyace a todo el orden constitucional-político de la era moderna: en la medida en que la ciudad preexiste al individuo, esta no debe concebirse como un número dado de "individuos", sino como un conjunto de clases y agrupamientos de personas siempre diversas: por género, edad, disposición, riqueza, virtudes, deseos. Así, el problema fundamental de la política no radica en ver el modo de llegar al contrato social, sino en el de manejar las tensiones creadas por la pluralidad como condición humana.[25] Si verdaderamente las personas fueran individuos iguales, orientados a maximizar un único deseo por el mismo tipo de bienes, la política y la pedagogía no serían necesarias.[26]

El enfoque fenomenológico de la ciudad le permite a Aristóteles observar otra regularidad empírica: en todas las ciudades hay pueblo; por lo tanto, el ideal de una ciudad purgada de su componente popular y de la tensión que crea es utópico y está condenado al fracaso. Como dijimos, para Aristóteles la ciudad es esencialmente plural. Los ciudadanos se dividen en clases según sus virtudes o capacidades (*axia*) (Rancière, 1996: 18). Algunos de ellos tienen la capacidad de la excelencia; otros, la capacidad de generar riqueza: estos dos grupos conforman lo que hoy llamaríamos las élites de la ciudad, mientras que el conjunto de aquellos que no poseen ni lo uno ni lo otro conforma el pueblo. Como este último se define por lo que *no* tiene, su virtud es cualitativamente diferente, es negativa, es decir, es libertad (Rancière, 1996: 22). El pueblo no posee nada, salvo su capacidad de actuar, especialmente si siente que esta libertad está amenazada por las élites. Esta libertad popular, por lo tanto, hace que la existencia misma del pueblo genere la grieta, la tensión dinámica que volverá imposible la utopía de una institucionalización tan perfecta que sea capaz de eliminar el peligro populista de una vez y para siempre.[27]

No debe sorprender a nadie saber que Aristóteles no era un gran simpatizante de la libertad negativa del pueblo. Su posición es que la ciudad sería sin duda más tranquila y estable sin pueblo, pero la clave es que advierte que tal utopía antipopular no tiene sentido, ni

empírica ni normativamente. Empíricamente, Aristóteles es lo suficientemente realista para aceptar que es imposible imaginar una comunidad política sin *demos* porque el pueblo no es una categoría objetiva sino relacional. El pueblo existe y se constituye en la relación que se percibe con los que poseen riqueza o excelencia, no en función de su propia pobreza objetiva.

Normativamente, por otra parte, es de la opinión que el pueblo puede cumplir funciones positivas en la ciudad. Dado que cualquier ciudad tiene un pueblo, la pregunta es *qué hacer con él*.[28] Si bien no era un demócrata, Aristóteles pensaba que el pueblo podía cumplir ciertas funciones positivas en el ordenamiento político. Por un lado, el pueblo es necesario para la autodefensa de la ciudad: lucha mejor un pueblo de hombres libres que un ejército de esclavos o mercenarios; por el otro, garantiza una mejor *deliberación pública*, ya que esta mejora mientras más sean los que participen en ella.[29]

Además, los riesgos que el pueblo presenta a la *polis* son limitados ya que, aunque puede ser muy destructivo en su movilización, el pueblo por sí solo no puede establecer una dominación duradera. Si se controlan sus impulsos y se canalizan sus energías en la defensa común y la deliberación legislativa, el pueblo puede ser defensor de la libertad de la ciudad contra los impulsos adquisitivos de la élite. Puede decirse que el *demos* solo existe en tanto se moviliza, por eso, todo pueblo es efímero. No le interesa dominar, sino simplemente no ser dominado: el desafío, entonces, es *institucionalizarlo*.[30] Para lograrlo, Aristóteles desarrolló el concepto de “régimen mixto”: un conjunto de oficinas e instituciones que asegurarían papeles diferenciados y productivos a cada una de las clases sociales; algunas de ellas serían entregadas a los más ricos, otras, a los más virtuosos, y otras más, al pueblo. Para Aristóteles, el pueblo estaba llamado a participar en las deliberaciones y como jurado; sin embargo, la institución de la magistratura funcionaría mejor en manos de la aristocracia, por ejemplo. Es decir, en la fórmula aristotélica el pueblo no podía gobernar por sí mismo; no obstante, el legislador prudente buscaría incorporarlo en el gobierno de los asuntos comunes. El régimen mixto, además, estaba pensado para asegurar específicamente que ciertos sectores de gobierno quedaran en manos de determinadas clases sociales. Aristóteles no concebía el pueblo como la fuente de la legitimidad del orden político de la *polis*, sino como un hecho de la naturaleza, algo inevitable que había que canalizar, contener y utilizar de la mejor manera posible.

La República romana fue más allá del pragmatismo griego al reconocer una relación inescindible entre la idea de Roma, su gobierno y su pueblo. Esto implicó reconocer la doble naturaleza del pueblo romano: en tanto *plebs*, estaba conformado por la clase de los

hombres libres que no eran propietarios; pero en tanto *populus*, era coetáneo con la totalidad de los habitantes de Roma y, por lo tanto, garantía última de su existencia (Canovan, 2005: 11). Como tal, el *populus* estaba reconocido en las leyes y prácticas de la república. Sin embargo –y con espíritu similar al régimen mixto del que habla Aristóteles–, la república admitía que el pueblo romano no podía gobernar *por sí mismo*. El pueblo (*plebs* y *populus*) carecía de la capacidad de acción sostenida en el tiempo y de la pasión por establecer una dominación. Aquellas clases que tenían los recursos, la educación y la ambición para gobernar podían llevar adelante la actividad gubernamental, siempre y cuando el pueblo mantuviera una serie de instituciones que garantizaran no solo la representación, sino el poder de veto de las clases populares.

Nos interesa, por lo tanto, rescatar dos cuestiones: primero, que en la Antigüedad clásica convivían la desconfianza hacia la movilización del pueblo con la certeza pragmática de que este era un dato de la realidad política; segundo, que al mismo tiempo se entendía que el motor del pueblo era su permanente insatisfacción con la *parte* que le había tocado en suerte en la división de poder y riqueza dentro de la ciudad. A este último sentimiento Nicolás Maquiavelo le pondría un nombre: el "resentimiento".

Nicolás Maquiavelo: la alianza del príncipe y el pueblo

No es casual que, durante la Edad Media –período en que la balanza se volcó hacia la autoridad divina como fuente de legitimidad de la corona–, haya perdido fuerza la certeza de que el *populus* era el fundamento último de la legitimidad política de la república. Tampoco que, con el renacimiento de las ciudades-Estado y el restablecimiento de la política republicana, apareciera esa presencia fantasmática: el pueblo –y el peligro de su movilización–.

Quien redescubrió las oscuras facultades del pueblo residía, al igual que Aristóteles, en una ciudad-Estado donde se vivía y se respiraba política turbulenta. Además, Nicolás Maquiavelo –vaya casualidad– amaba leer a los clásicos. Así, al combinar el pensamiento clásico con una nueva sensibilidad informada por la vida republicana y la revolución científica, Maquiavelo se constituyó en un intelectual fundamental para comprender el papel del pueblo en las repúblicas modernas. Sus ideas, situadas en un punto medio entre la Antigüedad clásica y el liberalismo moderno, son extraordinariamente originales y adecuadas para pensar órdenes políticos híbridos o en transición, como lo son los de la mayoría de nuestros países semiperiféricos o en

eterno viaje hacia el "desarrollo".

Como Aristóteles, Maquiavelo también entendía que la ciudad no es un ente homogéneo formado por individuos idénticos entre sí. La ciudad de Maquiavelo existe bajo la condición de la diferencia, al igual que la aristotélica. Si para Aristóteles la ciudad estaba fundamentalmente dividida entre la aristocracia, la oligarquía y el pueblo, para Maquiavelo lo está entre el uno, los pocos, y los muchos: príncipe, nobleza y pueblo. Esta última distinción es menos sociológica que psicológica (aunque la nobleza, por cierto, es dueña de la riqueza), y está relacionada con la presencia o ausencia del deseo de dominar. La nobleza quiere dominar para mantener las comodidades y privilegios. El príncipe quiere dominar porque desea obtener gloria personal para trascender el tiempo y la mortalidad. La relación entre príncipe y nobleza es, necesariamente, de suma cero: si crece el poder de una, decrece el del otro, y viceversa. Frente a estos dos actores, el pueblo es un mero conjunto de personas que solo desea *no ser dominado*. Pueblo y nobleza, para Maquiavelo, están conectados en una relación de enfrentamiento casi ontológica: por definición, la nobleza siempre quiere *más* (más dinero, más poder), mientras que el pueblo quiere únicamente que lo dejen tranquilo con su casa, su familia y su vida civil.[31] Esta grieta entre una nobleza que pretende oprimir al pueblo y un pueblo que resiste esta dominación ofrece un punto de apoyo para la búsqueda de fama del príncipe.[32]

Sin duda, también el príncipe busca la dominación, pero el *verdadero* hombre de Estado es aquel que va tras el poder no por el poder en sí sino para alcanzar un objetivo que lo trasciende: fundar un orden político que dure por siglos y le dé fama inmortal a su nombre. Sus modelos, como expresa una y otra vez en *El príncipe* y en *Discursos*, son Moisés, Ciro, Rómulo, Numa, Teseo: príncipes con agresividad y ambición de poder, desde luego, pero también con deseos de trascendencia.[33] Los llama "fundadores de pueblos", porque no hay posibilidad alguna de fundar un orden político perdurable, un *Estado*, sin fundar justamente *un pueblo* fuerte, sacrificado y patriótico como lo era el romano o el ateniense.

Es por esto que un príncipe ambicioso que deba ganarse un Estado por sus propios medios deberá apoyarse en el pueblo contra la nobleza para obtener y conservar el poder. Un nuevo príncipe podría aliarse con una fracción de la nobleza; sin embargo, esta alianza solo tiene valor táctico pues, por tratarse de nobles deseosos de dominar siempre estarán pensando en traicionarlo. El príncipe prudente debe saber que la mejor alianza será con el pueblo. De una parte, como el pueblo no puede ni quiere gobernarse por sus propios medios, sino solo no ser dominado, no constituirá una amenaza para el príncipe.[34] De otra, porque como el pueblo solo le pide a un gobernante que lo proteja de

la rapacidad de los nobles, estará dispuesto a apoyar al príncipe si percibe que él cumple con su palabra. Si así lo hace, el pueblo mismo será la mejor creación institucional del príncipe: llevará las leyes no en un libro, sino en su corazón.

La principal herramienta del príncipe para transformar el pueblo es la religión cívica republicana, o lo que Antonio Gramsci –leyendo a Maquiavelo– bautizó más tarde como "hegemonía". No es casual que relatos y narraciones de tipo mítico formen una parte esencial de la tarea de cualquier príncipe: convencer al pueblo de ciertos mitos republicanos es, justamente, lo que hicieron Solón o Numa,[35] lo cual ilustra –al menos en cierto punto– el éxito de estas repúblicas. Solo un pueblo convencido de su origen y de su fuerza puede actuar como guardián de la libertad republicana; por lo tanto, es un deber primigenio del príncipe *explicar* a los miembros del pueblo, mediante un discurso de tipo mítico y religioso (las tablas de Moisés, las conversaciones de Numa con la ninfa), por qué son excepcionales, por qué la república necesita de ellos, y cómo él los protegerá de la rapacidad de la nobleza.

El liberalismo moderno: el "pueblo en reserva"

El redescubrimiento de los poderes del pueblo se completó en los siglos XVII y XVIII, a medida que el progresivo debilitamiento de las monarquías absolutas y el avance del activismo político de las nuevas clases urbanas y burguesas volvieron todavía más universal la preocupación por la soberanía popular. Así, el pueblo se convirtió en *el problema* del orden liberal por excelencia: ya en los siglos XVIII y XIX los filósofos políticos debieron ocuparse del modo en que la soberanía popular se relaciona con la deseada estabilidad del orden político. Las respuestas posibles a estos interrogantes se ubican en un rango amplísimo que va desde el concepto democrático de "voluntad general", de Rousseau, hasta la inscripción de fuertes "limitadores del *demos*"[36] en la Constitución estadounidense, cuyos padres fundadores desconfiaban de él terriblemente, aun cuando eligieron comenzar el texto constitucional con la frase "Nosotros, el pueblo". Sin embargo, la solución al dilema se dio recién con el surgimiento del concepto de "pueblo en reserva".

Margaret Canovan reconoce la Revolución Gloriosa de Inglaterra como el hito fundacional en el nacimiento de la idea moderna de pueblo, que luego recogerían y continuarían los teóricos de las revoluciones liberales, como John Locke y James Madison. La Revolución Gloriosa de 1688 puso sobre el tapete el paradigma liberal

fundamental, que Canovan denomina “el pueblo en reserva”: el pueblo existe, y es soberano sobre el cuerpo político; sin embargo, no gobierna por sí mismo, sino que delega la función de gobierno en un monarca, un presidente, o en un cuerpo legislativo colectivo.[37] Pero en un momento de crisis o si ese poder delegado traiciona su mandato, el pueblo se reserva el derecho de afirmar su soberanía e imponer límites o incluso reemplazar al gobernante. La doctrina liberal, como puede verse, se construye en una continuidad con ideas muy antiguas sobre el pueblo: que este es una *parte* del cuerpo político que se arroga ser *el todo*, es decir, reclama la soberanía, y que el pueblo no puede gobernarse a sí mismo pero que siempre podrá remover a un gobernante si este lo ha traicionado. El “pueblo en reserva” se vuelve el pilar fundamental de la democracia representativa,[38] y gracias a este acto de equilibrio teórico esta idea ganó finalmente la hegemonía global. Aún hoy el pueblo se comprende como una entidad fundamental, pero siempre efímera, que solo actúa en momentos específicos (elecciones, plebiscitos, convenciones constituyentes), pero que no puede ni quiere hacerse cargo de las tareas diarias de gobierno.

El ideal del “pueblo en reserva” cumplió la función histórica de domesticar, por así decirlo, al pueblo: de una fuerza irracional, furiosa y amenazante para la estabilidad de la república –según la perspectiva de Platón–, se transformó en una entidad civilizada que se expresa en los momentos electorales. Sin embargo, esa idea –sostiene Canovan– prácticamente asegura periódicas movilizaciones populares que se levanten contra los “limitadores del *demos*”. La democracia liberal representativa (y burguesa) promete, a la vez, la soberanía popular y la restricción de esa soberanía. Así es como pervive hoy en el corazón del orden político, y sin importar la perfección de su institucionalización, una promesa perpetuamente incumplida: las instituciones del gobierno y el Estado están basadas en la premisa de la soberanía del pueblo, pero este ya no estará a cargo del manejo de esas instituciones, y, de hecho, se encuentra cada día más alejado de ellas bajo las condiciones de la complejidad capitalista y de masas de la modernidad tardía. Como señaló Weber, es esa tensión y distancia entre la promesa de soberanía popular de las democracias y el peso de la racionalización institucional la que crea la oportunidad para que surja el descontento del pueblo y el liderazgo carismático que lo exprese.

El mito populista

Este breve repaso histórico buscar delinear a grandes rasgos lo que

podríamos llamar “la larga historia” del populismo y demostrar así que no es una creación de la industrialización moderna, o de la deficiente institucionalización política de los países latinoamericanos, sino simplemente un subproducto de la propia democracia.[39] Pero, además, permite reconocer la continuidad de ciertas nociones clave: que el pueblo es una parte de la comunidad política que se arroga la capacidad de ser el todo; que la pasión política que lo anima es *resentimiento* contra una élite que quiere oprimirlo; que imaginar una comunidad política *sin pueblo* es imposible y hasta indeseable; que el pueblo no tiene la capacidad de gobernarse por sí mismo; que la relación entre *pueblo* y *líder* (ya sea este un demagogo o un príncipe) es inescindible; que la legitimidad del líder nace de su capacidad de explicarle al pueblo *quién lo ha dañado y qué debe hacer para alcanzar la redención*.[40]

Esta última noción resulta central para avanzar hacia la idea del mito populista, porque señala el carácter *dialógico* de la autoridad en el populismo. Como ninguna otra clase de autoridad política, la autoridad populista se fundamenta en el relato, en la promesa, en la denuncia; es decir, en la palabra.

La palabra es vital para todas las formas de hacer política, porque la política se trata, casi por definición, de la posibilidad de resolver conflictos usando medios que no son la violencia, la fuerza o la tradición. En tanto mecanismo de resolución de conflictos y acción colectiva, la política requiere de la formación de identidades, y las identidades se crean y refuerzan primariamente a través del discurso público, directo y mediatizado. Una vez que se ha aceptado la apertura del espacio simbólico y material de la política, se ha aceptado también el compromiso no solo de hablar, sino de hablar *para persuadir al otro*. La palabra política –es decir, la enunciación de ideologías, diagnósticos y objetivos, y la delimitación de un “nosotros” y de un “ellos”– es clave para todos los movimientos políticos. Pero lo es todavía más para los movimientos populistas, por el tipo de lazo representacional que une al líder con sus seguidores. En sus discursos y documentos públicos, los líderes populistas eligen muy a menudo un tipo de lenguaje que abunda en figuras retóricas encendidas, en apelaciones emocionales, en antagonismos fuertes y en personalizaciones que llaman al adversario con nombre y apellido. Esta es una de las constantes que sugieren los estudiosos del fenómeno, y que puede comprobarse en muchos de los casos que abundan. Hugo Chávez, por ejemplo, llamó “el diablo” al entonces presidente de los Estados Unidos, George W. Bush, en un discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en 2006. Donald Trump, por su parte, es famoso por nombrar a sus adversarios con apodos denigrantes (como “Little Rocket Man” para referirse al líder

norcoreano Kim Jong-un. Un político que construya para sí una imagen tecnocrática hablará en términos de procesos históricos, abundará en cifras y utilizará un tono pausado y profesoral (como hacía Barack Obama cuando era presidente). Este tipo de lenguaje es justamente una de las cuestiones que diferencian al discurso populista del discurso político tecnocrático, basado en general en datos, impersonal, y que solo busca el "bien común" universal.

La elección en el uso del lenguaje no es casual: como señala Laclau, se trata de una de las bases esenciales de la identidad populista. Un discurso de esta naturaleza permite apelar a la lealtad de los oyentes y construir identidades políticas sustentadas en un tipo de "lógica" distinta de la razón programática (Laclau, 2005: 69 y ss.). Mientras que un discurso programático apela al apoyo del oyente, demostrándole que una acción política determinada es la mejor resolución a un problema, el discurso populista busca construir identidad poniendo en evidencia que "nosotros" debemos unirnos en una lucha de tipo moral contra un "ellos" que nos ha dañado.

El mito político y el mito populista

Un mito populista debe lograr tres objetivos básicos: explicar quién forma parte del pueblo, del nosotros; explicar quién es el villano que le ha hecho un daño a ese nosotros, y justificar por qué el pueblo necesita de ese líder para reparar el daño sufrido, encarar la lucha épica y lograr finalmente su redención histórica.

Escrito como respuesta a la aparición histórica de la idea de política como actividad humana autónoma, por fuera del orden de lo divino o lo tradicional, la *República* relata, de la mano de Sócrates, el llamado "mito de los metales". Este recurso retórico permite ofrecer una visión posible del origen de la ciudad. La metáfora de la madre común, la Tierra y la división de los grupos sociales según el metal con que fueron creados explica, por un lado, la comunalidad de los habitantes de la ciudad (todos son hijos de la misma madre, nacidos de la tierra) y la diferencia que genera entre ellos la división del trabajo y de las recompensas entre clases (algunos son de un metal y otros de otro, y cada grupo le sirve mejor a la ciudad dedicándose a su tarea específica); por el otro, señala una frontera entre ese nosotros (los hermanos) y los forasteros, hijos de otra madre, o de ninguna.

El mito de los metales es uno de los primeros, pero no el último. ¿Qué es la idea misma del contrato social, sino una explicación narrativa de por qué este conjunto de personas que viven juntas, en gran medida por accidente, están en realidad unidas por una identidad

común y son algo así como parientes? A la vez, esos mitos trazan una frontera entre los "hermanos" imaginarios y quienes no pertenecen a la comunidad y, más aún, dicen qué les sucederá a los hermanos que transgredan el mandato de parentesco. En el caso del marxismo, el mito originario que explica la conformación política se entronca en la noción de "lucha de clases", la constitución de una clase particular, que es la verdadera "hermandad universal", enfrentada a un "ellos" con el que, sin embargo, se fundirá al final de la historia.

Aunque contienen mitos, el liberalismo y el marxismo se constituyeron como *ideologías*; es decir, visiones del mundo densamente articuladas, explicitadas en un conjunto de obras fundamentales, de las cuales se desprende una serie de prescripciones de política pública que se ven a sí mismas como más o menos universales. Un liberal supone que el liberalismo es válido para cualquier comunidad humana; también lo supone un marxista ortodoxo. Pero esto no ocurre en el caso de ningún populista: no hay –ni habrá nunca– una Internacional Populista. No existe un mito global que se conciba a sí mismo como válido para todo el mundo, en todo momento y lugar.[41] Los mitos populistas son siempre *locales* y, antes bien, se nutren de la energía creada al rechazar cualquier intento de universalización, aunque puedan emplear elementos teóricos de ideologías diversas de manera sincrética y establecer alianzas con otros populistas de similar orientación.[42] Ya mencionamos que los mitos populistas son estructuras formales vacías: el contenido con que se los llena condensa las pruebas y las tribulaciones de *un pueblo* particular, que se encuentra trabado en una lucha épica contra un adversario moralmente nefario; son centrales para la conformación del modo de identificación populista que no posee una ideología, articulada según un programa, en la cual recostarse antes de su propia constitución. Un líder populista está, por así decirlo, solo frente al pueblo y depende en gran parte de su talento narrativo para renovar el lazo representacional y mantener la lealtad y el afecto de sus seguidores con la fuerza de su palabra y de su práctica.

A partir de esta estructura vacía que se "llena de contenido" en los mitos, se construye la "cadena equivalencial" de solidaridades entre los propios seguidores. Con esto, se busca afianzar una corriente de afecto hacia el héroe, y una corriente de antagonismo en su contra. El núcleo de sentido de los mitos populistas, lo que les otorga su peso político, es la narración de un daño infligido sobre el pueblo. Lo que se cuenta es una historia de dolor, traición y redención: había una vez un gran pueblo, destinado a la grandeza y la prosperidad, que fue traicionado por el villano dual (poder externo y traidor interno), y con la ayuda y el liderazgo de un político redentor este pueblo se rebela

contra su adversario para alcanzar, de una vez y por todas, su destino de gloria.

Al establecer con claridad relaciones de antagonismo entre el héroe y el villano, el mito genera *repertorios prácticos* que pueden traducirse en acciones y políticas públicas concretas. Los mitos populistas son políticos porque son *operativos*: una vez que se ha designado a un "otro" y se ha explicado por qué y cómo este ha actuado contra "nosotros", es más sencillo legitimar políticas que recorten su poder. Los mitos populistas no son simplemente "cuentos", están anclados en situaciones "reales" (si se me permite el término) vinculadas con demandas de actores sociales que experimentan –o creen experimentar– injusticia y exclusión. Asimismo, lo que se busca es movilizar el apoyo activo del "nosotros" al alertar sobre el carácter épico de la lucha por la redención popular.

Los protagonistas del mito populista: líder, héroe y villano

Como mencionamos, tres figuras narrativas funcionan como protagonistas: el líder, el héroe y el villano. En el caso del mito fundacional del liberalismo y del marxismo, cada uno a su manera propone un "héroe" o un responsable de la emancipación. En el primero, este es singular: el individuo dotado de razón. Los grandes textos del liberalismo reconocen la posibilidad de acción colectiva; sin embargo, esta acción se presenta en la mayoría de los clásicos como una *externalidad positiva*, resultado de la interacción entre miles o millones de individuos.[43] Por su parte, para el marxismo el héroe es colectivo, ya que el sujeto de la historia es la clase obrera.[44] Solo el proletariado *en tanto clase* puede ser el sujeto de la revolución y, por lo tanto, de la historia.

El mito populista tiene también un héroe, que es un *héroe dual*. El pueblo es un héroe colectivo, pero el héroe no puede organizarse ni actuar con miras a un objetivo concertado de largo plazo por sí solo; como notaron Aristóteles y Maquiavelo, el pueblo puede movilizarse únicamente de manera efímera y reactiva. Por lo tanto, es el líder populista quien debe acompañarlo y guiarlo.[45]

Cuadro 2.1.

[illegible]			
[illegible]			
[illegible] [illegible] externo/traidor interno			

El líder populista se autopercibe como un redentor del pueblo, que con coraje y abandono de sí acude a su rescate. El uso de la palabra "redentor" no es casual, porque el liderazgo populista se plantea como algo más que la *representación transaccional* de intereses comunes.[46] El tipo de vínculo que propone el líder populista se basa en *hacer presente* a los seguidores dentro del espacio político que les estaba vedado. El líder no pide el voto como contraprestación de una promesa de campaña; promete encarnar en sí mismo la lucha del pueblo contra el opresor.

El líder populista como perpetuo *outsider*

Uno de los rasgos centrales de la movilización populista es la presencia de un líder personalista y carismático. La autoridad del líder populista frente a sus seguidores no proviene de una fuente externa (como pueden ser los procedimientos partidarios, o la tradición imbuida en las normas de la herencia dinástica), sino que viene de un lazo directo establecido entre uno y otros sin mediaciones.[47]

Ahora bien, la representación del lazo carismático no se funda en las instituciones y procedimientos preexistentes, sino que es, por así decirlo, inmanente al lazo mismo. Al líder se lo reconoce como una persona *excepcional*, y de allí deriva su poder. Pero esa excepcionalidad replica o recoge también algo presente en el pueblo; Taggart sostiene que el populismo requiere a los más excepcionales individuos para liderar al más común de los pueblos (2000: 1). Sin embargo, en el discurso de los líderes esa excepcionalidad se construye en espejo con la excepcionalidad *moral* del pueblo, o, mejor aún, la acción redentora del líder es justamente la de llevar al pueblo a esa excepcionalidad.

La autoridad de un líder carismático existe en tanto sus seguidores estén convencidos de que esta existe; de ahí que el líder populista debe *crear y recrear la legitimidad de su propia autoridad mediante la apelación discursiva directa y constante a sus seguidores*. Por esto, la palabra política es una de sus herramientas centrales, aunque no hay que descartar, desde luego, el uso constante que hacen también de la imagen. No es un secreto que los líderes populistas *hablan mucho y constantemente*, pero hay una lógica detrás de los programas televisivos o las cadenas nacionales: ellos deben explicar a sus seguidores *quién es el "ellos" y quién el "nosotros"*, deben traducir "situaciones objetivas" complejas en narrativas simplificadas, forjar lazos de solidaridad entre grupos sociales diversos a fin de armar una coalición multiclasista. Y deben hacer todo eso sin el apoyo de un

libro sagrado o la tradición de un partido centenario. Un líder populista debe hablar a sus seguidores de una manera que los persuada y los inspire; como ya mencionamos, debe ser por naturaleza un contador de historias, que explique una y otra vez quién es el pueblo, quién es el antipueblo y, sobre todo, *quién es el líder en cuestión*.

Un líder populista se diferencia de uno no populista por la continua referencia a su historia personal y privada. Los líderes populistas hablan de sí mismos: de sus infancias, de sus valores, de sus familias; entretejen lo público, lo privado y lo biográfico de una y mil maneras. Les gusta hablar de fútbol, o hacer demostraciones de canto o referirse a su militancia juvenil. El lazo representacional entre seguidores y líder está fundamentado en esa dación de lealtad que, por su propia fuerza, transforma al líder persona en un símbolo, un significante y un programa. Y esta entrega genera la necesaria autoridad performativa en función de la cual el líder pasa a ser el único hablante con poder para narrar o alterar ese mismo mito originario, lo cual, a su vez, posibilita transformar el discurso en un repertorio de prácticas políticas concretas al dicotomizar el espacio político entre un “nosotros” y un “ellos” (Panizza, 2005: 3).

En sus discursos, los líderes populistas siempre se presentan como *outsiders*, es decir, como alguien que viene “de afuera”, incontaminado por los vicios de la “partidocracia” o el *establishment*, y que se ha visto casi forzado a entrar en la política debido a la indignación moral que el sufrimiento del pueblo y la traición de la élite generan. Esto es así ya sea que el líder provenga, en efecto, de un grupo excluido (como ocurrió con Evo Morales) o que sea heredero de una de las familias más ricas y tradicionales del país (como el caso de Álvaro Uribe). Un líder populista está forzado a elaborar una narrativa que lo presente como alguien que se volcó a la política acicateado por un deseo de servir al pueblo, no por simple cálculo de conveniencia. La verdad factual que subyace a la autopresentación del líder es secundaria a la potencia que adquiera la narración del viaje personal desde la pasividad apolítica hasta el compromiso total redentor con el pueblo. El relato de este trayecto de la ignorancia a la conciencia política debe resultar a la vez emocional desde lo personal y poderoso desde lo político. En él se actualizan, además, temas como el compromiso ético hacia una causa colectiva más amplia, el sacrificio de la vida y el bienestar personal, y la disciplina aprendida en ámbitos sencillos que la política no pudo corromper, como los cuarteles militares (Juan Domingo Perón, Hugo Chávez), la fábrica (Lula da Silva) o las comunidades campesinas (Evo Morales). Sin embargo, este relato de activación política cumple otro objetivo doble: por un lado, enfatiza el carácter *excepcional*, carismático y redentor de ese liderazgo;[48] por

el otro, comunica a todo el arco político que el líder no le debe nada a nadie, en términos políticos, salvo a sí mismo y a sus seguidores. A diferencia de los políticos tradicionales, un *outsider* no tiene compromisos con ningún partido ni aliado y llega al poder "con las manos libres".[49]

A continuación discutiremos brevemente tres modelos de relato típicos que han demostrado su efectividad para construir una historia de "*outsiderness*" a la política: el militar patriota, el dirigente social y el empresario exitoso. Como se verá en los capítulos siguientes, estos modelos continúan usándose aún en nuestros tiempos con éxito político: Hugo Chávez, Evo Morales y Donald Trump lo demuestran.

El militar patriota

Como en casi todo lo relacionado con el discurso populista, los "hechos objetivos" de la biografía del líder forman solo la materialidad lábil que deberá transformarse en una narrativa que enfatice el relato de sacrificio y redención. Un amplio espectro comparte esta autopresentación: desde Lula da Silva, primer presidente obrero y sin título universitario, hasta Juan Domingo Perón, militar de alto rango, funcionario y vicepresidente que gozaba de un apreciable grado de poder antes de su llegada a la presidencia. Sin embargo, la historia latinoamericana muestra que ciertas trayectorias se prestan más fácilmente a convertirse en las narrativas que sustentan un liderazgo de esta naturaleza. Durante el siglo XX, la figura del *militar patriota* resultó el principal modelo del que surgieron la mayoría de los movimientos populistas de la región. Getúlio Vargas, Juan Domingo Perón, José Velasco Alvarado, Omar Torrijos, Hugo Chávez: todos tenían grado militar o un pasado en las fuerzas armadas antes de dar el salto a la política. Como explican Sigal y Verón, Perón se apoyó de manera constante en la figura del soldado tranquilo, con su carrera militar "sin ambiciones", al que por su sentido patriótico obligaron a entrar en la política (Sigal y Verón, 2003). Algo similar también se encuentra en la construcción que hacía de sí mismo Hugo Chávez.

En las décadas finales del siglo XX, sin embargo, la figura del patriota militar cayó relativamente en desuso, tal vez por la memoria reciente sobre los crímenes y las violaciones a los derechos humanos en dictadura durante los años setenta en nuestro continente (tal vez no sea casual que Hugo Chávez haya surgido en Venezuela, paradójicamente el país de la región con la más larga tradición de gobiernos civiles y sin dictaduras militares en los setenta).

Europa y Estados Unidos no tienen casos similares de militares patrióticos que hayan devenido en líderes populistas. Pero sí pueden rastrearse ejemplos de otros dos orígenes sociales que resultaron fructíferos: el *dirigente social* y el *empresario*.

El dirigente social

Numerosos líderes saltaron a la política a partir de su activismo en movimientos sociales de distinto tipo en la ola más reciente de populismo. En América Latina, los movimientos sociales ganaron protagonismo durante los años setenta y ochenta, cuando la sociedad civil se convirtió en gran medida en la punta de lanza de la lucha democratizadora contra las dictaduras. En los noventa, la lucha antineoliberal fortaleció a diversas organizaciones, como los movimientos de trabajadores desocupados en la Argentina, los Trabajadores Rurales Sin Tierra en Brasil y los Cocaleros del Chapare boliviano, que luchaban contra las políticas de erradicación de la droga que impulsaban los Estados Unidos.

Como, por un lado, los movimientos sociales habían ganado terreno y fuerza y, por otro, había desaparecido de hecho la lucha armada como opción política, no es sorprendente que varios de estos dirigentes se decidieran a buscar el poder desde las urnas, abrazando la vía democrática y reformista como el camino adecuado para el cambio social. Recordemos, por ejemplo, a Lula da Silva y Evo Morales. Fernando Lugo en Brasil y Rafael Correa en Ecuador también entraron a la política "desde afuera", desde la militancia social católica con opción por los pobres en un caso, o desde el movimiento de protesta que terminó con el gobierno de Lucio Gutiérrez, en el otro. En Europa o los Estados Unidos, estos casos no son tan frecuentes, pero existen algunos importantes. Uno de ellos es el partido populista de izquierda Podemos en España, cuyo núcleo dirigente inicial se formó en el movimiento de *indignados* que protestaban contra las medidas de austeridad, en respuesta a la crisis financiera de 2008.

El proceso de conversión de dirigente social a líder populista tiene sus riesgos. Existen experiencias en las cuales este proceso termina fragmentando al propio movimiento, por una de dos razones. Puede ser que otros miembros de la organización sientan que el pasaje de lo social a lo político genera mayor personalismo y menor horizontalidad. Una segunda razón se puso de manifiesto en algunos de los liderazgos populistas de la última ola latinoamericana, en los que los líderes provenían de la izquierda marxista o estaban aliados con organizaciones de este tipo. Los populismos apuestan siempre a la

vía electoral y democrática para llegar al poder, por lo que la adopción de un camino populista requiere una renuncia explícita a la vía revolucionaria. En el caso boliviano, el ascenso de Evo Morales a la presidencia implicó un fuerte debate interno dentro de la red de movimientos sindicales, indígenas y cocaleros sobre la legitimidad o conveniencia de abandonar la lucha por una transformación radical del Estado y abrazar, en cambio, la puja electoral dentro de los límites y estructuras del Estado nación. El dirigente indígena Felipe Quispe abandonó el MAS por este motivo (Escárzaga, 2012). Algo similar sucedió con el partido indigenista Pachakutik en Ecuador, que rompió con Rafael Correa tras haber sido su aliado. Sin embargo, al final estos desgajamientos no tuvieron un impacto electoral determinante y la apuesta de Morales y Correa a convertirse en líderes por la vía del voto resultó exitosa.

El empresario exitoso

Mientras el dirigente social devenido político parecería un fenómeno propio de América del Sur, el acceso al poder del empresario mediante las urnas es singularmente adecuado al imaginario político de Europa occidental y los Estados Unidos. Silvio Berlusconi y Donald Trump son dos de los casos más relevantes, aunque el país norteamericano tiene algunos antecedentes: Ross Perot, hombre del petróleo, que en 1992 llegó a la candidatura de un tercer partido más exitoso en medio siglo; Michael Bloomberg, dueño de la compañía de información financiera de igual nombre, que se convirtió en alcalde de Nueva York y coqueteó con la disputa por la presidencia; y Mitt Romney, magnate de las finanzas, que fue candidato presidencial en 2012 por el Partido Republicano. Como en estos casos, en Sudamérica las historias de empresarios exitosos volcados a la política parecen estar casi exclusivamente asociados con la derecha: Sebastián Piñera en Chile, Michel Temer en Brasil, Horacio Cartes en Paraguay, Mauricio Macri en la Argentina y Pedro Pablo Kuczynski en Perú son algunos ejemplos.

El atractivo del hombre (este relato es casi exclusivamente masculino) de negocios exitoso proviene, para el imaginario, de una idea moral que ya no concibe el país como un “ejército civil” (que requiere de un líder con entrenamiento y sentido del deber militar para ponerse en movimiento de manera unificada), sino como una “empresa” (que debe tecnocrática y desapasionadamente aprender a competir dentro del mercado de naciones, haciendo para esto los sacrificios que sean necesarios). En este tipo de liderazgo, la idea-guía

no es el deber ni el compromiso social, sino la eficiencia tecnocrática, el saber hacer práctico, sin las complicaciones de la ideología. Esta imagen del "país como empresa" suele complementarse con la del "país como familia", que debe aprender sobre todo a "no gastar más de lo que gana". No es casual, por tanto, que en este contexto impere la figura masculina del *bussinessman* exitoso ya que –si bien hay mujeres que llegaron a la política a partir de su pasado como empresarias– estas formaciones imaginarias se suelen asociar a cierta retórica que explota ideas convencionales sobre la "masculinidad exitosa": familias tradicionales, jóvenes y bellas esposas (como Melania Trump o Juliana Awada), o bien una pública ostentación del contacto constante con actrices y modelos (como Silvio Berlusconi).

Tal vez ayudada por el ascenso de la retórica asociada al valor moral del mercado y del éxito en la actividad privada, junto con la expansión de los modos de gobierno propios del neoliberalismo, la figura del empresario exitoso pasó a tener aristas no solo económicas sino políticas e incluso morales. En este caso, el valor "moral" apolítico ya no es el del sacrificio por la patria –como lo era con los militares durante los años cuarenta y cincuenta–, sino el de la racionalidad instrumental vinculada al desempeño en el mercado, al "éxito" individual que esa persona se siente obligada a devolver a la sociedad.

La relación entre héroe y villano en el mito populista

El líder, como ya planteamos, es el único enunciador con la autoridad performativa suficiente para articular el mito populista. "Narrador oficial" del movimiento, es el único que puede definir en cada momento quién forma parte del pueblo o del antipueblo. Su propia persona, así como su papel providencial dentro del movimiento, son parte de este relato en permanente construcción. Pero el relato jamás se agota en un simple elogio del líder. Es más, el líder no se presenta nunca como héroe del relato: *el verdadero héroe es el pueblo*. La contraposición marcada se da entre un "nosotros" (conformado por la dupla líder-pueblo) y un "ellos" (el villano externo y el traidor interno). Esta frontera que separa ambos campos también atraviesa a la sociedad: así, la arena política se divide entre un nosotros y un ellos, un *underdog* y una élite, un pueblo y un antipueblo.

La creación de una frontera que delimita un nosotros y un ellos no es privativa de los populismos. Si así fuera, podría pensarse que un grado de dicotomización e incluso de maniqueísmo resulta un rasgo ineludible, si no de todas, al menos de la mayoría de las ideologías

modernas. Lo único y fundamental en el populismo es que, por un lado, se presume que esta dicotomía no podrá jamás ser eliminada y, por el otro, esta frontera es móvil y maleable. La frontera no se borra jamás: se administra estratégicamente, día a día, momento a momento. Un actor social que en cierta etapa puede estar fuera del "nosotros" podrá, si las circunstancias cambian, pasar a integrarlo, y viceversa.[50]

No hay un solo modelo de "pueblo" sino instancias situadas histórica y espacialmente de "pueblos", cuyas características dependen del proceso *concreto y por lo tanto también contingente* de su constitución. No hay un solo modo de volverse pueblo, sino injusticias *concretas e históricamente situadas* que deben ser, por eso, encadenadas y condensadas en el relato vehiculizado en el mito populista. Existen, por supuesto, procesos supralocales que pueden *emparentar* pueblos, si estos comparten situaciones de opresión similares o relacionadas (por ejemplo, haber sido objeto del mismo tipo de colonialismo por parte de la misma potencia). Sin embargo, si bien los pueblos pueden ser *pueblos hermanos*, no serán iguales, ni habrán de desaparecer sus especificidades. O, en caso de pretender fundirse en un pueblo más grande, esto requerirá el establecimiento de una nueva frontera. Es precisamente este carácter indeterminado del pueblo lo que ayuda a comprender la centralidad del mito populista propagado por la voz autorizada del líder: un acto performativo que traza la línea entre el pueblo y el no pueblo como condición de posibilidad de su propia existencia.

El adversario del pueblo se define casi siempre como "la élite", y la mayoría de los estudiosos encuentra el antielitismo como un rasgo esencial del populismo. Pero también en este caso, el antielitismo es una condición necesaria pero no suficiente para determinar que un movimiento es populista.[51] La clave radica en que los populismos conciben la élite de manera no esencialista y abierta. En un contexto particular como el de la Argentina en 2008, un discurso populista designó a los sectores "del campo" como adversarios; en otro contexto, por ejemplo el del populismo rural estadounidense de fines del siglo XIX, esos mismos sectores fueron señalados como "pueblo".

Lo que diferencia al populismo no es su antielitismo de por sí, sino dos cuestiones relacionadas: primero, el carácter *vacío* del significante "élite"; y segundo, el carácter *insuperable* de la relación entre pueblo y élite. El populismo no plantea una instancia superadora en la cual eliminaría la frontera entre pueblo y antipueblo: la desaparición de la élite marcaría también la desaparición del pueblo. No hay, para ningún discurso populista, una única élite a la que deberá denunciarse en todo momento y lugar; la *denuncia*, por el contrario, debe dar cuenta de manera específica de una *traición histórica* por parte de

grupos políticos y sociales determinados, que ha afectado en sus potencialidades a un pueblo determinado. A diferencia tanto del liberalismo como del marxismo, el populismo *no plantea un horizonte futuro de superación de la división posible entre pueblo y élite.*

El villano dual

La naturaleza del villano refleja en espejo la del héroe, en tanto que ambos tienen una *estructura dual*. Así como el héroe populista se define a partir de la dupla pueblo-líder, el villano populista está constituido por la dupla enemigo externo/traidor interno. Cualquier operación discursiva del populismo se basa en un manejo *tenso*, *constante*, y *estratégico* del "acto de nombrar" (Panizza, 2005: 3), por el cual se determina quién es el adversario del pueblo *en cada momento particular*. Esto implica nombrar, en concreto y con nombre y apellido, al villano externo y al traidor interno.

Como se desprende de los casos que presentamos en los próximos capítulos, el discurso populista articula la denuncia de una figura malvada y poderosa –que es externa a la comunidad política– con otra figura menos poderosa, pero moralmente más corrupta –que es interna–.

Los líderes populistas suelen acusar a algún factor remoto y poderoso (el imperialismo inglés o estadounidense, la élite financiera global, el terrorismo islámico, el capitalismo neoliberal), al que se suele presentar como un villano mecánico, impersonal. Podría decirse: el imperialismo inglés o estadounidense es nefario, pero ¿qué otra cosa podría esperarse de una potencia mundial? La condena no solo política sino *moral* queda reservada a aquellos grupos internos que se alían con un adversario externo en contra del pueblo. En este caso, lo que define a estos grupos es la *traición*. Estos grupos e individuos deberían ser parte del pueblo, pero han elegido a sabiendas ponerse al servicio de ese amo externo: son la oligarquía, los "pelucones", los "escuálidos", el "colonialismo interno", Wall Street, los musulmanes nativos, los intelectuales de las universidades de la costa este en los Estados Unidos. La denuncia del traidor se transforma, así, en el verdadero eje normativo del discurso populista. Su apelación principal se vincula con las pasiones; principalmente, como señala Barros, con la *pasión que nace de ser testigo de una gran injusticia*:

> Las pasiones frente a la frialdad dolosa de los académicos (Gaitán), la pasión que supone poseer y defender la felicidad

> (Perón). Pero también la pasión que se indigna por el daño sufrido, por la humillación cotidiana (Vargas), la indignación de no sentirse reconocido como ser humano (Morales) (Barros, 2014: 299).

Existen maneras bien diferentes de definir las élites, aunque tienen ciertos patrones comunes. Hay dos repertorios discursivos principales, uno que "pega para arriba" y otro que "pega para abajo", que se corresponden a grandes rasgos con la diferencia entre populismos de izquierda y de derecha. En un caso, la élite se define como "los de arriba" en términos socioeconómicos (sectores financieros, empresarios, grandes propietarios agropecuarios, bancarios, grandes medios), siempre articulados o funcionales a los intereses extranjeros. Es el que prima en los populismos de izquierda. En el otro, la élite se define en términos socio-étnico-culturales: una conjunción de intelectuales con minorías étnicas o regionales, migrantes y extranjeros en general (los "intelectuales de la costa este" que denunciaba Sarah Palin, candidata a la vicepresidencia estadounidense en 2008 acompañando al republicano John McCain, que serían aliados del cosmopolitismo y la "corrección política"). Es mucho más frecuente en los populismos de derecha que, como vimos, resurgen en Europa y los Estados Unidos.

La finalidad de un mito populista, por supuesto, no es nunca puramente expresiva o literaria, sino práctica: busca movilizar, identificar un adversario, esbozar y legitimar posibles cursos de acción. Su objetivo no es ficcional, sino político. Esta narración pretende movilizar un colectivo hacia una acción política práctica. La principal motivación para la acción es entonces el *enojo* (incluso el resentimiento) suscitado en el pueblo contra aquellos que lo han traicionado.[52] Como veremos en el capítulo siguiente, las políticas públicas que se adopten estarán directamente relacionadas con a quién se designe como élite y a quién como traidor.

La temporalidad en los mitos

Como toda narración, el mito populista está temporalmente orientado. Presenta una serie de eventos ordenados en una secuencia que tiene un origen, un medio y un final. El mito populista obtiene, además, gran parte de su eficacia política del hecho de que narra un *daño* cometido contra el pueblo por el villano externo y el traidor interno. Este daño ha sido cometido sobre todo en el pasado, aunque por

supuesto persiste en el presente, de ahí la situación injusta de dominación que el pueblo vive. Sin embargo, este estado de sujeción podrá cambiar luego de la acción decidida del líder y de su pueblo para liberarse de las cadenas.

La primera cuestión central es que el mito populista no es emancipador, sino *redentor*.[53] Plantea un futuro de abundancia y felicidad, sin duda. Pero la metáfora que describe este momento no es la de la *emancipación*, sino –podríamos postular–, la de una dialéctica siempre en tensión entre la *redención* y la *vindicación*. Es decir, la dominación actual del pueblo por parte de la élite no podrá superarse eliminando la diferencia entre ambos grupos para lograr (o retornar) a un momento de perfecta igualdad individual. La llegada a la Tierra Prometida es la redención *de un pueblo* en tanto actor colectivo, no la liberación de los individuos que lo componen. Al mismo tiempo, la reivindicación redentora solo es posible con una *victoria* de ese pueblo contra la élite opresora, pero no supone su eliminación por la vía de la emancipación universal.[54]

Como forma narrativa, los mitos establecen un vínculo muy fuerte con la creación de una temporalidad colectivamente compartida. Por eso, en todos los discursos populistas que relevo en este libro *la narración del pasado* desempeña un papel destacado. Cumple, en ese sentido, dos objetivos: el primero, como ya mencionamos, dar una relación detallada de las afrentas, agravios y, en particular, *traiciones* que han llevado a *este pueblo* a su actual situación de subordinación; el segundo, establecer la *tradición* histórica, política, cultural y sobre todo moral que sustenta a ese pueblo y resulta el principal recurso para su lucha histórica. Lee plantea que un pueblo estable se define como el defensor heroico de valores "tradicionales" (Lee, 2006: 358). Como veremos más adelante, la existencia de populismos modernizantes prueba siempre que estos valores no son necesariamente sostenidos en términos de su carácter tradicional, pero sí que se presentan como surgidos de una experiencia común, *concreta y situada en un espacio y un tiempo determinados*, antes que de un *programa* ideológico teórico y abstracto.

Si, como sostiene Lee, "las comunalidades entre estas gentes concretas y ordinarias se hacen evidentes en sus maneras compartidas de vida" por esto, el populismo estaría *condenado a la historia* (Lee, 2006: 358; traducción propia). De ahí que, para definir al pueblo, el componente *histórico* del mito populista se vuelve fundamental. El mito populista, como veremos en los próximos capítulos, entronca la definición del pueblo actual con cierta lectura e interpretación de la historia *concreta* que sostiene a ese mismo pueblo.

Los mitos ayudan al lector u oyente a conectar una situación presente con una pasada y una futura. Cualquier mito populista ofrece

una visión de cuándo y cómo se producirá la redención, que solo será posible una vez que el sujeto haya atravesado una serie de pruebas y peligros morales y salido fortalecido. La redención es *reparadora*, por cuanto solo puede alcanzarse tras enmendar el daño realizado por el villano dual. Para alcanzar la liberación, será necesaria la acción decidida y colectiva del pueblo, guiado por el líder.

Los repertorios mencionados –"pegar para arriba" y "pegar para abajo"– se complementan con otros dos vinculados a la temporalidad: aquellos populismos orientados al pasado, y los orientados al futuro.

Canovan plantea, de manera muy incisiva, que no todos los mitos imaginan el futuro del mismo modo: hay una diferencia fundamental entre los mitos populistas *nostálgicos* y los *futuristas.* Esto permite reconstruir dos genealogías claramente diferenciadas para el concepto mismo de "pueblo". La primera, que la autora llama "republicana", se remonta a la tradición de la idea de *plebs* romana, según se desarrolló en la Lex Regia y en la obra de filósofos como Maquiavelo y los constitucionalistas norteamericanos. En la tradición republicana, el pueblo se comprende como un *proyecto*, una entidad que debe *construirse* mediante la voluntad política soberana. Según esta perspectiva, no existe el pueblo antes de que exista la decisión –por decirlo de algún modo– del pueblo de autoconstituirse en tal, y el pueblo solo existe en tanto sea sostenido por esa voluntad de autoconstitución política. La segunda definición, que Canovan llama "romántica" (2005: 48), concibe el pueblo como una entidad que existe en el presente porque se ha constituido de manera orgánica en el pasado. Desde esta visión, el pueblo es un ente orgánico que debe preservar su autenticidad y totalidad.[55]

En ambos casos, el mito populista narra un daño al pueblo ocurrido en el pasado. Sin embargo, en los mitos orientados al futuro el pueblo se presenta como una entidad cuyos límites no están fijados de antemano, mientras que en los orientados al pasado el pueblo debe ser sobre todo protegido de la contaminación, para retornarlo a una conformación "auténtica" lo más parecida posible a la originaria. Esta diferencia resulta fundamental en la medida en que se traduce, al fin de cuentas, en diferentes tipos de políticas públicas.

---

[25] Dice Rancière: "Para que la ciudad esté ordenada según el bien, es preciso que las cuotas de comunidad sean estrictamente proporcionales a la *axia* de cada parte de la comunidad: al valor que aporta a la comunidad y al derecho que este valor le da de poseer una parte del poder común" (1996: 18).

[26] Como no la precisan los dioses, que están fuera de los condicionamientos de la escasez y la mortalidad, ni los animales, que sí están igualados instintivamente según la finalidad que les da su especie.

[27] "La política nace del acto de contar las 'partes' de la comunidad, que da siempre una cuenta falsa, una cuenta doble, o una cuenta imperfecta"

(Rancière, 1996: 18).
[28] "Pero no darles acceso [al pueblo] ni participación en ellas [las magistraturas] es temible pues cuando son muchos los privados de honores y pobres, forzosamente esa ciudad está llena de enemigos" (Aristóteles, 1988: 1281b-7).
[29] "Al ser muchos, cada uno tiene una parte de virtud y de prudencia, y, reunidos, la multitud se hace como un solo hombre con muchos pies y muchas manos y muchos sentidos; así también ocurre con los caracteres y la inteligencia. Por eso también las masas juzgan mejor las obras musicales y las de los poetas: unos valoran una parte, otros otra y entre todos todas" (Aristóteles, 1988: 1281b).
[30] "Cuanto mejor mezclado está el régimen, tanto más estable es. Muchos, incluso los que quieren establecer regímenes aristocráticos, cometen un error no solo en dar una parte mayor en el gobierno a los ricos, sino también el de engañar al pueblo, porque, con el tiempo, de falsos bienes surge necesariamente un verdadero mal, pues las ambiciones de los ricos arruinan más el régimen que las del pueblo" (Aristóteles, 1988: 1297a-6).
[31] "Odioso lo hace, sobre todo, el ser rapaz y usurpador de los bienes y de las mujeres de sus súbditos, de lo cual debe abstenerse; y cuando a la universalidad de los hombres no se les quitan ni bienes ni honor, viven contentos, y no hay que luchar más que con la ambición de pocos, la cual se refrena de muchas maneras y con mucha facilidad" (Maquiavelo, 1993: cap. XIX).
[32] "Un príncipe debe hacer poco caso de las conjuraciones, mientras que el pueblo lo quiera bien. Si el pueblo es su enemigo y le tiene odio, debe temer a todo y a todos" (Maquiavelo, 1993: cap. XIX).
[33] Todos estos ejemplos de "fundadores de pueblos" dieron inicio a *Estados*, es decir, ordenamientos político-culturales que trascendieron en el tiempo. A los ojos de Maquiavelo, Moisés fundó el pueblo y Estado israelita; Ciro, el Imperio persa; Teseo, la polis ateniense; Rómulo, la ciudad de Roma y Numa, su reino (Maquiavelo, 1950: cap. 6).
[34] El pueblo, sin embargo, reaccionará de manera violenta si percibe que el príncipe amenaza su bienestar o se inmiscuye en su vida privada indebidamente. Por eso el príncipe debe siempre temerlo y respetarlo, pues si el pueblo se levanta no habrá ejército o guardia de mercenarios que lo pueda contener.
[35] Solón no se contentó con dominar Atenas según su arbitrio sino que le dio sus leyes, que la llevaron a la grandeza y lo trascendieron. El rey romano Numa es una figura especialmente importante para Maquiavelo, ya que distribuía la ficción de que sus decretos se los dictaba la ninfa Egeria, con quien se reunía secretamente. Al hacerlo así, Numa le dio una base religiosa a la lealtad de los romanos hacia su ciudad.
[36] Es decir, los mecanismos para limitar capacidad de acción de las mayorías (Leiras, 2002: 29).
[37] "El pueblo siempre está ahí *en reserva* como el detentador colectivo del poder cuando el gobierno ordinario falla" (Canovan, 2005: 21; traducción propia).
[38] Justamente el concepto de "pueblo en reserva" es lo que rechaza Rousseau en su noción de "voluntad general" y en su impugnación de la democracia representativa *tout court*.
[39] Aibar Gaete habla del populismo como el "habitante interno" de la democracia (Aibar Gaete, 2013: 41).
[40] "Su lugar [el del populismo] se constituye por medio de la presentación de una parte que se siente objeto de un daño" (Aibar Gaete, 2013: 42).

[41] Véase la excelente discusión del carácter local y *anticosmopolita* del populismo en Ostiguy (2017).
[42] Cabe señalar también que, a diferencia del liberalismo y el marxismo, no existen grandes obras de teoría política que se presenten a sí mismas como programática y conscientemente *populistas*. Antes bien, el populismo es analizado de manera o bien tangencial, o bien como una *patología política* que debe erradicarse. Aun aquellos pensadores que, como Laclau, tienen una lectura positiva del populismo, no lo desarrollan como una propuesta programática.
[43] Así lo hace, por ejemplo, Immanuel Kant cuando describe la "social a-sociabilidad" de la sociedad civil como el motor que hace avanzar la historia hacia la paz, o John Stuart Mill al hablar del "mercado de las ideas" de la opinión pública.
[44] La vanguardia política es necesaria, pero solo si puede comprometerse en el proceso de crear autoconciencia de clase.
[45] Sin embargo, la propia naturaleza del pueblo, así como el carácter imprescindible de la frontera interna que lo separa de un otro (y lo define) hacen que la posibilidad de imaginar un nuevo orden político basado solo en la libertad del pueblo sea, para el populismo, imposible (a diferencia del marxismo).
[46] "El discurso populista se vuelve un mensaje redentor y no una simple reivindicación o representación de la demanda" (Aibar Gaete, 2013: 42).
[47] Los líderes no carismáticos en general llegan al poder siguiendo trayectorias que acumulan representación mediante mecanismos establecidos o siendo *insiders* en sus partidos políticos, mientras que los líderes populistas se caracterizan por venir de afuera de los partidos establecidos o irrumpir en la política de manera inesperada (más allá de que sean –o no– magnéticos y atractivos en lo personal).
[48] En cambio, los líderes no populistas suelen presentarse a los electorados enfatizando sus credenciales tecnocráticas o su amplia experiencia en diversos puestos del Estado: hacen gala de sus competencias en economía, en gestión o en derecho, y subrayan su carácter sólido, confiable, mesurado (recuérdese a Fernando de la Rúa, por ejemplo, quien con esta imagen buscaba diferenciarse del populista y "excesivo" Carlos Menem).
[49] Esto se presenta en general así en el discurso, pese a que es bien sabido que los líderes populistas suelen reclutar dirigentes de la "partidocracia" para su coalición desde el momento en que comienzan a aspirar al poder. Valga, como ejemplo, el caso de Perón convocando luego de 1946 a dirigentes de las viejas élites políticas provinciales y a las dirigencias sindicales (Torre, 1989); o el más actual de Rafael Correa, que absorbió dirigentes del Movimiento Forajido y de partidos provinciales (Casullo y Freidenberg, 2017b). En Argentina, Néstor Kirchner y Cristina Fernández debieron buscar un equilibrio entre proyectar una imagen de *outsiders* (sintetizada en la frase de Néstor Kirchner: "Vengo del sur, del frío") y entroncar en la tradición militante del peronismo, con el cual nunca rompieron. Paradójicamente (o no, como veremos luego), Mauricio Macri, el hijo y heredero de una de las mayores fortunas de la Argentina y alguien con relaciones profundas con varios gobiernos, construyó una imagen de *outsider* muy exitosa desde su origen empresarial y deportivo.
[50] En este sentido, no puede hablarse del "metarrelato" populista, a diferencia del liberal o marxista, en términos de Lyotard (1987). Una de las diferencias clave con los grandes metarrelatos modernos marxista y liberal es que el héroe, es decir, el sujeto político propiamente dicho, era para la teoría pasible de ser determinado de manera objetiva. La clase obrera o el proletariado, en un caso,

y el individuo racional, en el otro, están determinados por características que tienen cierto grado de objetividad y, por lo tanto, de universalidad. Sin embargo, esto es justamente lo contrario de lo que significa un pueblo.

[51] Puede decirse que casi todas las grandes ideologías modernas tienen un componente "antielitista". El liberalismo iluminista se imaginaba a sí mismo en una lucha profunda contra dos de las élites más poderosas del momento: el poder de las monarquías absolutistas y la élite cultural asociada a las universidades escolásticas medievales. Asimismo, la oposición entre civilización y barbarie estaba cargada de un determinismo maniqueísta. Por su parte, el ánimo antiélite del socialismo del siglo XIX tampoco puede soslayarse, aunque la élite fuera definida de modo diferente. La condena moral hacia las acciones de esa élite está presente en prácticamente cada palabra escrita por Marx.

[52] Para una reflexión sobre el rol del resentimiento popular en la democracia, véase McCormick (2001).

[53] Esta es otra gran diferencia con los metarrelatos de tipo marxista y liberal. Tanto en uno como en otro, la emancipación se concibe en un futuro que, si bien puede ser remoto en el tiempo, es sin embargo conocible con algún grado de seguridad gracias a la razón. La emancipación posrevolucionaria no puede pensarse, en sentido estricto, como la victoria de una clase por sobre otra, sino como la eliminación de las clases. Por su parte, si bien el liberalismo no describe el momento de "paz perpetua" del que hablaba Kant, este momento estará sin duda caracterizado por un máximo de libertad y diferenciación individual. En el mito populista no existe este espíritu de universalidad, ni está prevista –como ya mencionamos– la eliminación de la frontera entre pueblo y antipueblo.

[54] "Pero, como ese nuevo sujeto (individual o colectivo) emerge a partir de una identificación con el daño, puede asumir el lugar del todo social. Al ser la prueba viva que desmiente la igualdad primordial –la igualdad de todos por el solo hecho de ser sujetos hablantes–, al ser –en términos de Rancière– la no constatación empírica de la igualdad universal, los dañados pueden ocupar el lugar del universal y más específicamente, en el populismo, el lugar del Pueblo" (Aibar Gaete, 2013: 57).

[55] "Los nacionalistas románticos gustan de pensar que sus pueblos forman parte del orden de la naturaleza, creciendo y madurando en un proceso orgánico de desarrollo histórico, mientras que los republicanos clásicos siempre han sido de la opinión de que un pueblo de ciudadanos no es para nada un ente constituido de manera orgánica, no más que la ciudad que lo alberga. Las ciudades deben ser construidas, y lo mismo sucede (según las tradiciones republicanas) con los pueblos, usualmente por algún fundador o legislador heroico […] para la imaginación republicana, el pueblo es un producto de la voluntad política" (Canovan, 2005: 48; traducción propia).

3. El populismo sudamericano

> Mi sacrificio los mantendrá unidos y mi nombre será su bandera de lucha. Cada gota de mi sangre será una llama inmortal en su conciencia y mantendrá la vibración sagrada para resistir. Al odio respondo con perdón. Y a los que piensan que me derrotan respondo con mi victoria. Era un esclavo del pueblo y hoy me libro para la vida eterna. Pero este pueblo, de quien fui esclavo, no será más esclavo de nadie.
> **Getúlio Vargas**

Desde 1998 hasta 2015 el populismo fue el protagonista del llamado "giro a la izquierda" de Sudamérica y constituyó el foco en todos los análisis de la política de la región. Esta fase (que en los años finales de la década de 2010 parece estar definitivamente concluida) comenzó en 1998, cuando Hugo Chávez fue elegido presidente de Venezuela, y luego siguió con las victorias de Néstor Kirchner en 2003, Evo Morales en 2005, Rafael Correa en 2006 y Fernando Lugo en 2008.[56] En 2003 Néstor Kirchner, gobernador peronista, llegó a la presidencia en una atípica elección en la que su partido fue dividido en tres y él se ubicó a la izquierda de Carlos Menem. A pesar de la fragilidad electoral de origen (Kirchner asumió con el 22% de los votos), su espacio, el Frente para la Victoria, resultó ganador en la nación y en la crítica provincia de Buenos Aires en las elecciones de medio término de 2005; así, Kirchner logró terminar con el liderazgo de Eduardo Duhalde. Primero él y luego Cristina Fernández de Kirchner gobernarían en total por doce años. En 2005 fue elegido por amplia mayoría en Bolivia el dirigente sindical cocalero y líder del Movimiento al Socialismo (MAS) Evo Morales. En la elección siguiente, el gobierno de Morales fue reelegido por un porcentaje récord de ciudadanos. En 2006 Rafael Correa, economista, académico y exministro ecuatoriano que había adquirido visibilidad pública como dirigente de la sociedad civil en las protestas contra el gobierno de Lucio Gutiérrez, fue elegido presidente en Ecuador. Tan reciente era su espacio político que Correa no presentó candidatos propios para el Congreso y asumió sin bancada que lo apoyase; sin embargo, en las elecciones para la Convención Constituyente de 2007 obtuvo un

amplio respaldo en las urnas. En el año 2008 el obispo católico Fernando Lugo fue elegido presidente de Paraguay. Sin embargo, y a diferencia de los demás mandatarios sudamericanos, no pudo consolidar su liderazgo y fue depuesto en 2012 a través de un *impeachment* parlamentario de dudosa legalidad y aún menor legitimidad.

Este hecho puso punto final a la fase ascendente de los populismos de izquierda en Sudamérica, y dio comienzo a un ciclo descendente. En 2013 falleció el presidente Hugo Chávez y el chavismo venezolano inició su transición hacia un régimen más abiertamente autoritario. Evo Morales perdió un referéndum en 2016 en el cual se decidía si podía presentarse otra vez a reelección para un cuarto mandato. En la Argentina, el Frente para la Victoria fue derrotado en 2015 por Cambiemos, con Mauricio Macri como candidato. Rafael Correa logró imponer en las urnas a su delfín, Lenín Moreno, pero este rompió prestamente con su mentor y giró hacia la centroderecha. En un golpe durísimo para las centroizquierdas de la región, en Brasil la presidenta Dilma Rousseff fue depuesta en 2016 mediante un *impeachment* parlamentario, bajo el molde ya probado en Paraguay. Por voto popular se eligieron presidentes de derecha en Perú, en 2016, y en Chile, en 2017. En abril de 2018, el expresidente brasileño Lula da Silva fue encarcelado por acusaciones de corrupción mediante un proceso judicial extraordinariamente prejuicioso y político.

Poco antes del fin de la segunda década del siglo XXI, la región parece virar hacia la derecha.[57] Es tentador decretar el fracaso del populismo de izquierda y presumir su muerte definitiva en Sudamérica. Pero aun cuando retrospectivamente podamos señalar las causas de su agotamiento, su simple resiliencia y capacidad de perdurar una década y media no deja de ser sorprendente. A pesar de que al asumir el poder, muchos de sus críticos auguraban que serían rápidamente depuestos,[58] estos gobiernos, con excepción del de Fernando Lugo, mostraron iniciativa, lograron cumplir sus mandatos y gobernar por períodos prolongados, algo nada fácil en América Latina. Todos los gobiernos populistas enfrentaron amenazas claras a la estabilidad en sus primeros años de función, y las superaron con éxito. Todos pudieron fortalecer sus bases electorales (salvo Fernando Lugo, por supuesto; volveremos sobre esto). Cuando se presentaron a elecciones, fueron reelegidos por márgenes que, en muchos casos, resultaron récords.

Incluso en sus momentos finales, estos gobiernos se mostraron resistentes. Tras encabezar por doce años el ciclo de gobierno más largo de la historia argentina del siglo XX, el kirchnerismo perdió en segunda vuelta solo por dos puntos; el peronismo conservó la mayoría de la Cámara de Senadores y de las gobernaciones provinciales. Evo

Morales anunció que forzaría su candidatura a presidente y Rafael Correa impuso a su vicepresidente en el balotaje de 2017, cuando las encuestas le eran esquivas. La supervivencia del chavismo en Venezuela es sorprendente, dado el derrumbe de los precios del petróleo, la muerte del único líder carismático con el que contaba, la mala performance económica que ya lleva décadas, su adopción de una estrategia cada vez más represiva y el ascenso de la oposición política.

Esta resiliencia del populismo sudamericano, cuyas raíces sus críticos no logran explicar, nos obliga a ser prudentes ante la tentación de decretar su desaparición definitiva. Esta ola puede haber pasado; muy probablemente vendrán otras. De hecho, los gobiernos de derecha que los sucedieron viven una aparente paradoja: llegaron al poder mediante medios legítimos o, al menos, legales, pero sus lazos con las mayorías populares parecen ser menos sólidos que los que lograron los gobiernos populistas de izquierda en su mejor momento. Ni Mauricio Macri, ni Pedro Kuczynski ni Sebastián Piñera ganaron en primera vuelta (Macri y Kuczynski se impusieron en el balotaje luego de perder en primera vuelta). El presidente de Perú tuvo que renunciar antes que ser sometido a *impeachment*, luego de un año de gobierno en que las encuestas le otorgaban menos del 10% de aprobación. El expresidente de Brasil Michel Temer ascendió gracias a la destitución parlamentaria de Dilma Rousseff y mantuvo durante su gobierno niveles muy bajos de apoyo. Horacio Cartes, sucesor de Lugo, tampoco fue un presidente popular. Mauricio Macri parece el más exitoso de todo el bloque, ya que su partido derrotó al peronismo en 2015 y en las elecciones legislativas de 2017. Sin embargo, Cristina Fernández de Kirchner, aún con menos adhesión de la que tenía en 2015, se mantuvo como la opositora con mayor intención de voto; los intentos de las figuras “no populistas” dentro del peronismo de constituirse como alternativas no han despertado mucho entusiasmo.

¿Cuáles son, entonces, las causas de esta particular resiliencia de los liderazgos populistas? Se trata de un fenómeno complejo que no puede explicarse solo con una variable: en ella confluyen, entre otras, cuestiones del contexto internacional (que determina, por ejemplo, el precio de los productos exportables de la región), la elección de políticas públicas (redistributivas o neoliberales) y el sistema de partidos (si el líder populista asume en un contexto de colapso partidario generalizado, por lo que el liderazgo cuenta con mayores grados de libertad, como pasó, por caso, con Hugo Chávez.

Sin negar la importancia de los factores internacionales, de políticas públicas o del sistema de partidos, en las páginas que siguen nos concentraremos en una de esas variables: el mito populista como género discursivo. Dos razones motivan nuestro interés: en primer

lugar, porque sostenemos que lo discursivo no es menos importante que las políticas públicas o el estado de la economía; de hecho, las medidas económicas solo adquieren sentido dentro de un esquema discursivo que las explica, las interpreta y las legitima de cara a sus seguidores.

Segundo, para echar luz sobre un aspecto poco estudiado: la imposibilidad de mantener la dicotomía entre partidos políticos programáticamente ideológicos, por un lado, y populismos sin ideología clara, por el otro.[59] La consistencia en el uso del mito populista por parte de todos los presidentes sudamericanos nos alerta de que *los populismos también tienen su propio discurso ideológico, pero lo expresan utilizando el género mítico, no la proclama programática*. Este hecho es poco comprendido pero resulta central para entender el ascenso del populismo en todo el mundo. Hugo Chávez, Rafael Correa, Néstor y Cristina Kirchner, Evo Morales, todos ellos utilizaron el mito populista para cumplir con tres tareas necesarias para su supervivencia política: explicar a sus audiencias quién "tenía la culpa" de las crisis socioeconómicas que sacudieron a la región latinoamericana en el cambio de siglo; persuadirlas de que, en un contexto de destrucción de lealtades partidarias y crisis de los partidos, ellos resultaban los "redentores" que la hora demandaba, y crear una identidad política compartida que pudiera constituir la base para un movimiento.

Esta elección estratégica resultó exitosa, dadas las circunstancias; en particular, el hecho de que todos llegaron al poder sin un partido sólido preexistente en el que apoyarse. Gran parte del análisis y el comentario político de la época se concentró en pedir "moderación" al discurso de esos líderes. Sin embargo, es dudoso que esa moderación (se defina esta como se defina) hubiese resultado una estrategia igual de exitosa, dado que todos ellos llegaron al poder en el marco de crisis económicas, con altísimos grados de insatisfacción social y sin partidos políticos que los apoyaran de manera orgánica. La hipótesis de este capítulo es que *la radicalización discursiva, no la moderación, fue la estrategia más efectiva para mantenerse en el poder*. De hecho, analizaremos un contracaso, el de Fernando Lugo en Paraguay, que parece probar que la moderación y el énfasis en un discurso más tecnocrático no se correlacionaron con una mayor resiliencia política sino todo lo contrario.

La ola de populismo de izquierda sudamericano de principios de siglo

Los gobiernos de Hugo Chávez, Néstor Kirchner, Evo Morales, Rafael Correa y Fernando Lugo tuvieron varias cosas en común. Todos llegaron al poder en el contexto de las crisis económicas, sociales y políticas asociadas al agotamiento del ciclo neoliberal que se impuso en la región en los años noventa. Los cuatro accedieron a la presidencia por la vía electoral democrática, algo relevante ya que en algunos de estos casos implicó un cambio de estrategia para los movimientos de izquierda que, en décadas anteriores, habían apostado a cambios sistémicos por vía revolucionaria. Una vez en el poder, todos privilegiaron una mayor intervención del Estado en la economía y la sociedad. Políticamente, buscaron limitar el poder de los partidos tradicionales y favorecieron formas más fluidas y directas de movilización de la sociedad civil; sin embargo, con el paso del tiempo todos establecieron o trataron de establecer sus propias formas de institucionalización partidaria.

Asumieron el poder enfrentando a intensísimas oposiciones que, en la mayoría de los casos, les negaban su legitimidad de origen. También, en todos los casos, enfrentaron amenazas a la gobernabilidad: el golpe de Estado contra Hugo Chávez en 2002, el intento de secesión de las provincias del este boliviano en 2006, la huelga de productores agropecuarios con cortes de rutas durante tres meses en 2008 en la Argentina, el secuestro por varias horas de Rafael Correa en 2009. Sin embargo, la mayoría de estos presidentes logró sobrevivir a estos desafíos y consolidar su poder. Un análisis detallado de los discursos presidenciales permite obtener pistas para comprender estos resultados y demostrar que los presidentes que utilizaron un mito populista en su versión más antagonista y dicotomizante fueron, paradójicamente, más efectivos en una tarea crucial: construir "un pueblo", un colectivo leal "en reserva", que sin embargo podía ser movilizado en apoyo al gobierno en caso de amenaza. Todos los populistas de izquierda de Sudamérica enfrentaron adversarios políticos fuertes, debieron gobernar en un clima político polarizado y con una oposición cerrada, que controlaba, en general, los medios de comunicación. En este contexto, los incentivos para moderar la retórica y hacerla más "institucionalista" parecen escasos.

Sin embargo, hay diferencias en los temas que cada mito realza, en la orientación hacia el futuro y el pasado, y en la construcción de la élite como adversario. A continuación, se analizarán los mitos populistas narrados por Hugo Chávez, Evo Morales, Néstor y Cristina Kirchner y Fernando Lugo.[60]

El populismo del siglo XXI de Hugo Chávez

Hugo Chávez fue el mejor exponente del arquetipo del "soldado patriótico" en la más reciente ola de populistas sudamericanos de izquierda. En este aspecto, y en el mito populista del que se valió, Chávez tuvo más puntos de contacto con los populistas clásicos de los años de posguerra (Perón, por ejemplo) que con sus contemporáneos.

El ascenso de Chávez al poder no puede comprenderse sin el derrumbe del sistema de partidos venezolano, que fue el más estable de los bipartidismos sudamericanos luego del Pacto de Puntofijo en 1958. A partir de este acuerdo, los dos principales partidos venezolanos, Acción Democrática (AD) y Comité de Organización Política Electoral Independiente (Copei), se alternaron en el poder. A partir de los años noventa, este virtual cogobierno se vio fuertemente tensionado, ya que la sociedad venezolana comenzó a demostrar su fatiga hacia las políticas de austeridad neoliberal apoyadas por ambos partidos; este descrédito del bipartidismo aumentó luego de la represión gubernamental al llamado "Caracazo"[61] de 1989 (Roberts, 2003). En este marco de pérdida de legitimidad de los partidos tradicionales, y luego de haber intentado dar un golpe de Estado en 1992, Chávez ganó finalmente las elecciones presidenciales en 1998.

En 1999 reformó la Constitución (esta reforma fue la primera de un proceso que luego sería imitado por Bolivia y por Ecuador, pero no por la Argentina ni por Paraguay). La nueva Constitución "bolivariana" implementó una serie de medidas radicales que intentaban acercarse a lo que Chávez denominó el "socialismo del siglo XXI"; entre ellas, la posibilidad de reelección perpetua del presidente, un extenso catálogo de herramientas de democracia directa y referendos revocatorios para la mayoría de los cargos ejecutivos, incluida la presidencia.

La oposición venezolana nunca aceptó la legitimidad del régimen chavista y en 2002 dio su propio golpe de Estado, organizado por políticos opositores, la Cámara de Comercio y un sector de las fuerzas armadas, y contó con el apoyo simbólico de los Estados Unidos y del gobierno español, que se apresuraron a reconocer al gobierno de facto. Sin embargo, luego de cuarenta y ocho horas de incertidumbre, con Chávez en prisión, el golpe fracasó a causa de las fuertes protestas populares de apoyo al chavismo y porque mayoritariamente las fuerzas armadas se mantuvieron leales. Una vez en el poder y bajo la nueva Constitución, Chávez llevó adelante un ambicioso programa de reformas sociales, económicas y políticas. Gracias a los altos precios del petróleo en esta etapa, se expandió de manera significativa el gasto social mediante iniciativas como el Fondo para el Desarrollo Social y Económico del País (Fondespa), solventado con las ganancias

de la compañía estatal Petróleos de Venezuela (PDVSA). La expansión del gasto público tuvo su pico en 2007; desde ese año, a partir del inicio de un ciclo descendente en los precios del petróleo, el Estado venezolano tuvo cada vez más dificultades para financiarse. La inflación comenzó a ser un problema grave, junto con la deficiente provisión de productos de primera necesidad, incluidos los alimentos. Sin embargo, hasta la elección presidencial de 2012, en un contexto inflacionario y con falta de alimentos, como leche o harina de maíz, el régimen pudo confirmar su legitimidad mediante el voto en elecciones limpias y competitivas.

Todo esto cambiaría luego de 2013 con la muerte de Chávez. El presidente nombró a Nicolás Maduro como su sucesor, quien ganó de forma ajustada las elecciones presidenciales, pero la construcción de una hegemonía política no violenta quedó cada vez más lejos del horizonte del chavismo. Sin el carisma ni la capacidad de Chávez para renovar su coalición de apoyo, con Maduro la gestión de la economía empeoró aún más y el discurso pasó del mito populista a ser cada vez más abiertamente autoritario. Sin embargo, como veremos en el siguiente apartado, esta deriva ya estaba presente como posibilidad latente en el discurso de Chávez.

“El diablo presidente” y los adversarios del chavismo

Con referencias directas a la ideología antiimperialista de los años sesenta y setenta, el discurso de Chávez fue sin duda el más antagonista, personalizado y nostálgico de todos los analizados, además del más afecto a utilizar metáforas de tipo militar.

De manera global, su principal adversario discursivo era el imperialismo norteamericano, al cual Chávez solía referirse como el “sistema hegemónico de dominación”. En esto no era tan diferente de Morales o de los Kirchner; la principal diferencia, sin embargo, era la personalización extrema del antagonismo que Chávez prefería. Tanto Evo Morales como los Kirchner denunciaban procesos o sistemas impersonales del sistema internacional. Chávez, en cambio, acusaba directamente al entonces presidente George W. Bush utilizando su nombre y apellido o una variedad de apodos, de “Carlos Danger” a “el diablo”, como hizo en un famoso discurso ante la Asamblea General de la ONU en 2006 que incluyó la imagen de Chávez persignándose y diciendo: “¡Aquí huele a azufre!”.

La visión antiimperialista de Chávez incluía la mención a Israel como uno de los principales cómplices de los Estados Unidos, un tema ausente en los discursos de los demás presidentes sudamericanos.

También era propio su apoyo reiterado y explícito a los entonces líderes del mundo árabe como Muamar el Gadafi de Libia o Mahmoud Ahmadinejad de Irán. Esto tal vez se explique por la centralidad de la actividad petrolera en el país y por la participación venezolana en la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), que seguramente pondría a Chávez en un contacto más permanente y cercano con los presidentes de esas naciones, pero representa un matiz muy notable.

La figura central, el eje al cual Chávez volvía una y otra vez, era el libertador Simón Bolívar. A él se suma el pensamiento de Noam Chomsky, la influencia de la Revolución cubana y en especial de Fidel Castro, el marxismo, los evangelios y el pensamiento anticolonial. De este modo, el discurso de Chávez, aunque relacionado con los de los demás populistas de la "ola rosa" sudamericana, es el más similar al de la "vieja" izquierda de la región, lo que le daba un carácter casi anacrónico. Por momentos el discurso chavista parecía más propio de los círculos antiimperialistas de los sesenta o setenta que de los estados posautoritarios de la tercera ola.

En cuanto al traidor interno, los cómplices venezolanos de "el imperio" se mencionaban de manera menos personalizada que las referencias a Bush; aun así, Chávez hablaba de "la oligarquía venezolana" y se refería a los políticos tradicionales como "los escuálidos".[62] En su programa de televisión solía llamar a dueños de comercios o de bancos, cuyas actividades eran caracterizadas como antipopulares; en ocasiones, los expropiaba ante las cámaras.

Hugo Chávez fue muy ambicioso en su intento de conformar un modelo político y económico original, aunque nunca estuvo explicitado con claridad, característica esencial de los populismos. Como en todos ellos, su discurso era profundamente sincrético e hibridizante, pues mezclaba o sintetizaba una variedad de fuentes de influencia intelectual.

Hugo Chávez también era anacrónico en un sentido más personal. Su trayectoria, autonarrativa y estética personal tienen mucho en común con la larga cadena de "militares patrióticos" que por décadas definieron el modelo del líder populista sudamericano, como Juan Domingo Perón, Omar Torrijos o Juan Velasco Alvarado. En este modelo, el oficial militar se ve obligado a irrumpir en la esfera política para rescatar a la patria amenazada por la "politiquería" y la sumisión a intereses externos. No es casual entonces que la presentación discursiva de Chávez y el movimiento que él encabezó fuera distinta de la de Evo Morales o los Kirchner. Para empezar, Chávez era adepto al uso de metáforas militares, hablaba de "nuestras tropas" o se refería a sus partisanos como "guerreros combatientes". Par expresar su fuerte rechazo, extrapolaba estas metáforas combativas a los partidos

políticos institucionalizados, a los que consideraba entidades artificiales, constructos de la élite que solo podían dividir al pueblo al crear facciones en su interior. Su visión del socialismo del siglo XXI era más monádica, más movimientista y menos pluralista que la de los otros gobiernos, y el rol que él asignaba a las fuerzas armadas en la Revolución Bolivariana, mucho mayor.

Evo Morales: el pueblo en plural

Pocos líderes tienen una biografía tan compatible con la narrativa del *outsider* ajeno a la política, que carece de ambiciones personales pero se ve movilizado por un sentimiento de ultraje moral como Evo Morales: su historia de vida combina hermosamente con la narrativa del *outsider* populista. Morales nació en 1959 en el altiplano boliviano, en el seno de una familia pobre y campesina de origen indígena. De adulto, Evo se transformó en un dirigente sindical cocalero, justo en la época en que los Estados Unidos insistían con las políticas de erradicación por la fuerza de las plantaciones de coca. En 2005 fue elegido presidente de Bolivia con el 54% de los votos. Cuando asumió en enero de 2006, fue la primera vez que una persona de origen indígena ocupaba ese cargo en un país en que más del 60% de los habitantes se reconocen como tales o como mestizos. Es notable, sin embargo, como Morales construyó una narrativa sobre su niñez de pobreza que rescata los aspectos positivos de su infancia (decía que de niño era “un zonzo contento”) y enfatiza los aspectos morales de la experiencia indígena. El discurso es épico más que reivindicativo.

Como en todos los mitos populistas, también en el de Evo Morales se designa el doble adversario: el villano externo y el traidor interno. El villano externo es una combinación de “el imperio” y “el neoliberalismo”, encarnados ambos sobre todo en la figura de los Estados Unidos.[63] Sin embargo, en una cadena connotativa, el imperialismo norteamericano se conecta también con el neoliberalismo, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y las corporaciones financieras e hidrocarburíferas internacionales.

Como es usual en los mitos populistas, el adversario interno está más vagamente definido. En los primeros años del gobierno de Morales, el principal antagonista era “el colonialismo interno” o “los resabios de esa gente que es enemiga de los pueblos indígenas”. La principal formación de esos “resabios” era “el Estado colonial”, es decir, el hecho de que las propias estructuras del Estado boliviano habían sido construidas con el objetivo específico de subyugar a los pueblos indígenas por parte de la minoría blanca. Por eso, el proyecto central

del MAS en el poder (además de la nacionalización de los hidrocarburos) se expresó en la necesidad de cambiar las lógicas de funcionamiento del Estado boliviano para volverlo más accesible a las necesidades y demandas de los pueblos originarios.[64]

Una primera cuestión de interés es la manera en que el discurso de Evo Morales construye el héroe del mito populista: se trata de un héroe plural más que diádico. A diferencia de Hugo Chávez o Cristina Fernández, Evo Morales no habla de "el pueblo" sino de "los pueblos" originarios: ellos son los héroes de su mito, poseedores de una sabiduría moral obtenida durante siglos de resistencia activa a la opresión. Sin embargo, al mismo tiempo este héroe no se presenta como exclusivo en términos étnicos o de clase. La mayoría de sus discursos incluyen llamados a las clases medias, profesionales e incluso a las élites para unirse en el proyecto de liberación nacional ("los hermanos de la ciudad, los profesionales, la clase media, intelectuales, empresarios"). En este sentido, es notable el rol que tiene en la conformación del MAS la figura del vicepresidente Álvaro García Linera. Boliviano blanco, de formación marxista ortodoxa y profesor universitario, cumple de manera simbólica una doble función: poner en evidencia que segmentos de la población blanca de clase media se han integrado de hecho al MAS (que no es así una organización exclusivamente indigenista), y al mismo tiempo, mostrar la imagen inédita en la historia boliviana de que una persona blanca y con mayor capital cultural y simbólico ocupa una posición secundaria ante un dirigente carismático de origen indígena.

El movimiento encabezado por Evo Morales es único en la región: su fusión de la retórica populista clásica con una idea de identidad indígena basada en un acervo moral, como muestra el uso oficial de los principios quechuas "*Ama qhilla, ama llulla, ama suwa*" ("No seas flojo, no seas mentiroso, no seas ladrón"). Mientras que el sincretismo del chavismo se expresaba en la mezcla de elementos del izquierdismo antiimperialista propio de los años sesenta con la figura de Bolívar, el cristianismo y la cercanía con los pueblos árabes, el sincretismo del MAS se manifiesta en la hibridación de elementos propios del socialismo ortodoxo (con frecuentes menciones a "la lucha que dejó el Che" y a la experiencia cubana) con otros de la teoría populista más actual, más una fuerte base en el acervo colectivo de la sabiduría de los pueblos indígenas y los héroes de la lucha contra el colonialismo español, como Tupac Katari y Bartolina Sisa. Se encuentra en el MAS boliviano una recuperación de la historia de sujeción de los pueblos indígenas, pero leída en una clave futurista y moderna, despreocupada por la autenticidad, que no busca recuperar una supuesta edad de oro.

Como Chávez, Morales reformó la Constitución nacional en su primer mandato. La nueva Constitución reconoció el carácter

plurinacional del Estado; Morales nacionalizó la propiedad de todos los yacimientos de hidrocarburos y renegoció el precio de exportación del gas. Con un Estado que pudo entonces aprovechar los ingresos obtenidos durante el "*boom* de las *commodities*", el gobierno expandió el gasto social y reforzó las políticas distributivas, por lo que la pobreza y la desigualdad disminuyeron durante sus administraciones (Cepal, 2016).

Esto no significa, sin embargo, que no haya habido conflictos. Poco tiempo después de su asunción como presidente, las provincias del este boliviano encabezadas por Santa Cruz y Pando (donde residen las élites ligadas a la producción hidrocarburífera y sojera) realizaron un intento secesionista que incluyó enfrentamientos armados y un número no especificado de personas asesinadas. También se dieron tensiones con comunidades indígenas que se sienten amenazadas por el proyecto industrialista y modernizante del MAS. En 2016 el gobierno decidió llamar a un plebiscito para someter al voto popular la posibilidad de que Morales se presentara a un período presidencial más. Los resultados fueron negativos para las aspiraciones de Morales, cuyo partido intentó de todos modos la vía judicial para conseguir la posibilidad de una nueva postulación del presidente A fines de 2018, el Tribunal Constitucional de Bolivia aceptó la legitimidad de su candidatura, y lo habilitó así a competir a pesar del rechazo del plebiscito. Morales, el único presidente populista de la camada original que sigue en el poder en 2019, se enfrentará a una elección con inédita incertidumbre.

El populismo nacional y popular de los Kirchner

En 2001 la Argentina atravesó una profunda crisis social y política que incluyó escándalos por corrupción del gobierno de Fernando de la Rúa, la renuncia del vicepresidente Carlos "Chacho" Álvarez, movilizaciones masivas y saqueos, la declaración del estado de sitio y, finalmente, la renuncia del presidente y una represión en la que al menos treinta y ocho personas fueron asesinadas. El país entró en *default*,[65] estaba excluido de los mercados internacionales de crédito, y los movimientos de desocupados organizaban continuamente protestas y cortes de rutas. Este fue el contexto en el que Néstor Kirchner, gobernador de la provincia sureña de Santa Cruz, llegó al poder en una elección en la que el voto del peronismo se dividió entre tres candidatos: Carlos Menem, Adolfo Rodríguez Saá y el propio Néstor Kirchner. El patagónico quedó en realidad segundo; Menem, sin embargo, renunció a participar en la segunda ronda.

Kirchner asumió así con una precaria legitimidad y un 22% de los votos.

Ya en la presidencia, Néstor Kirchner tomó una serie de medidas ambiciosas y desafiantes. Denunció públicamente a la Corte Suprema de Justicia de la Nación por colusión con el gobierno de Carlos Menem, pidió el juicio político contra varios de sus jueces y renovó su composición con nuevos miembros; pagó la totalidad de la deuda con el FMI a fin de quedar libre de las recomendaciones y condicionalidades de ese organismo; anunció que avanzaría de manera más decidida en los juicios contra los responsables de las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la última dictadura; renegoció la deuda externa en default con los acreedores internacionales e incrementó la intervención estatal en la mayoría de los ámbitos económicos y sociales. A fines de su mandato, Kirchner sorprendió al anunciar que, pese a su alta popularidad no competiría en las elecciones sino que lo haría su esposa, Cristina Fernández, quien resultó elegida en 2007 con el 45% de los votos. Sin embargo, en 2008 el triunfante kirchnerismo detonó un conflicto político con los sectores agroganaderos que dividiría su período de gobierno en dos momentos bien diferenciados. Claramente pueden distinguirse dos etapas en la construcción de los adversarios discursivos del kirchnerismo: antes y después de la crisis del campo.

Desde 2003 hasta 2008 los Kirchner reservaron el antagonismo discursivo para adversarios impersonales y globales: el FMI, las organizaciones financieras multilaterales, los fondos de inversión llamados “fondos buitre”, los economistas ortodoxos, los colocadores y tomadores de deuda externa del país. Durante este período los Kirchner se concentraron en denunciar entidades abstractas, vinculadas con el mundo de la economía más que con el de la política, y sobre todo extranjeras. El “villano interno” era descripto como el conjunto de aquellos relacionados con la tecnocracia y las finanzas: sobre todo los tecnócratas “nostálgicos de los noventa”. En este primer período, y en la salida de la crisis de 2001 el “pegar hacia arriba y hacia afuera” fue una estrategia muy efectiva para solidificar apoyos transversales.

Sin embargo, esta estrategia del discurso fue cada vez más difícil de sostener una vez que la situación económica y social comenzó a estabilizarse. Además, y paradójicamente, la propia estrategia de “desconexión” de la Argentina de los organismos multilaterales de crédito (pago de deudas al FMI, rechazo al proyecto Área de Libre Comercio de las Américas [ALCA]) hizo que esos adversarios externos pasaran a verse cada vez más lejanos y con menos injerencia en la realidad interna del país. La normalización de la economía y de la política motivó que actores sociales que estaban dispuestos a

suspender sus demandas mientras la crisis fuera evidente enarbolaron sus reclamos sectoriales cuando las turbulencias quedaron atrás.

El quiebre en esta dinámica se dio con la llamada “crisis del campo” de 2008. A diferencia de los años anteriores, en su conflicto con los productores agrícola-ganaderos y las empresas exportadoras de soja el kirchnerismo se vio compelido a pegar “hacia arriba y hacia adentro”, es decir, hacia un sector de la sociedad que contaba con legitimidad social propia. El kirchnerismo perdió ese conflicto y nunca pudo recuperarse del todo, ni siquiera con su victoria presidencial en 2011.

El año 2008 marcó el inicio de un escenario político signado por un antagonismo mucho más fuerte, que se mantendría durante todo el ciclo político hasta 2015. El discurso de Cristina Fernández (que, como el de Néstor Kirchner, era solo moderadamente populista antes de 2008 y enfatizaba la idea de “volver a un país normal” y la “sintonía fina”) fue asumiendo características más antagonistas y adversativas. En 2008 la frontera antagonista dejó de separar a “los argentinos” de “el neoliberalismo” y se reubicó entre un nosotros –que pasó de denotar una supuesta unidad nacional a ser “los kirchneristas” o “el campo nacional y popular”– y otro sector de la sociedad argentina, “el campo”. Esta frontera permanecería allí, con algunos movimientos pero inmutable en su estructura, hasta 2015.

El 27 de octubre de 2010 Néstor Kirchner murió repentinamente, a causa de un ataque cardíaco. Su muerte generó masivas manifestaciones populares de pesar. Con el empujón de apoyo que significó esa movilización y una economía que había retomado el crecimiento luego de la crisis de 2009, Cristina Fernández ganó en 2011 con el 54% de los votos. En su segundo período en el gobierno, pudo realizar varias reformas de peso, como nacionalizar YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales), la principal compañía del país. Sin embargo, la popularidad de la presidenta se erosionó de manera progresiva; los principales medios del país eran opositores, se enemistó con varios de los sindicalistas más poderosos, en 2012 se dieron masivos cacerolazos en contra del gobierno, la inflación nunca llegó a controlarse y el gobierno implementó controles y restricciones a la compra de dólares. Electoralmente, fue perdiendo caudal desde 2013 en adelante, hasta culminar en la derrota de 2015.

Retrospectivamente puede decirse que el matrimonio Kirchner tuvo un posicionamiento más bien moderado dentro del mapa del populismo sudamericano de principios de siglo. A diferencia de Chávez, Morales y Correa, no reformaron la Constitución y ni siquiera presentaron un proyecto de ley o llamaron a un plebiscito a tal fin; tampoco pudieron (o quisieron) realizar reformas extensas en el sistema de partidos ni rompieron con el peronismo, aunque siempre lo tensionaron desde adentro. Las reformas de políticas públicas y las

(relativamente escasas) nacionalizaciones de empresas se canalizaron en el Congreso antes que ejecutarse vía decreto. Su autonomía era menor. A diferencia de Venezuela, Bolivia o Ecuador, los Kirchner asumieron con el apoyo de un partido preexistente fuerte y en un país con sindicatos y grupos de presión poderosos, que funcionaron a veces como apoyo y en otros momentos como condicionantes.

El “nosotros” kirchnerista

Aunque los Kirchner siempre mostraron cierta incomodidad con la identidad peronista, su liderazgo político solo puede ser comprendido dentro de esa matriz partidaria. La ambivalencia de los Kirchner hacia el peronismo “pejotista” evoca una marca de su inicio en la política: la militancia juvenil en el peronismo de izquierda. Los militantes que ingresaron de forma masiva en las organizaciones juveniles peronistas vivieron dos momentos de gran desencanto: en los años setenta, cuando fueron rechazados por los sindicatos y al final por el propio Perón; y en los años noventa, cuando Carlos Menem puso el peronismo al servicio de un programa de gobierno favorecido por los sectores históricamente más antiperonistas. En 1990, un grupo notable de peronistas coetáneos de los Kirchner renunció al partido en protesta por los indultos otorgados por Carlos Menem en 1989 a represores –uno de los que se fueron, Carlos “Chacho” Álvarez, fundó el Frente País Solidario (Frepaso) y llegó a la vicepresidencia de la nación–. Néstor y Cristina Kirchner eligieron permanecer dentro de la estructura del Partido Justicialista (PJ), parapetados en la lejana provincia de Santa Cruz, pero su malestar con el “pejotismo” venía de larga data. Una vez en el poder, los Kirchner eligieron constituirse en líderes de un “movimiento nacional y popular” que tuviera su “columna vertebral” en el PJ, pero que también incluyó a otros partidos progresistas, movimientos sociales, organizaciones juveniles y trabajadores de la cultura. Esta convivencia no siempre fue fácil.

El programa de gobierno kirchnerista nunca estuvo taxativamente explicitado (como nunca lo están los programas de los populismos), pero pueden señalarse dos principios: la idea del “modelo de crecimiento económico con inclusión social” como eje orientativo de las políticas de gobierno y la reasunción de la tradición de la lucha antiautoritaria de los organismos de derechos humanos, sobre todo de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Néstor Kirchner dijo en 2003: “Somos los hijos de las Madres de Plaza de Mayo”, y Cristina Fernández hizo de su relación privilegiada con las Abuelas y Madres de Plaza de Mayo un puntal de su imagen de gobierno.

Como en todo populismo, este enraizamiento en una tradición es performativo y retrospectivo: poco importa discutir si los Kirchner "sentían" o no este compromiso con la historia de los derechos humanos antes de llegar al gobierno; lo importante para nuestros fines es que estos temas tuvieron una presencia consistente en su discurso durante sus mandatos.

La reivindicación del carácter central y hasta épico del Estado en el cambio social es otro elemento que diferenció al kirchnerismo del chavismo y del MAS. Tan central era este concepto que podría decirse que, en el caso de la Argentina, el héroe del mito populista era sin duda un héroe *estatal*. Esto no es una novedad tratándose del peronismo, un movimiento creado desde el Estado y que siempre reivindicó la posibilidad del carácter transformador de lo estatal. A diferencia del MAS boliviano, que por bastante tiempo miró al Estado históricamente colonial de Bolivia con ambivalencia, los Kirchner presentaban una visión heroica en la cual el Estado era la única institución que podía, a la vez, luchar contra las corporaciones económicas y ubicarse por encima del faccionalismo, representando a la sociedad entera. El esfuerzo épico que no se encarnaba en la sociedad autónoma o en los movimientos sociales, sino en las reparadas y fortalecidas burocracias estatales. Así, tanto los discursos de Cristina Fernández como los de Néstor Kirchner fueron más particularizantes y más institucionalistas que los de Evo Morales o Hugo Chávez. Ambos gustaban de citar de manera constante números y estadísticas: kilómetros de asfalto, cantidad de científicos repatriados, de casas y escuelas construidas, de equipos de aire acondicionado vendidos o de personas que accedían a la jubilación.

El discurso de los Kirchner fue más estatalista y burocratizante casi el final de su gobierno (de hecho, algunos analistas no los consideran populistas) (Dagatti, 2012: 56). En síntesis: los Kirchner construyeron en su discurso un populismo en que el antagonismo estaba moderado por una visión procedimentalista y hasta reformista de la acción estatal.[66] La idea central del kirchnerismo fue exhibir un progreso demostrado en el listado minucioso de cifras más que en grandes transformaciones sistémicas. Los Kirchner tenían, por cierto, un discurso adversativo, pero las *soluciones* que proponían a los problemas tenían una fuerte dimensión institucionalista, parlamentaria y hasta tecnocrática.[67] Sin embargo, el equilibrio entre la dimensión *populista* y la dimensión *gubernamental* del discurso kirchnerista fue cada vez más difícil de mantener con el transcurso de los años, el desgaste del gobierno y la multiplicación de conflictos con actores que ya no estaban afuera sino adentro de la comunidad política.

Fernando Lugo: el populismo que no fue

La elección de Fernando Lugo como presidente de Paraguay en 2008 representó el punto más alto de la "ola populista" de la región y, al mismo tiempo, el inicio de su fin. Este comenzó con su destitución en 2012 mediante un juicio político de dudosa legalidad. La presidencia de Fernando Lugo se incluyó en la mayoría de los análisis de la ola de los "populismos democráticos de izquierda" sudamericanos. Sin embargo, su discurso tenía poco de populista.

El trabajo sacerdotal de Lugo con las comunidades campesinas lo transformó en una figura popular entre los más pobres. Decidió competir por la presidencia en una alianza con el Partido Liberal Radical Auténtico, el segundo más importante del país y el histórico contrincante del Partido Colorado. Lugo fue elegido con una plataforma que prometía promover la reforma agraria, distribuir una parte de la riqueza generada por la exportación de soja y negociar mejores precios con Brasil por la electricidad producida en la represa binacional de Itaipú; sin embargo, no logró casi ninguno de estos objetivos. Su coalición con el Partido Liberal se agrietó progresivamente, hasta que en 2012 fue destituido por el Congreso paraguayo acusado de haber sido incapaz (o tal vez cómplice) de prevenir el asesinato de varios campesinos sin tierra a manos de la policía en una protesta.[68]

Es cierto que Fernando Lugo llegó al poder como un popular *outsider* carismático a la cabeza de un movimiento integrado por algunos de los sectores más pobres y excluidos de la población, movilizados detrás de una promesa de reconocimiento, redención y redistribución. Sin embargo, su discurso y su práctica política tuvieron diferencias claves con los de los demás presidentes populistas sudamericanos. Estas diferencias pueden explicar, al menos de manera parcial, el diferente destino de sus gobiernos. Nos interesa presentar este caso como un ejemplo por la negativa, para demostrar que la radicalidad en el discurso populista *no fue un impedimento para la resiliencia del gobierno; más bien, a juzgar por el caso de Lugo, la moderación parece haber sido la estrategia fallida*.

Para decirlo de forma sintética, el discurso de Fernando Lugo fue el más moderado e institucionalista de los aquí relevados, a tal punto que resulta aventurado llamarlo "populista". Lugo no individualizaba al adversario de manera personalizada, no definía un "nosotros" con un lenguaje moralista y, lo más importante, no caracterizaba su proyecto en términos épicos y colectivos de reparación y redención histórica, sino que utilizaba marcos mucho más similares a los del liberalismo de centroizquierda moderado. En su discurso inaugural, el 14 de agosto de 2008, Lugo utilizó la palabra "pueblo" una sola vez

para hablar de Paraguay. Mencionó a los "señores feudales" como los culpables de los problemas del país, pero aclaró:

> Por lo tanto no se trata de un proceso que tiene vencedores ni vencidos ni propietarios exclusivos. Este cambio es la oportunidad que tenemos unos y otros en nuestra querida nación para asumir la copropiedad del proceso que no requiere otra cosa que intención de producir aportes desde la gestión que ejerciéramos para sostenerlo, lo cual es la propia cancelación de la interminable transición y nuestra incorporación plena al universo de democracias consolidadas del mundo.

Se puede argumentar que mostrarse moderado e inclusivo con el adversario derrotado es una característica de todos los discursos inaugurales. Pero tanto Morales como los Kirchner utilizaron esas alocuciones para delimitar el "nosotros" y el "ellos" con cierto detalle y fuego épico. Evo Morales explicó minuciosamente la historia de los pueblos indígenas de Bolivia y la manera en que su redención histórica traería un cambio en el capitalismo global. Néstor Kirchner, si bien anunció su proyecto de conseguir "un país normal", también advirtió que no dejaría "sus convicciones en la puerta de la Casa Rosada". Las metas de Lugo fueron mucho más modestas. Habló de "progreso", de buena administración pública y "gestión" y de sus intenciones de "producir aportes". Casi no utilizó la retórica antagonista, sino que, en una frase muy reveladora, recalcó la necesidad de hacer "ingeniería colectiva" para asegurar el futuro de Paraguay.

Aunque Lugo mencionaba a "los señores feudales" que oprimían a los pobres de su país, en la mayoría de sus discursos enfatizaba tres temas no relacionados con una mayor distribución económica: la lucha anticorrupción, la transparencia gubernamental y la austeridad del gobierno. Si bien es cierto que denunciar la corrupción es tema habitual de los populismos, también lo es que, en ausencia de una fuerte retórica antiélite, estos conceptos están más cercanos al lenguaje de la tercera vía o la centroizquierda moderada de los años noventa. Lugo presentaba al presidente como un reformador del Estado alrededor de temas de "buena gobernanza" más que como un luchador incesante contra adversarios externos e internos.

Antes que presentarse como una figura con ribetes épicos, Fernando Lugo aparecía como un líder que intentaba borrarse a sí mismo, con frecuentes menciones a los valores eclesiásticos de la humildad y la caridad. En uno de sus discursos ante la ONU, Lugo construyó su propia genealogía intelectual y política, algo que, como se vio antes,

hizo cada uno de los líderes sudamericanos. Así, mencionó tres personas que cambiaron al mundo: Gandhi, Martin Luther King y Jesucristo. Ninguno de esos líderes era sudamericano, ninguno de ellos fue cabeza de un Estado, los tres presentaron una figura de gran autolimitación en su relación con el poder y los tres fueron, en sentido último, asesinados por adversarios más poderosos.

Tal vez la diferencia más clara sea la ausencia en el discurso de Lugo de llamados a la movilización social de las bases de su movimiento. Como vimos en los apartados anteriores, la idea de que el líder es una figura siempre amenazada por poderosos y malvados adversarios es una construcción central y una referencia constante para todos los demás presidentes populistas sudamericanos, así como los llamados al pueblo para movilizarse en su apoyo, de ser necesario. Esta construcción retórica no solo es un elemento discursivo central, sino que la movilización popular fue efectivamente utilizada y resultó central para atravesar crisis de gobierno. En Venezuela, Bolivia y la Argentina hubo amenazas serias y concretas a la estabilidad de los gobiernos populistas y en todos los casos la movilización popular física, en las calles, de manera inmediata fue la clave para mantenerse en el poder. Pero esto no sucedió en Paraguay.

De hecho, el juicio político fue la instancia en que la diferencia entre Lugo y el resto de los presidentes populistas sudamericanos resultó más clara. El discurso de Lugo contrasta con las respuestas del chavismo, de Morales, de los Kirchner y de Correa ante sus crisis hasta en los criterios escenográficos. En todos los otros casos, los presidentes sudamericanos eligieron puestas en escena que enfatizaban dos elementos centrales: la unidad del líder y del pueblo, y la urgencia de la amenaza personal contra el propio cuerpo del líder. El chavismo llamó a sus seguidores a no retirarse de las plazas públicas en el momento del golpe de Estado de 2002; la respuesta de Cristina Fernández a los cacerolazos y los cortes de ruta del campo en el 2008 fue organizar masivas movilizaciones y decir: “Respeten al pueblo argentino”.[69] Sin embargo, Lugo leyó su discurso televisado, rodeado por los edecanes de las Fuerzas Armadas, con aire institucional y sin llamar en ningún momento a la movilización. Aceptó la legalidad (si no la legitimidad) de los procedimientos, prometió acatar el resultado del juicio político y anunció que, de tener que irse, lo haría “por la puerta grande”.

En síntesis, la moderación discursiva y el énfasis tecnocrático de Lugo lo definen como el menos populista de los populistas sudamericanos; sin embargo, esta moderación no dio por resultado un gobierno con capacidad para sobrevivir a las amenazas políticas, sino uno que nunca pudo movilizar a sus seguidores. Por el contrario, la mayor radicalidad discursiva de los demás presidentes logró mantener

a sus bases movilizadas y atentas frente a los adversarios designados. Es usual recomendar moderación a los populistas; el problema es por qué ellos la adoptarían toda vez que la radicalización funciona. El antagonismo político, encarnado en un discurso mítico, narrativo y emocional, resultó clave como estrategia política de supervivencia.

Los presidentes sudamericanos: ¿radicales o racionales?

La razón del uso del mito populista puede encontrarse en dos aspectos: identidad y movilización. Al llegar al poder sin partidos organizados que los apoyaran y en contextos de fuertes crisis, la mayoría de estos líderes no tenía a su disposición identidades programáticas de largo cuño en las cuales apoyarse para generar solidaridades colectivas. El mito populista fue una manera efectiva de construir una identidad a partir de la indignación común frente a un daño.

Por otra parte, este tipo de discurso resulta clave para que quienes se sienten interpelados por él comprendan la necesidad de estar disponibles para movilizarse de inmediato, un capital fundamental para la supervivencia de estos presidentes. En los casos exitosos, el mito populista describe las amenazas como peligros que acechan a la persona *física* del líder. En esta historia, el líder político se considera un redentor que debe acompañar al pueblo en una lucha con características épicas contra un villano externo que da las órdenes a un traidor interno. El líder se presenta así como la única voz que cuenta con la suficiente autoridad performativa para designar a cada momento quién está de un lado o del otro de la frontera móvil que divide al pueblo del antipueblo.

Esto no significa, sin embargo, que estas narrativas sean pura ficción o una fantasía destinada a engañar a un populacho crédulo. Estos relatos ganan adeptos porque explican y le dan significado a situaciones de injusticia y opresión que son sentidas: designan con claridad a grupos sociales concretos como responsables de esa opresión y generan horizontes igualmente concretos de conductas políticas que repararán (en teoría) el daño. Dirigida de manera directa hacia el líder y el movimiento, la lealtad no es abstracta sino personal, y puede movilizarse en la esfera pública.

No es casual que estos liderazgos populistas hayan llegado al poder en contextos de crisis sociales y económicas, y cuando los partidos establecidos estaban en crisis o parecían exhaustos en su capacidad de resolver problemas. Los mitos populistas se vuelven más atractivos en situaciones en que las personas sienten frustración y enojo ante el cambio y el deterioro de las condiciones sociales causado por factores

que muchas veces no alcanzan a comprender. El mito populista canaliza ese enojo en una narración que explica quién es el culpable en términos concretos y personales, sin dar cuenta de los procesos abstractos e impersonales que definen la política tecnocrática. Esta narrativa es simple y personalizada: cuenta las tribulaciones de un héroe y mapea el derrotero que lo llevará a una segura victoria frente a un villano malvado. Así, el mito populista destila procesos sociales complejos en un relato que pone un nombre propio a los responsables del dolor que sienten grupos concretos. El proceso de nombrar a los responsables genera una tremenda lealtad y energía.

Cuadro 3.1.

[illegible] / Cristina Fernández				
[illegible] neoliberalismo + Israel				
[illegible] medios de comunicación / fondos buitres y sus aliados	[illegible]	[illegible] medios de		
[illegible]	[illegible] popular" / los jóvene[illegible]			
[illegible]	[illegible] generación del se[illegible]			

Podría graficarse el grado de radicalismo de cada uno de estos discursos mediante dos variables: la primera, si la culpa del "daño" infligido al pueblo recae sobre personas con nombre y apellido o sobre factores impersonales y procesos históricos ("Carlos Danger" versus "el FMI y los fondos buitre", por ejemplo), mientras que la segunda tiene que ver con el carácter menos o más tecnocrático e institucionalista de las soluciones propuestas (por ejemplo, postular la necesidad de nacionalizar empresas sería más populista que crear un programa estatal *ad hoc* para resolver un problema sin alterar el marco legal vigente). Sería posible establecer una especie de contínuum de "grados de populismo" o de radicalización en el discurso de estos presidentes.

Hugo Chávez personalizaba fuertemente el antagonismo; al mismo tiempo, escribió una nueva Constitución que intentaba preservar una especie de "reformismo permanente", legisló mecanismos de democracia directa e incurrió en abundantes nacionalizaciones empresarias.

Evo Morales también reformó la Constitución y nacionalizó la propiedad de los hidrocarburos; asimismo, intentó forzar su permanencia en el poder mediante un plebiscito, primero, y una interpretación judicial, luego; sin embargo, a diferencia de Chávez, no implementó una agenda de nacionalización más extendida y su discurso varió con el tiempo a un mayor estatalismo.

Ni Néstor Kirchner ni Cristina Fernández intentaron reformar la

Constitución, tampoco modificaron de manera profunda el marco legal o de propiedad vigente, y si bien el discurso mutó hacia un enfrentamiento con los empresarios y se nacionalizaron varias empresas importantes, en otras áreas (por ejemplo, los medios de comunicación) las reformas fueron muy modestas y fácilmente reversibles. Una diferencia clave fue que, frente al fin del período constitucional, el kirchnerismo no trató de forzar una interpretación para mantenerse en el poder, a diferencia de Hugo Chávez y Evo Morales.

Como dijimos, el gobierno de Fernando Lugo constituyó un caso tan extremo que bien podría caracterizarse como no populista.

Cuadro 3.2.

← Más populista		**Más tecnocrático →**
Hugo Chávez	Néstor Kirchner / Evo	Fernando Lugo

Gran parte del periodismo y los analistas políticos cuestionaron en términos muy duros los populismos sudamericanos por no ser parte de una centroizquierda moderada y tecnocrática; sin embargo, la estrategia de radicalizar el discurso a fin de tener un público leal y siempre movilizado no era simplemente un capricho ni la consecuencia de factores psicológicos o patologías de la personalidad de estos presidentes, sino una estrategia racional. No queda claro que este camino hubiera sido más efectivo para asegurar la viabilidad política de un gobierno. Antes bien, Hugo Chávez, el más radicalizado de todos los presidentes sudamericanos, logró sostenerse en el poder y asegurar su sucesión, mientras que Fernando Lugo, el más moderado, no pudo superar una amenaza real a su supervivencia política.[70]

Sin embargo, es importante señalar que todos estos gobiernos tenían una orientación común: el "pegar hacia arriba" que ya se ha señalado como una característica de los populismos de izquierda. Sus adversarios eran parte de la élite económica, financiera, terrateniente, propietaria de los medios de comunicación. Esto les permitió construir apoyo popular para las medidas que impusieron mayores impuestos a esas clases para redistribuir entre grupos desfavorecidos. Por el contrario, y a diferencia de los populismos europeos y estadounidense, no se designaron adversarios "hacia abajo": no se construyó un otro centrado en los inmigrantes, o los extranjeros, o las minorías de identidad sexual.

Es común señalar que los populismos y su impulso democrático de representar al pueblo, es decir, a la parte que se reivindica como totalidad, entran muy a menudo en conflicto con las dimensiones

liberales del régimen político, que tienen que ver con la protección de las minorías y de las reglas procedimentales (Casullo, 2014). Aunque cierta, esta descripción puede ser simplista. Estos populismos sudamericanos eligieron tensionar ciertos aspectos clásicos de la teoría liberal (por ejemplo, la libertad de los dueños de los grandes grupos de medios, o el derecho a la propiedad privada sin más) bajo la justificación discursiva de la necesidad de ampliar o fortalecer los derechos de otras minorías, como los de los grupos LGTBI (en el caso argentino, por ejemplo, el kirchnerismo sancionó las leyes de matrimonio igualitario e identidad de género para personas trans) o la inclusión de los pueblos indígenas (en el caso boliviano, se dio estatus constitucional a ciertos principios jurídicos y organizativos consuetudinarios de las comunidades originarias).

De manera más llamativa aún, ninguno de estos gobiernos eligió construir un clivaje antagonista basado en el rechazo a los inmigrantes; por el contrario, durante estos años la región avanzó en varios programas para facilitar el reconocimiento recíproco de los derechos de ciudadanos de otros países latinoamericanos.[71] En la mayoría de los casos, se privilegió tensionar los antagonismos con las élites financieras, propietarias y culturales nacionales. La historia dirá cuál es el impacto final de estos gobiernos populistas de izquierda, y con certeza será más amable con algunos que con otros. Quedan pocas dudas, por ejemplo, de que las promesas democratizadoras de los primeros años del chavismo fueron efectivamente canceladas con su franca deriva autoritaria desde 2013.

Que el mito populista y la apuesta por su radicalización discursiva hayan sido efectivos se debe a tres razones. Primero, la alta heterogeneidad de las sociedades latinoamericanas, en que la multiplicidad de las identidades étnicas, regionales, de clase, de género, de preferencias sexuales vuelve casi imposible la conformación de partidos basados en un único principio identitario como la clase o la etnia.[72] La segunda razón tiene que ver con el hecho de que la mayoría de estos gobiernos llegaron al poder en momentos de crisis y en el contexto de la virtual implosión de los sistemas de partidos. A esto debe sumarse el tercer factor, que fue la existencia de crisis que amenazaron la gobernabilidad en los primeros años o incluso meses de cada uno de estos gobiernos. Bajo este contexto, la mejor apuesta de gobernabilidad era quizás apelar directamente a la sociedad para generar un sentido de lealtad hacia ellos por fuera de los canales partidarios institucionalizados.

Por supuesto, el rendimiento de esta estrategia decayó con el paso del tiempo y con el desgaste de la gestión de gobierno. La administración del día a día, la rutina burocrática y particularizante de las demandas[73] que conlleva la gestión estatal cotidiana entran

en contradicción con el espíritu épico encarnado en el mito. Sobre todo, esta estrategia tuvo un talón de Aquiles que resultó la mayor debilidad de este modelo de construcción política: la imposibilidad de resolver la sucesión presidencial de una manera satisfactoria. Como ya se dijo, el líder es la única figura con la autoridad performativa suficiente para ser fuente autorizada del mito populista, y al mismo tiempo es el protagonista del relato y el redentor del pueblo. Estos roles resultan intransferibles.

Chávez pudo imponer a Maduro como sucesor, pero Maduro no logró recomponer la autoridad carismática del líder fallecido y optó por un modo de dominación abiertamente autoritario; el peronismo perdió la elección de 2015 con un candidato que no era del riñón del kirchnerismo (aunque tampoco había ninguna garantía de que un candidato kirchnerista hubiera ganado); Evo Morales decidió forzar su propia permanencia. Si la trayectoria de los gobiernos populistas es una indicación, la fusión entre el hablante y lo relatado es simplemente demasiado fuerte para ser transferida hacia otra persona o hacia un partido u organización.

La fuerza política del mito populista nace de la verosimilitud de la narración del daño que el villano elegido (supuestamente) ha infligido al pueblo. Pero cuanto más se prolongue el gobierno, más lejano queda ese daño, y más inverosímil resulta presentar a un villano todopoderoso, inalcanzable por la acción gubernamental. Paradójicamente, cuanto más se fortalezca el gobierno, menos creíble resulta la idea de que existe un "otro" poderoso, con capacidad para obstaculizar la acción de quien ocupa el Estado, y más sencillo plantear que el villano es el propio gobierno.

---

[56] El giro a la izquierda de América Latina estuvo liderado en los distintos países por dos tipos de organizaciones políticas: movimientos populistas y partidos de izquierda. Mientras que los primeros fueron dependientes de un liderazgo personalista y carismático y actuaron con pocas mediaciones partidarias institucionalizadas, los segundos tuvieron como agentes a partidos institucionalizados, no personalistas, programáticos y alternaron líderes distintos en la presidencia. Mientras que Chávez, ambos Kirchner, Morales y Correa pertenecerían a la primera categoría, el Partido Socialista chileno, el PT brasileño y el Frente Amplio uruguayo se ubicarían en la segunda (Levitsky y Roberts, 2011: 13). Siguiendo esta distinción, este libro excluye del análisis los liderazgos de Lula da Silva, Ricardo Lagos o Michelle Bachelet, José Mujica o Tabaré Vázquez. Sin duda, la distinción entre movimientos populistas e izquierdas centradas en partidos es importante. Sin embargo, hay que dejar en claro que, retrospectivamente, la diferenciación entre "populistas" y "partidarios" tiene casi más excepciones que casos que confirman la regla. El PT brasileño se mostró más dependiente del liderazgo de Lula de lo que muchos pensaban y el socialismo chileno no pudo construir ninguna alternativa presidencial atractiva por fuera de la dupla Lagos-Bachelet (eso sin mencionar

que los Kirchner en la Argentina nunca rompieron con el Partido Justicialista). Más central aún: los sectores de la derecha no consideraron "más aceptable" el liderazgo de Lula da Silva que el de Fernando Lugo por ser partidario, como queda demostrado con el juicio político a Dilma Rousseff, la prisión arbitraria al expresidente Lula y el ascenso de Jair Bolsonaro.

[57] El triunfo de Andrés Manuel López Obrador en México en 2018, quien ganó con una ambiciosa agenda de reformas y promesas de lucha anticorrupción, podría señalar una nueva oscilación del péndulo en la región hacia la izquierda. Es demasiado temprano para saberlo, sin embargo, por dos razones. Primero, la coalición de AMLO y su programa de campaña son muy amplios e inespecíficos, lo que hace difícil anticipar cómo gobernará; segundo, el liderazgo de su gobierno en la región bien podría balancearse con el del ultraderechista Bolsonaro en Brasil, también electo en 2018.

[58] Al conocerse que el próximo presidente de la Argentina sería Néstor Kirchner, José Claudio Escribano, reconocido analista político del diario *La Nación*, escribió en una recordada nota de opinión: "La Argentina ha elegido darse gobierno por un año". El kirchnerismo gobernó doce años.

[59] Es usual contraponer el carácter ideológico y universalista de los partidos programáticos al carácter ideológicamente amorfo y exclusivamente personalista o clientelar de los populismos. Por ejemplo, Kitschelt, Hawkins y otros contraponen los partidos programáticos latinoamericanos a los populistas, que dependen de "apelaciones puramente emocionales a símbolos, de identificaciones grupales o del carisma de su candidato/a" para ganar (Kitschelt y otros, 2010: 3; traducción propia).

[60] Puede notarse que está ausente en este capítulo el gobierno de Rafael Correa. Por una cuestión de simetría en la extensión de los capítulos, decidí concentrarme en los casos de Chávez, Morales y los Kirchner, los cuales ofrecían algunos matices bien diferenciados (militarismo y "socialismo del siglo XXI", articulación con movimientos sociales, relación con el peronismo), más el de Fernando Lugo como contraejemplo. Esto no significa que el mito populista de Alianza PAIS no sea interesante, por caso, por el decidido antagonismo contra la banca o la mezcla de populismo y lenguaje tecnocrático de Correa.

[61] El Caracazo consistió en una serie de protestas populares contra el paquete de medidas de austeridad decretado por el presidente de AD Carlos Andrés Pérez a inicios de 1989. Este paquete de *shock* contenía liberalizaciones, anuncios de aumentos de tarifas y congelamiento del empleo público, entre otras. Las protestas fueron reprimidas dejando un saldo oficial de 276 muertos, mientras fuentes de la sociedad civil sostienen que fueron muchas más las personas desaparecidas.

[62] En 2001 Chávez utilizó por primera vez esta palabra para referirse a los líderes políticos opositores en su programa de TV. Más tarde, diría que "el escualidismo es la continuación del puntofijismo". Aquí puede verse un aspecto común al discurso de todos estos presidentes: la denuncia a la política tradicional con distintos rótulos.

[63] En el discurso que pronunció en la ceremonia previa a su asunción de gobierno realizada en Tiwanaku, en 2006, Morales expresó: "Necesitamos la fuerza del pueblo para doblar la mano del imperio".

[64] La transformación del Estado boliviano lograda por el gobierno del MAS es notable. La incorporación a las estructuras estatales de jóvenes, mujeres y personas pertenecientes a las naciones indígenas será tal vez el legado más durable de este proceso. Como sostiene Soruco Sologuren (2015: 134), el MAS generó "una democratización en el acceso a la función pública materializada en una mayor presencia de mujeres, jóvenes e indígenas en 2013 respecto a 2001

en las instituciones estudiadas, y una significativa presencia de servidores públicos (nueve de cada diez) cuyos padres no fueron burócratas y tuvieron un rendimiento educativo muy inferior al de sus hijos”.

[65] La cesación de pagos fue sancionada durante el breve gobierno de Adolfo Rodríguez Saá.

[66] Por ejemplo, si bien el adversario privilegiado de los últimos años de gobierno fueron los medios de comunicación, la solución para este antagonismo fue la sanción institucional en 2009 de una ley de medios audiovisuales que, finalmente, no tuvo casi impacto en la conformación mediática nacional.

[67] El kirchnerismo favoreció dos tipos de respuestas a los conflictos sociales y políticos: primero, enviar proyectos legislativos al Congreso; el hecho de que durante buena parte de su gobierno contara con mayorías legislativas volvía racional esta estrategia. Sin embargo, siempre aceptó la dinámica legislativa, aun con derrotas, como sucedió con el conflicto de la Resolución 125 o cuando el Congreso no votó una ley de presupuesto en 2010. El segundo tipo de respuesta fue crear programas estatales *ad hoc*, como la Asignación Universal por Hijo, o el Fondo de Incentivo Docente para destrabar las paritarias nacionales de la profesión docente.

[68] Si bien el procedimiento del *impeachment* presidencial está contemplado en la Constitución paraguaya, el proceso seguido estuvo plagado de irregularidades: Lugo solo tuvo veinticuatro horas para preparar su defensa, por ejemplo. El entonces presidente protestó de manera ferviente, pero no llamó a movilizarse contra el pedido de juicio político. Por último, y con la aquiescencia de su propio vicepresidente, fue destituido. Lugo fue elegido senador en 2013 y reelecto en 2018.

[69] Rafael Correa se asomó por la ventana del hospital donde estaba detenido y dijo: “Aquí estoy, mátenme” para subrayar el peligro que corría cuando fue secuestrado por un grupo de policías en una protesta.

[70] Como tampoco pudo hacerlo Dilma Rousseff, presidenta del mucho más moderado e institucional PT brasileño, frente al juicio político abierto en su contra.

[71] En la Argentina se sancionó en 2010 la ley llamada “Patria Grande” que garantizó derechos de trabajo legal, uso de servicios de salud y educación y jubilación a varios millones de inmigrantes.

[72] Véase, por ejemplo, el análisis de Raúl Madrid para la estrategia “etnopopulista” del MAS boliviano, en oposición a otros modelos de partido étnicamente exclusivo (Madrid, 2008).

[73] La “acción particularizante” alude al proceso de acción de abrir “ventanillas del Estado” para atender demandas de manera puntual. Esto las resuelve pero las particulariza: dejan de ser “populares” para volverse privadas.

4. El ascenso global del populismo xenófobo

> Pensaba que iba a hacer cosas buenas. Pero él [Donald Trump] no está lastimando a la gente que debería estar lastimando.
> **Votante** de Donald Trump en Florida (Estados Unidos), a una reportera del *New York Times*, 8 de enero de 2019 (traducción propia)

En los capítulos anteriores explicamos que el populismo fue visto durante décadas como un atavismo o una patología exclusiva de las sociedades periféricas o de modernización imperfecta, con "mundos de la vida" (según Habermas) insuficientemente "racionalizados". La periódica irrupción de "olas" populistas en Sudamérica, por lo tanto, era comprendida como un subproducto de su subdesarrollo político.

Sin embargo, he aquí que en la segunda década del siglo XXI se ha demostrado que, lejos de ser solamente una patología de los países en los cuales el tránsito a la modernidad no se ha completado satisfactoriamente, el populismo es un fenómeno político poderoso también en los países centrales que tienen democracias más institucionalizadas. El populismo, finalmente, se transformó en un tema de moda para Europa y los Estados Unidos en los años que siguieron a la crisis financiera global de 2008 y 2009.

Una década después del comienzo de aquella crisis, el mundo se ve sacudido por una ola en ascenso de populismos marcadamente xenófobos, antiliberales y anticosmopolitas. Líderes o partidos populistas (con una impronta personalista fuerte y un discurso antagonista que traza una frontera entre un nosotros y un ellos) han ganado elecciones en una gran cantidad de países europeos y en los Estados Unidos o han llegado a estar muy cerca de hacerlo. Por lo tanto, puede decirse que si el populismo suele ser de izquierda en América Latina, al menos es un fenómeno predominantemente de derecha, o aun de ultraderecha en Europa (Akkerman, 2017).

En sentido estricto, los partidos populistas de derecha radical no son una novedad en Europa o los Estados Unidos; por el contrario, en sus diferentes variantes han participado de los sistemas partidarios durante décadas.[74] En Europa Occidental, el ascenso de los partidos

de este tipo comenzó en los años ochenta con el Front National (FN, Frente Nacional) en Francia,[75] el Dansk Folkeparti (DF, Partido Popular Danés) en Dinamarca, el Freiheitliche Partei Österreichs (FPÖ, Partido de la Libertad de Austria) en Austria, el Vlaams Blok (VB, Bloque Flamenco) en Bélgica,[76] el Fremskrittspartiet (FrP, Partido del Progreso) en Noruega y varios otros (Loch, 2017: 73). Algunos de estos partidos, como en los casos de Francia y Dinamarca, llevan décadas participando en el Parlamento de sus países con relativo éxito. El DF fue fundado en 1995, y su existencia no parece haber afectado la estabilidad del sistema de partidos de Dinamarca; el FN tampoco lo ha hecho en Francia.[77] La novedad de estos últimos años es que estos partidos, que en muchos casos fueron mantenidos en una posición marginal, se han transformado en protagonistas de los sistemas políticos europeos. A fines de la segunda década del siglo XXI, partidos populistas de derecha gobiernan, han gobernado o han participado en coaliciones de gobierno de Austria, Dinamarca, Finlandia, Holanda, Noruega, Suiza y Hungría, y en otros países han estado muy cerca de hacerlo (Akkerman, 2017: 172).

Para tener una adecuada proporción de este crecimiento, vale la pena recordar que, en el año 2000, la llegada al gobierno de Austria del FPÖ, liderado por Jörg Haider, causó un revuelo internacional y provocó que catorce jefes de Estado europeos amenazaran con sancionar a ese país eliminando la cooperación internacional.

Hace veinte años Jörg Haider, en Austria, o Umberto Bossi, en Italia,[78] generaban consternación a pesar de que ninguno de ellos llegó a ser primer ministro. Hoy, Viktor Orbán no solo gobierna Hungría desde 2010,[79] sino que reformó la Constitución de su país para introducir un artículo en defensa del matrimonio tradicional, erigió una barrera para impedir la entrada de refugiados, persiguió a la minoría roma (gitana) y obligó a una de las más prestigiosas universidades de Hungría a abandonar el país pues su donante original había sido George Soros, blanco global de la derecha antisemita, entre otras medidas. En el año 2000, Haider no fue elegido como canciller de su propio gobierno de coalición porque su figura era demasiado divisiva; en 2017, en cambio, Sebastian Kurz, líder del ultraderechista Österreichische Volkspartei (ÖVP, Partido Popular Austríaco), que fuera aliado del FPÖ en 2000, fue elegido primer ministro. En Polonia, el gobierno del partido Prawo i Sprawiedliwość (PiS, Ley y Justicia) logró aprobar nuevas leyes que, entre otras cosas, limitan el poder de la justicia, vuelven ilegal hablar de la complicidad de actores polacos con el genocidio nazi, y buscan prohibir la enseñanza de la “ideología de género”. En Suecia, considerada el bastión de la socialdemocracia, el partido populista de ultraderecha Sverigedemokraterna (SD, Demócratas de Suecia) gana en volumen electoral, a pesar del estigma

asociado al pasado neonazi de sus fundadores.

De este modo, en la actualidad el poderío electoral de los populismos de derecha en Europa no es la excepción sino la norma. No solo eso, sino que estos partidos y sus líderes impactan en los sistemas políticos aun cuando no lleguen al poder. Nigel Farage y su partido United Kingdom Independence Party (UKIP, Partido de la Independencia del Reino Unido) tuvieron un tremendo éxito al impulsar el plebiscito para que el Reino Unido abandone la Unión Europea; en Holanda, Geert Wilders (del Partij voor de Vrijheid, Partido por la Libertad) resultó un competidor de peso en las elecciones presidenciales en 2017; en Alemania, supuestamente un país con fuertes anticuerpos institucionales y culturales contra la derecha, se derrumbaron los partidos tradicionales[80] y el partido de ultraderecha Alternative für Deutschland (AfD, Alternativa para Alemania) consiguió representación en el Parlamento en 2017, por primera vez desde 1945. En Francia, Marine Le Pen –hija del expresidente del FN, Jean-Marie Le Pen– llegó a competir en el balotaje presidencial de 2017.

El ascenso de este tipo de movimientos no es privativo de Europa; Narendra Modi llegó al poder en la India con un discurso xenófobo y nacionalista hindú, por ejemplo. Pero el caso más resonante a nivel mundial es el de Donald Trump, quien llegó a la presidencia de los Estados Unidos en 2016. Este resultado sorprendió a la mayoría de los analistas políticos, que consideraban a su contrincante demócrata, Hillary Clinton, como la segura ganadora. (De hecho, por las particularidades del Colegio Electoral estadounidense, Trump resultó electo presidente a pesar de obtener tres millones de votos menos que Clinton.)

En síntesis: si bien no puede decirse que el populismo (y sobre todo el populismo de derecha) sea un fenómeno novedoso en Europa y los Estados Unidos, parece haber consenso sobre que esta última ola mundial de populismos de derecha no es similar a las anteriores. Los líderes de esta nueva camada tienen, por un lado, discursos y prácticas más radicales que sus predecesores y, por otra, ponen de manifiesto que los sistemas partidarios e institucionales de sus países no estaban tan “inmunizados” ante estos discursos como se creía. Hay que remarcar lo siguiente: el supuesto de que las democracias de los países llamados “centrales” estaban protegidas contra el populismo se reveló precisamente como un supuesto, ante la sorpresa casi unánime de los expertos.

Qué es el populismo de derecha

Akkerman (2017: 170) sostiene que es necesario distinguir entre fascismos y populismos de derecha. Mientras los primeros son críticos de la propia idea de democracia, los segundos la reivindican como ideal pero rechazan la concepción *liberal* de esta. En líneas generales, así como cuando hablamos de populismo de izquierda nos referimos a la combinación de una estrategia *político-discursiva* populista (liderazgo personalista y un discurso de tipo mítico y antagonista) con políticas públicas centradas en la distribución económica "hacia abajo", el populismo de derecha mantiene una estrategia muy similar combinada con políticas distributivas "hacia arriba", a lo que suma un fuerte énfasis en la necesidad de mantener ciertas jerarquías sociales que considera "naturales" y una obsesión xenófoba por defender los límites de la comunidad política contra factores designados como contaminantes de la pureza del "verdadero pueblo" (entre ellos, inmigración de todo tipo, religión islámica, población afroamericana o afroeuropea, población gitana, feministas, personas con orientación sexual e identidad de género diversas).

Todos estos partidos populistas de derecha buscan dividir la sociedad entre un "nosotros" y un "ellos" en tres temas clave: la inmigración y lo foráneo; la tecnocracia multinacional encarnada en la Unión Europea, y los cambios en el modelo de familia patriarcal. Estas tres áreas resultan determinantes para la generación de una identidad propia. Sin embargo, y a diferencia de los populismos de izquierda, no tienen objeciones hacia el sistema capitalista *per se*, aunque sí sobre los efectos de la globalización sobre el "pueblo auténtico":

> Preocupados por el *ethnos*, los nuevos partidos de extrema derecha no tienen objeciones hacia la economía de mercado. Curiosamente, sin embargo, en su retórica denuncian con éxito las condiciones socioeconómicas deterioradas de las clases media y baja y las desigualdades sociales, que ellos han identificado como resultado de la globalización (Mastropaolo, 2017: 64; traducción propia).

Como vimos en el capítulo 3, una característica de los populismos latinoamericanos de la última ola es que, en general, tuvieron un discurso antagonista "hacia arriba" (hacia las élites económicas, sociales y culturales), pero fueron inclusivos "hacia abajo", hacia los pobres, los grupos étnicos y también los inmigrantes (al menos los de otros países latinoamericanos). Los populismos de derecha, por el contrario, se caracterizan por "pegar para abajo", es decir, antagonizar con sectores sociales que no pertenecen a las élites económicas y sociales. Sus líderes eligen grupos sociales subordinados y vulnerables como blanco de sus discursos antagonistas. Aunque los populismos de

derecha pueden movilizarse en contra del neoliberalismo y a favor del Estado de bienestar, siempre sostienen que los beneficios estatales solo deben alcanzar a algunas personas, en general, a la población blanca, rural y envejecida, y que deben eliminarse para otros, considerados moralmente inferiores.[81] Su objetivo no es generar solidaridades políticas más amplias, sino volver políticamente aceptable *la restricción de la solidaridad social a un grupo privilegiado*.

La diferencia entre "pegar para arriba" y "pegar para abajo" está muy relacionada con una distinción en la orientación temporal en el mito populista de las izquierdas y las derechas: mientras que los mitos que dan sustento a los populismos de izquierda están orientados al futuro, los populismos de Europa y los Estados Unidos son fuertemente nostálgicos y románticos, orientados al pasado. Ese rasgo fue evidente en el discurso de quienes hicieron campaña en el Reino Unido por la opción de abandonar la Unión Europea. El discurso no solo describía los males de pertenecer a esta comunidad, sino que defendía una visión de Gran Bretaña cercana al imperio que alguna vez fue, resumida en el eslogan "*Putting the 'Great' back into Britain*" ("Volver a poner lo 'grande' otra vez en "Gran Bretaña") del partido populista de derecha UKIP. El mismo ímpetu nostálgico estaba presente en el eslogan de campaña de Donald Trump: "*Make America great again*" ("Hagamos que América vuelva a ser grande").

Con frecuencia, analistas políticos y periodistas buscan explicar el ascenso del populismo de derecha en los países industrializados como una consecuencia en particular de la ansiedad y desorientación causadas por la crisis financiera de 2008 y, más en general, por el deterioro económico de las clases medias bajas provocado por la desaparición de empleos industriales asociado con la globalización y el traslado de los establecimientos manufactureros a China, México y el Sudeste asiático. Si bien este argumento es verdadero, es una explicación limitada y parcial. Los *shocks* externos o los cambios bruscos en las condiciones sociales generan un desencanto con las formas existentes de representación y la apertura a nuevos liderazgos *outsider*; sin embargo, los *shocks* no determinan por sí mismos el signo político final de las transformaciones. Aun si fuese cierto que la insatisfacción económica prevalece en el Atlántico Norte, cabe que nos preguntemos por qué hasta ahora parecen más exitosas en las urnas las salidas por derecha que por izquierda (con la excepción de Portugal, donde gobierna la socialdemocracia, y de Grecia, donde gobierna Syriza, que comenzó como un populismo de izquierda). En los discursos de Donald Trump y Marine Le Pen es posible encontrar algunas respuestas a esta pregunta.[82]

Donald Trump: el populismo neoliberal estadounidense

Donald Trump era en los años ochenta un empresario de la construcción de Nueva York que se hizo famoso por sus casinos, sus matrimonios y divorcios, y su estilo de vida ostentoso con amplia cobertura mediática. En la década del noventa, tras varias bancarrotas, logró una inesperada popularidad como estrella de un *reality show* televisivo. Indignado con la reelección de Barack Obama en 2012, Trump radicalizó cada vez más su discurso y se transformó en un portavoz de la "anticorrección política": contra el primer presidente afroamericano, contra el feminismo, contra la población musulmana, contra los peligros de la inmigración islámica, contra la globalización. Su cuenta de Twitter, con millones de seguidores, se volvió una plataforma enormemente influyente con la que Trump pudo eludir a los periodistas de los medios de comunicación tradicionales.

El empresario anunció que competiría por la candidatura presidencial del Partido Republicano en 2015. Al principio no tomaron en serio su precandidatura; sin embargo, derrotó de manera concluyente a los demás precandidatos,[83] y el 8 de noviembre de 2016 fue elegido presidente con el voto de los electores blancos, de mayor edad y localizados en sur y en los estados del viejo corazón industrial estadounidense.

Ya en el poder, el discurso de Trump tuvo al menos un punto de contacto con los discursos de los presidentes sudamericanos que analizamos en el capítulo 3: desde un primer momento, antes que moderarse se radicalizó. Los principales blancos del antagonismo han sido cuatro: el Partido Demócrata y sus referentes (sobre todo si son mujeres: alude siempre a Hillary Clinton como "*crooked* Hillary" [corrupta Hillary] y a Elizabeth Warren como "Pocahontas"); los inmigrantes, en particular los de países con mayoría musulmana y de México;[84] los periodistas y medios de comunicación estadounidenses; y China e Irán. De manera inversa, Trump construyó un "nosotros" que incluye a los grupos de ultraderecha y supremacistas blancos, pero también a otros populistas de derecha, como Recep Tayyip Erdogan de Turquía o Jair Bolsonaro de Brasil (y también a Vladimir Putin).

La principal premisa de su discurso es que la "identidad americana, es decir, blanca" está amenazada o debe ser defendida (aunque Trump es cuidadoso en mantener un nivel de ambigüedad en sus eventuales relaciones con grupos supremacistas blancos). Tal vez su comentario más claro en este sentido se produjo en agosto de 2017, cuando se refirió a la indignación desatada luego de que un simpatizante neonazi embistiera con su auto y asesinara a una joven que protestaba de

manera pacífica contra una marcha de grupos supremacistas blancos en Charlottesville. En ese momento, Trump declaró que había “gente excelente” en “ambos lados”, que la izquierda había “atacado” a los manifestantes, y que los manifestantes supremacistas habían sido tratados “injustamente” por la prensa, ya que no eran “todos neonazis”.

Las políticas públicas de Trump están en línea con este discurso: prohibió la inmigración desde ciertos países de mayoría musulmana, redujo la cuota de refugiados, comenzó una guerra comercial con China, repudió (aunque luego renegoció) el tratado de libre comercio con México y Canadá, expresó su simpatía por Erdogan, por el presidente de Filipinas Rodrigo Duterte, y por el líder de Corea del Norte Kim Jong-un, y eliminó ciertas protecciones para la población LGTBI en las Fuerzas Armadas, entre otras medidas. En las semanas anteriores a la elección legislativa de 2018, su retórica antiinmigrante tuvo una escalada: el presidente decidió militarizar la frontera con México y, en una decisión sin precedentes, envió 5.000 soldados del Ejército estadounidense a la frontera con México[85] para frenar la entrada de migrantes centroamericanos. Entre otros enunciados falsos, Trump afirmó que “criminales y desconocidos de Medio Oriente” estaban mezclados con los migrantes que buscaban asilo, habló de “una invasión a nuestro país” y amenazó con que “nuestro Ejército los está esperando”.[86]

Esta constante referencia xenofóbica y racial contrasta con un llamativo silencio: a diferencia de los populismos de izquierda, Donald Trump nunca confrontó con las élites económicas sino que se presenta como su aliado, sobre todo de los sectores agrícola, de la energía, y de la minería de carbón. Por el contrario, su gobierno logró aprobar en el Congreso una gran rebaja de impuestos a las corporaciones empresariales de los Estados Unidos, entre otras medidas en favor de las empresas, como la eliminación de regulaciones ambientales o laborales (la mayoría de los miembros del gabinete de Trump son ex CEO o dueños de grandes firmas).

La figura del millonario como líder

Donald Trump ejemplifica una tendencia mundial en ascenso: la del líder populista de derecha que se presenta como un empresario exitoso. Trump integra un conjunto de presidentes de derecha (aunque no necesariamente populistas) que hicieron carrera política valiéndose del tremendo atractivo que el éxito económico tiene para una porción importante de la sociedad: en los Estados Unidos Henry Ross Perot y

George W. Bush fueron pioneros en este sentido (Bush se presentaba como “el primer presidente con un MBA” [máster en Administración y Dirección de Empresas]). Su carrera hacia el éxito político está íntimamente ligada con su capacidad de construir una autopresentación y un discurso que puedan aprovecharse del aura de virtud que de manera casi automática tiene el dueño de una gran fortuna.

En especial, en la autopresentación discursiva de los líderes empresarios se suman cuatro valores emocionales clave: externalidad a la política, honestidad, tecnocracia y *glamour*. El primer valor implica que, como se trata de empresarios, pueden presentarse como agentes incontaminados por los vicios de “los políticos” y, por lo tanto, como personas capaces de reformar la “casta” o la “partidocracia” (Trump habla de “la ciénaga de Washington”) y fundar “la nueva política”. El segundo valor se sintetiza en la fórmula usada en la Argentina: “como es rico, no va a robar”. La riqueza personal se transmuta de una cualidad potencialmente dudosa en términos morales (la extrema riqueza personal se consideraba en otros momentos históricos como un valor contrario a lo republicano) a la garantía de *inmunidad frente al atractivo de la corrupción*. El tercer valor es el del conocimiento tecnocrático: el empresario exitoso se presenta como alguien que tiene conocimientos de gestión y, sobre todo, es *eficiente*: sabe cómo “hacer que las cosas se hagan” (*how to get things done*). Esto es así tanto para los empresarios que llegaron a ser ricos enteramente por sí mismos, como para quienes heredaron sus fortunas (el caso de Donald Trump).

El cuarto valor es el *glamour*. Una de las cuestiones más fascinantes de la actualidad es que la ostentación pública de la extrema riqueza no es un problema político sino, antes bien, un activo. Podría pensarse que en sociedades caracterizadas por una alta desigualdad, como las latinoamericanas pero también cada vez más la de los Estados Unidos, sería difícil conseguir la solidaridad de sectores subalternos hacia quienes se presentan ostentando su riqueza, sus mansiones, sus esposas (que suelen ser exmodelos y bastante más jóvenes) y sus *hobbies* de élite, como el esquí, navegar en yate o jugar al golf. Pero esto no es así en absoluto; en todos estos casos, el aura de *glamour* que da la riqueza se transforma en un lazo *aspiracional*: en la figura del empresario exitoso sus seguidores ven la promesa de aquello a lo que ellos podrían aspirar, aun en una versión más módica. En el discurso de estos líderes se construye lo que podríamos llamar la “defensa moral de la acumulación como virtud”.

Donald Trump es un excelente ejemplo de todas estas categorías. Afirmó que su naturaleza de “gran negociador” (*deal maker*) le permitiría “cerrar tratos” de comercio bilateral más ventajosos para

los Estados Unidos y que la muralla que pretendía construir con México sería más hermosa y más barata porque él sabía "cómo construir cosas". Su riqueza fue ostentada en toda la campaña, mediante fotos de su avión privado, su *penthouse*, sus hijos esquiando o cazando en África. Su estilo de vida se transformó en *aspiracional* para sus votantes.

El proyecto reaccionario: "*Make America Great Again*"

El discurso de Donald Trump se puede resumir en una sola idea-fuerza, tan corta y simple que entra en una de las gorras rojas que se convirtieron en el símbolo de su campaña electoral: *Make America Great Again*.

En este eslogan se combinan maravillosamente los tres elementos centrales del mito populista que construye el discurso de Trump: primero, que los Estados Unidos hoy, a pesar de ser la primera potencia económica mundial y el único superpoder militar global, el país que creó compañías líderes en todo el mundo y el imán que atrae a talentos de todo el globo, es, en realidad, una nación quebrada y en decadencia; segundo, que la salida a este estado de cosas no se encuentra en el futuro sino en volver al pasado; tercero, que esta regresión hacia el pasado solo ocurrirá por la fuerza, encarnada en el uso decidido del verbo *to make* (hacer). Hay que "volver a hacer" grande a los Estados Unidos, lo cual requerirá algún tipo de esfuerzo y probablemente abundante uso de la fuerza del Estado. A esto hay que sumar el hecho clave de que esta frase tiene connotaciones raciales: ¿cuándo fueron los Estados Unidos un país "grande" realmente? Seguramente en momentos en que la discriminación racial y de género estaba legitimada, si no legalizada.

Lo que subyace a estas palabras es la defensa de las jerarquías étnicas, de género y de clase: una visión de la sociedad como un perpetuo juego de suma cero en la que un grupo (sobre todo, los varones blancos de clase media o media alta) percibe que su lugar privilegiado está amenazado por el ascenso de minorías étnicas, de orientación sexual o religiosa, diversa y por la revolución que significa el feminismo. Como señala Panizza (2005: 3), los cambios sociales o culturales son uno de los factores que generan las condiciones propicias para la aparición de un liderazgo populista. Migraciones, ya sea entre países o del campo a la ciudad (como las que ocurrieron en América Latina en la posguerra); súbitos cambios culturales (como los producidos a partir de la caída del Muro de Berlín y de la globalización tecnológica); el masivo ingreso de las mujeres al mundo

del trabajo y el consumo; los procesos exitosos de movilización de minorías oprimidas (como el que produjo el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos en los años sesenta); los procesos rápidos de movilidad social, ya sea ascendente o descendente, son factores que generan nuevas demandas sociales y pueden provocar dislocaciones entre identidades sociales y políticas y deseo de liderazgos *outsiders*.

En los populismos de derecha se priorizan las demandas de un sector de la sociedad que está en una posición *defensiva* y *nostálgica*, mientras que los populismos sudamericanos se ven a sí mismos como representantes de un sector *ofensivo* y *modernizante*. La promesa que ofrece Trump no representa la integración de sectores excluidos en la institucionalidad democrática, sino más bien una garantía de que aquellos que se encuentran incluidos lo seguirán estando y de que quienes están en una posición subordinada permanecerán allí. Mientras que los populismos sudamericanos se autopercibían como la expresión y el agente histórico de un proceso de avance de las mayorías oprimidas, los populismos europeos y el estadounidense se perciben como procesos *defensivos* de grupos que, aunque se trate de los grupos históricamente privilegiados, se sienten amenazados y parte de una “mayoría silenciosa”.

Marine Le Pen: populismo de derecha con liderazgo femenino

Puede resultar interesante contrastar el populismo empresarial-televisivo de Trump con otro modelo europeo que, como Trump, combina elementos de la derecha clásica con otros innovadores. Se trata del Front National (en 2018 rebautizado Agrupación Nacional) de Marine Le Pen. Existen puntos de contacto entre ambos fenómenos, pero también diferencias sobre las que vale la pena reflexionar.

Para empezar, tanto en Sudamérica como en los Estados Unidos el populismo se asocia sobre todo a liderazgos presidenciales; en el contexto europeo, en cambio, el populismo se expresa mayoritariamente a través de partidos (Loch, 2017: 77).[87] Esto no quiere decir que las características personales de los líderes carezcan de importancia en los sistemas de partidos europeos, pero la mayoría de los populistas que ascienden al poder están contenidos dentro de una organización que los preexistía, como es el caso del FN.

En 2011, Marine Le Pen accedió al liderazgo del partido político fundado por su padre, Jean-Marie Le Pen, en 1972 con el nombre de Front National pour l’Unité Française (Frente Nacional por la Unidad Francesa). Le Pen padre había ingresado en la política de la mano de

sectores de ultraderecha, con una plataforma que promovía la persecución a los inmigrantes, la rehabilitación social y política de los colaboracionistas con el nazismo, el control colonial de Argelia y el rechazo al proyecto de la Unión Europea. Sin embargo, durante décadas su ascenso político estuvo limitado por su cercanía con los sectores simpatizantes o colaboracionistas del nazismo así como su discurso integrista católico y machista; su denuncia del aborto como genocidio y su defensa del rol tradicional de la mujer condicionaron su capacidad de captar el voto de las mujeres (por cada voto femenino captaba dos votos masculinos).

Una vez que Jean-Marie Le Pen fue forzado a abandonar la presidencia del partido y que Marine ocupó ese cargo, su tarea y desafío fue llevar adelante una "desdiabolización" (*dédiabolisation*) del FN. Su estrategia para esto fue tratar de convencer a los electores de que su partido y ella misma se habían modernizado, habían dejado de lado las posiciones más reaccionarias y se habían convertido en una nueva derecha democrática.

En este proceso, Marine Le Pen enfatizó su perfil moderno, su experiencia de abogada, su condición de mujer y de madre. Para la campaña presidencial de 2017 relanzó su imagen: borró su apellido de la publicidad partidaria y se mostró más cercana, femenina y familiar (entre otras cosas, anunció que el FN ya no busca prohibir el aborto ni la píldora anticonceptiva). Moderó el discurso antimercado europeo y repudió la cercanía histórica del partido con los sectores relacionados con el gobierno del mariscal Pétain, colaborador con la ocupación nazi. Además, Le Pen se recostó en una crítica al liberalismo económico y la globalización y en promesas de proteger el Estado de bienestar para la clase trabajadora; eso sí, de acuerdo con el modelo del *welfare chauvinism* mencionado antes, también prometió restringir completamente el acceso a los servicios públicos a los inmigrantes.

Marine Le Pen es ejemplo de un fenómeno global contemporáneo: el ascenso de movimientos o partidos populistas de derecha liderados por mujeres. Esto genera un interesante problema teórico, ya que la mayor parte de la literatura sobre liderazgo populista se enfoca en lo que Mudde y Rovira Kaltwasser llaman "el modelo del hombre fuerte (*strongman*)" (2017: 63) y Pierre Ostiguy denomina "la performance populista de 'tener pelotas'"[88] (2009: 9). En el modelo del hombre fuerte, el liderazgo populista está asociado a una performance exagerada (casi podríamos decir paródica) de una idea estereotipada de "macho": hombres rodeados de mujeres hermosas ostentan su fuerza y virilidad en actividades deportivas, como el automovilismo o el golf, gustan de presentarse en público de maneras que desafían los buenos modales y el buen gusto, por ejemplo, usando ropa estrambóticamente cara. Carlos Menem, Silvio Berlusconi y Donald

Trump entran en esta categoría. Sin embargo, en los últimos años muchas mujeres han accedido a posiciones de liderazgo en movimientos populistas de derecha: desde la propia Le Pen hasta Sarah Palin en los Estados Unidos, Pauline Hanson en Australia, la danesa Pia Kjærsgaard y la noruega Siv Jensen.[89] Estas mujeres desafían el modelo del hombre fuerte y muestran que un discurso de derecha es perfectamente compatible con ciertos tropos femeninos e incluso feministas. Estos movimientos han demostrado ser efectivos en "reabsorber" ciertos temas o preocupaciones feministas para usarlos como arma de ataque contra las poblaciones inmigrantes o minorías étnico-religiosas (sobre todo, como parte de un discurso islamofóbico) (Meret y Siim, 2017: 8). En un ejemplo típico de esta especie de *jiu jitsu* político en que algunos reclamos supuestamente feministas se usan para atacar el islam y a los migrantes, Le Pen escribió en una columna publicada en *L'Opinion* el 13 de enero de 2016: "Siento repulsión por el silencio inaceptable y, por lo tanto, el consentimiento tácito de la izquierda francesa frente a estos ataques[90] a los derechos fundamentales de las mujeres. Me asusta que la crisis de migración implique el comienzo del fin de los derechos de las mujeres". Además, Le Pen ataca de manera habitual el uso de símbolos religiosos como el hiyab y el burka.[91]

Su condición de mujer le permite, entonces, una vía alternativa para la construcción del liderazgo que es muy efectiva. Le Pen construye un discurso que combina los elementos xenófobos y agresivos con una autopresentación que busca humanizarla al enfatizar su rol de madre, cuidadora y otras imágenes asociadas tradicionalmente con lo femenino, lo que Meret y Siim llaman "balancear las esferas pública y privada" (2017: 11). En el caso de Le Pen, ella supo mezclar elementos de su biografía que denotan inflexibilidad política (su origen familiar como hija y heredera de Le Pen padre, el conocimiento de la ley que le da su condición de abogada) y al mismo tiempo combinarlos con atributos de feminidad tradicional (sus hijos, el uso de *tailleur* con falda en las fotos). El uso del tropo de "mujer y madre, pero profesional y con una carrera" también sirve como un marcador para distinguir a las "mujeres libres" francesas de las "mujeres oprimidas" por el islam. Al mismo tiempo, mantiene un silencio cuidadosamente ambiguo sobre temas como los derechos de las minorías sexuales.

El movimiento

Un elemento interesante es que el discurso de campaña de Marine Le

Pen recogió de manera explícita el ejemplo de Donald Trump como prueba de que un candidato *outsider* puede ganar.[92]

El núcleo del mito populista del FN casi es el mismo que hace cuarenta años: la defensa de la identidad histórica de la nación francesa amenazada por arriba y por abajo. Desde arriba, por el cosmopolitismo de la globalización; desde abajo, por el influjo de inmigrantes islámicos. El eslogan de la campaña de Le Pen fue "¡Francia para los franceses!". Le Pen prometió una moratoria a toda la inmigración, aun la legal. "Conmigo en el poder no habría habido un Mohamed Merah", afirmó Le Pen en referencia al autoproclamado "combatiente de al-Qaeda" que mató en 2012 a tres militares, tres niños y un profesor. "Conmigo no habrían existido los terroristas migrantes del Bataclán ni del Estadio de Francia", agregó, en referencia a una serie de atentados terroristas realizados por atacantes suicidas islamistas en noviembre de 2015. Además de pronunciarse contra la inmigración masiva, en otro discurso la líder del FN atacó la globalización y el "fundamentalismo islámico".

Como Trump, Le Pen ganó votos en los sectores que se sienten desplazados por un nuevo orden que no comprenden. En Francia, el Frente Nacional ha reemplazado como opción preferencial al socialismo en los antiguos barrios obreros: el voto del FN mapea casi exactamente sobre los anteriores bastiones de la izquierda. Loch llama a este fenómeno "política de estatus", que atrae "votos de quienes temen una pérdida real de su estatus social" (2017: 78). Una clave en el apoyo social a estos movimientos es su gran atractivo para poblaciones blancas, mayores de 65 años, en áreas rurales o suburbanas. De estos sectores proviene el respaldo al FN, a Donald Trump y al Brexit, entre otros. El quiebre entre las preferencias de los jóvenes y la población de las grandes ciudades y el voto de las personas de mayor edad y de quienes residen en áreas rurales ocurre en todos los casos. Le Pen y Trump, por ejemplo, escenificaron en sus campañas visitas a fábricas supuestamente amenazadas por la globalización, y prometieron que no permitirían que esos trabajos industriales de buena calidad, destinados a varones sin educación universitaria, fueran exportados a países del tercer mundo.

Un componente común a todos estos movimientos, sobre el cual no se ha escrito demasiado, es su antiintelectualismo. Cuando decimos que estos movimientos buscan mantener una jerarquía tradicional, podría pensarse que está asociada a una visión tecnocrática de la sociedad. Todo lo contrario: estos líderes rechazan, al menos en el discurso, la noción de experticia asociada al capital cultural y todo lo relacionado con la cultura "alta" como parte del reino de lo cosmopolita, lo afeminado y lo sospechoso de "corromper" la cultura del "hombre de la calle". En los Estados Unidos la derecha del Partido

Republicano libra una virtual guerra en los medios de comunicación contra las universidades y los "intelectuales que comen rúcula". En Europa, el blanco de su rechazo pueden ser tanto los economistas que alertaban contra los peligros del Brexit como las teóricas feministas y el "marxismo cultural". En contraposición se construye una idea de experticia basada en el "sentido común" del "hombre trabajador" y la práctica empresarial que se presenta siempre como un mérito absolutamente personal desvinculado de las condiciones sociales o los incentivos creados por el Estado.

En consecuencia, la principal (aunque muchas veces implícita) promesa de estos partidos y movimientos es mantener o restaurar el estatus de los grupos que sienten amenazada su posición de natural dominio sobre una determinada jerarquía social, no la implementación de una serie de menús de programas políticos preferidos. Las nuevas derechas populistas, entonces, desafían las tradicionales definiciones académicas sobre qué es la derecha. No necesariamente están en contra de un Estado voluminoso, o a favor de la desregulación de los mercados, ni proponen privatizaciones masivas o recortes a los derechos sociales del Estado de bienestar. Pueden incluso estar a favor de la expansión de las políticas de sostenimiento del ingreso para la tercera edad o de reducción de la pobreza. La clave es que estas cuestiones nunca se plantean como derechos universales, sino como *marcas de estatus ligadas a la nación, la etnia o la clase*. La promesa no es tanto el mantenimiento del Estado de bienestar como el mantenimiento de un grado de bienestar *para cierta clase* y el sostén de las jerarquías sociales tradicionales.

Si bien es cierto que Marine Le Pen no ganó las elecciones presidenciales en Francia, estuvo muy cerca de hacerlo y su discurso, que antes recogía temas marginales, ingresó en el *mainstream* del país. Emmanuel Macron venció a Le Pen con un discurso con ciertos elementos "liberal-populistas" (como el personalismo, por ejemplo), pero apostando al proyecto europeo. Macron, sin embargo, no se reveló como un presidente popular; si su imagen continúa en baja y la insatisfacción del electorado con los partidos se mantiene, no sería raro que Le Pen pudiera finalmente ganar la presidencia.

¿Virar hacia la derecha o hacia la izquierda? Golpear hacia arriba *versus* golpear hacia abajo

El cuadro que sigue sintetiza las diferencias entre los populismos de izquierda y los de derecha.

Cuadro 4.1.

[illegible]		
[illegible] …lismo		
[illegible] …alismo / colonialismo interno		
[illegible] …da de los años sesenta		
[illegible] …” / medios y periodistas		
[illegible] / élites europeas		

Como mencionamos, los mitos que subyacen a los populismos sudamericanos tienen tres características clave: están orientados al futuro, definen el pueblo como un colectivo que tiene en común una experiencia de subordinación y confrontan en primer término contra las élites económicas y sociales. El mito populista articulado por Donald Trump o Marine Le Pen es nostálgico, define el pueblo como un conjunto de individuos y "pega para abajo" al determinar a sus adversarios.

La orientación de un discurso hacia el futuro o hacia el pasado tiene importantes implicancias prácticas. Los populismos orientados al pasado tienen una mirada "romantizante", que considera que la política debe *retomar* un pasado de gloria antes que construir un futuro. En los populismos con una orientación al futuro, el pueblo –como explica Margaret Canovan (2005: 48)– se entiende como una entidad que debe ser construida, que no tiene una existencia completa en el pasado. En los populismos orientados al pasado, el pueblo se imagina como algo ya orgánicamente constituido cuya *autenticidad* debe ser protegida de contaminaciones. El pueblo debe ser *cercado* y *defendido* antes que *constituido*. Esta concepción predomina en los populismos radicales de Europa y de los Estados Unidos, cuyo discurso y práctica suelen ser abiertamente xenófobos; esta preocupación por la autenticidad cultural se complementa, en la mayoría de los casos, con una despreocupación por las desigualdades sociales y económicas.

Establecer diferencias entre populismos de izquierda y populismos de derecha permite realizar dos operaciones fundamentales: la primera es distinguir entre izquierda y derecha poniendo el acento en el carácter funcional y relacional de esta dicotomía, antes que en una clasificación a priori de políticas públicas que serían de izquierda o de derecha. La segunda es ir más allá de la identificación de la izquierda con movimientos inclusivos y de la derecha con movimientos exclusivos.

En el primer caso, la obsesión por identificar al populismo como de izquierda o derecha exclusivamente según el menú de políticas públicas es un esfuerzo que, aunque repetido al infinito, termina necesariamente en frustración conceptual y empírica. Si se acepta que los populismos son por naturaleza *sincréticos* e *hibridizantes*, no costará

mucho aceptar también que los menús de todos los populismos tienen una tremenda capacidad para mezclar políticas públicas de izquierda y de derecha de manera desprejuiciada y hasta desconcertante: podrán combinar políticas económicas "de izquierda" con políticas sociales "de derecha", o viceversa. Es posible que un gobierno al mismo tiempo distribuya el ingreso fuertemente hacia los más pobres, expanda derechos civiles y políticos de minorías, mientras busca controlar y restringir la libertad de prensa: el primer gobierno de Juan Domingo Perón es un ejemplo de esta combinación. De manera inversa, el gobierno de Carlos Menem pudo combinar sin problema políticas de derecha, como desregulación y achicamiento de estructuras estatales, con un impulso de la participación política de las mujeres (mediante la ley de cupo legislativo).

En el segundo aspecto, me interesa afirmar que la diferencia entre populismos de izquierda y de derecha a partir del carácter inclusivo de uno y exclusivo de otro resulta claramente insuficiente. Dani Filc (2015) sostiene que los populismos de izquierda son incluyentes, mientras que los de derecha son excluyentes.[93] (Para Filc, la variable explicativa es la historia colonial: los países del primer mundo se referencian en una "era dorada" en la que regían sobre el resto del globo como potencias coloniales, lo que otorga a sus movimientos populistas un fuerte tinte nostálgico y xenófobo).[94] Sin embargo, y tal como hemos explicado con Pierre Ostiguy, la distinción no resulta clara entre incluyente y excluyente, porque el populismo no puede ser totalmente incluyente (Ostiguy y Casullo, 2017). Como esperamos haber mostrado aquí, la condición de posibilidad de cualquier populismo reposa en la formación de un "nosotros-pueblo" a partir del establecimiento de una frontera político-discursiva que lo separa de un "otro-antipueblo". La exclusión discursiva de un "otro" es, por lo tanto, fundamental. La diferencia en todo caso no reside en si se excluye más o menos, sino en la dirección del antagonismo, o lo que hemos llamado "pegar para arriba" y "pegar para abajo." En el primer caso se excluye discursivamente a sectores que detentan poder económico, social y cultural; en el segundo, lo contrario.

Existe consenso en que en Sudamérica fueron más exitosos los populismos que eligieron "pegar hacia arriba" y en la zona del noratlántico lo fueron los que eligieron hacerlo hacia abajo, aunque los mitos populistas, los estilos políticos y las políticas públicas variaron de caso en caso. (Es necesario marcar que no existe determinismo histórico en estas trayectorias y se pueden hallar varios contraejemplos.[95]) Por un lado, es indudable que, como señala Filc, la herencia colonial continúa operando para Europa y los Estados Unidos como horizonte de sentido mítico para anclar imaginariamente un momento de grandeza pasado al que retornar; Sudamérica,

simplemente, carece de un pasado de supuesta gloria al cual volver. Pero hay otras razones más contemporáneas para explicar el auge de este tipo de liderazgos y movimientos. Volvemos al principio, es decir, a la condición fundante de la *pluralidad social* de la que hablaba Aristóteles. En contextos en los cuales aumenta la fragmentación y la pluralidad de puntos de identificación posibles, se vuelve más difícil fundar identidades políticas unívocas y la estrategia populista ofrece una vía efectiva para esto.

Los Estados Unidos y Europa viven también procesos de cambio social y multiplicación de clivajes identificatorios: de etnia, religiosos, regionales. (No es que estas identidades no estuvieran allí presentes, pero no estaban legitimadas como base posible de mitos políticos efectivos.) No es sorprendente que aparezcan nuevos tipos de partidos y liderazgos. Por su parte, el populismo se vuelve efectivo dentro de las sociedades latinoamericanas porque en ellas conviven principios de identificación de distinto tipo: de clase, étnicos, regionales, etarios, de género; sin embargo, las constantes crisis y los rápidos procesos de cambio económico, industrialización y desindustrialización, urbanización, aumento de la pobreza pero también momentos de crecimiento convierten estos clivajes en algo muy precario y fluido. Esta multiplicidad y fluidez ha dificultado la constitución de partidos fuertes de base clasista, por ejemplo. Por otra parte, históricamente la manera propia de la región de negociar estas identidades no ha sido la búsqueda de identificaciones exclusivas sino el *mestizaje*.[96] De ser así, podríamos concluir que Sudamérica está casi *condenada al populismo*.

No obstante, esto no significa que en la región sea imposible pensar en movimientos populistas de derecha exitosos; el triunfo de Jair Bolsonaro en Brasil demuestra lo contrario. La pregunta que surge, entonces, es cómo pueden estos movimientos combinar un discurso excluyente con un horizonte temporal orientado al futuro, una de las características propias de los movimientos populistas latinoamericanos (y que ya era parte del discurso modernizante de los populismos neoliberales de los años noventa, con su énfasis en la globalización y la integración al mundo). Para abordar estas cuestiones, en el próximo capítulo analizaremos un caso que, si bien no es un populismo de derecha, incorporó elementos populistas a su victoria: Mauricio Macri.

---

[74] Puede decirse que en Europa el populismo se ha expresado a través de *partidos*, mientras que en los Estados Unidos lo ha hecho a través de *liderazgos*.

[75] A principios de 2018, Marine Le Pen anunció que el FN cambiaría de nombre y pasaría a llamarse Rassemblement National (RN, Unión Nacional), como otro paso en su estrategia de poner distancia con las connotaciones divisivas del Front National. Sin embargo, como la mayoría de los ejemplos y

las citas mencionados en este capítulo se refieren a la campaña de 2017, seguiremos usando la sigla FN en este análisis.

[76] Renombrado como Vlaams Belang en 2004.

[77] Silvio Berlusconi, reconocido de forma unánime como uno de los "populistas neoliberales" de los años noventa (Weyland, 2001), gobernó Italia por un largo período sin que esto significara un cambio de régimen para la democracia italiana. Y en los Estados Unidos el populismo de derecha se remonta a George Wallace en la década del sesenta.

[78] El primer partido populista de derecha radical que integró un gobierno fue la Lega Nord (Liga del Norte), de Umberto Bossi, que en 1996 participó en la coalición de gobierno que llevó al poder a Silvio Berlusconi en Italia (Akkerman, 2017: 171).

[79] Orbán ya había gobernado Hungría entre 1998 y 2002.

[80] Es decir, tanto el Partido Socialdemócrata de Alemania como la Unión Socialdemócrata Alemana.

[81] Lo que suele llamarse "*welfare chauvinism*" o chauvinismo del Estado de bienestar.

[82] Seleccioné los casos de Donald Trump y Marine Le Pen para, en principio, contrastar un caso de los Estados Unidos y uno de Europa. La inclusión de Trump era casi obligatoria, dado que la democracia estadounidense es (en teoría) la más antigua y de mayor institucionalización; asimismo, cambios políticos en ese país impactan al resto del mundo. La variedad de ejemplos de partidos y líderes populistas en Europa hubiera admitido seleccionar otras experiencias; me interesaba, sin embargo, analizar a Marie Le Pen como manera de abarcar también la discusión sobre populismo de derecha y género, así como analizar la interacción entre partido preexistente y nuevo liderazgo.

[83] Incluidos los más experimentados, como Jeb Bush, hermano de George W. Bush y exgobernador de Florida.

[84] La promesa más emblemática de la campaña fue la construcción de un muro físico a lo largo de toda la frontera con México. A principios de 2019, Trump entró en conflicto con el Congreso al demandar fondos por 5 mil millones de dólares para su construcción.

[85] Trump señaló que el número de tropas podría alcanzar 15 000, es decir, potencialmente podría superar al del personal militar apostado en Afganistán, país en el cual los Estados Unidos están en guerra contra grupos insurgentes.

[86] Resulta difícil sintetizar la cantidad de políticas del gobierno de Trump que antagonizan con las minorías y poblaciones migrantes, pero ninguna es tan clara como la separación forzada, el secuestro y la entrega a familias norteamericanas sin aprobación de las madres o los padres de los hijos e hijas de las personas detenidas en la frontera estadounidense al pedir asilo o intentar ingresar de manera ilegal en el país, así como el establecimiento de campos de detención forzada para adultos y menores en la frontera. Varios cientos de niños y niñas fueron separados de sus adultos responsables, secuestrados por el Estado y dados en adopción mientras sus progenitores fueron deportados sumariamente; el Departamento de Seguridad Nacional sostiene que "no tiene rastros" de decenas de esos niños y niñas.

[87] "Mientras tanto, los partidos populistas de la derecha radical se han establecido en los sistemas de partidos europeos, con diferentes grados de éxito. Al tener mayor acceso al poder político, se han movido desde una posición de marginalidad a una en la que tienen el poder de chantajear a los partidos más grandes, y finalmente a tener una participación completa en los gobiernos nacionales y subnacionales" (Loch, 2017: 73; traducción propia).

[88] "Históricamente, la figura del líder carismático estaba asociada con el

arquetipo del Gran Hombre Conquistador; hasta cierto punto esto estaba tipificado por el líder iluminado, masculino, heroico, lleno de confianza 'con dones extraordinarios de cuerpo y alma', cuyos talentos de liderazgo son lo que se necesita en momentos de crisis y emergencia" (Meret y Siim, 2017; traducción propia).

[89] Podríamos incluir a Elisa Carrió en esta categoría, al menos como hipótesis. Su discurso es profundamente populista y moralizante (más que antagonizante). Podría decirse que es directamente maniqueo, ya que todos los conflictos se explicarían por una lucha moral, casi prepolítica, entre lo bueno y lo malo, lo puro y lo corrupto. Más aún, en el caso de Carrió la radicalización discursiva está marcada por su constante y repetitiva mención a la violencia política (dijo sobre el asesor presidencial Jaime Durán Barba: "Mátenlo, quiere que nadie diga lo que pasa"), que se presenta ya como profecía ("La Cámpora acumula armas para dar un autogolpe", afirmaba en 2011) o como evento apocalíptico que debe ser atravesado para llegar a la refundación ética (el "parto doloroso" o, como dijo en 2018, "este sufrimiento lo teníamos que pasar"). Nadie en el sistema político argentino habla tanto del dolor, el sufrimiento y la violencia política como ella. Asimismo, el carácter casi populista del liderazgo de Carrió está marcado por el hecho de que su juicio particular es presentado como el único criterio válido para separar lo moral de lo inmoral.

[90] Se refería a una ola de ataques a mujeres durante los disturbios que sucedieron en Colonia, Alemania, en la noche de año nuevo de 2015. Muchos comentaristas y la opinión pública en general culparon a hombres musulmanes migrantes y a refugiados de esos ataques, a pesar de que los perpetradores en su mayoría nunca fueron identificados.

[91] En febrero del 2017, Le Pen rechazó públicamente usar un pañuelo para cubrirse la cabeza mientras visitaba el Líbano.

[92] De hecho, Steve Bannon, quien fuera el último jefe de campaña de Trump y su asesor especial en temas de defensa, asesoró al Frente Nacional. Bannon también fue consultor en la campaña de Jair Bolsonaro en Brasil, según contó en un tuit el hijo del presidente brasileño.

[93] "Los populistas enfatizan la noción del pueblo en tanto *plebeyo*, por lo tanto permiten la integración política de los grupos sociales excluidos y, de tal manera, expanden las fronteras de la democracia. [...] El populismo excluyente expresa la manera en que ciertos grupos enfrentan la amenaza de la exclusión y consecuente disolución de su identidad y subjetividad mediante la exclusión de grupos más débiles" (Filc, 2015: 265; traducción propia).

[94] "La presente investigación intenta mostrar que el fenómeno del colonialismo ayuda a explicar la notable diferencia entre las expresiones del populismo en Europa Occidental y Latinoamérica. Aunque el colonialismo no puede explicar por sí solo todas las expresiones, sí puede decirse que el populismo inclusivo aparece sobre todo en países colonizados y el populismo excluyente, en países que fueron colonialistas" (Filc, 2015: 263; traducción propia).

[95] A pesar de que mayoritariamente los gobiernos "de salida" en Sudamérica fueron de izquierda, esto no fue así en todos los casos; en Colombia, por ejemplo, el gobierno de Álvaro Uribe estuvo mucho más cerca de constituir un populismo de derecha; en Perú, como señala Cameron (2011), aun presidentes que fueron elegidos con una promesa de virar a la izquierda, como Ollanta Humala, finalmente no lo hicieron.

[96] "Una parte de la fluidez y multiplicidad es el resultado del extendido mestizaje, o mezcla racional, que ha borrado las líneas entre diferentes grupos

étnicos o raciales y ha asegurado que la mayoría de los latinoamericanos tenga un linaje mixto. […] Muchos latinoamericanos de descendencia indígena total o parcial prefieren identificarse a sí mismos como mestizos. […] Partidos de base indígena que adopten una retórica excluyente corren el riesgo de alienarlos" (Madrid, 2008: 480; traducción propia).

5. Mauricio Macri: de popular a populista, ¿de populista a conservador?

> Vengo [al comedor comunitario de Margarita Barrientos, en la villa de Mataderos] como todos los años, desde hace once o doce años, antes de Navidad, y espero que siga siendo así, que nada cambie.
> **Mauricio Macri**, declaraciones recogidas por la televisión, 25 de diciembre de 2017

Una nueva era: la derecha votada

En 2015 sucedió algo verdaderamente novedoso en la Argentina: un partido de centroderecha ganó la presidencia por medios democráticos en elecciones limpias y libres. Por primera vez desde 1945, el presidente no sería un dirigente del partido radical ni del partido justicialista. Cambiemos, la coalición política hegemonizada por el partido Propuesta Republicana (PRO),[97] liderada por Mauricio Macri,[98] e integrada por la Unión Cívica Radical (UCR) como socio menor con peso territorial y por la Coalición Cívica como "timón moral", derrotó en el balotaje al peronista Daniel Scioli por dos puntos, a pesar de haber perdido en primera ronda por casi cuatro.

El triunfo de Cambiemos inauguró así una nueva era en la democracia argentina. Y esto no por la capacidad de derrotar al peronismo (el peronismo no tiene ninguna resistencia esencial a la derrota, como lo demostraron sus fracasos electorales en 1983 y 1999), sino porque por primera vez desde 1916 llegó a la presidencia de la nación una fuerza política que se reivindica públicamente como de derecha, cuyas caras visibles provienen en su mayoría de las familias más adineradas del país y que, sin embargo, es votada no solo por sectores de clase alta sino también por clases medias urbanas y por grupos en situación de pobreza urbana.

En principio, es necesario precisar qué significa el término "derecha" en este contexto. En el capítulo anterior lo utilizamos para calificar los

movimientos populistas que "pegan para abajo" y son nostálgicos, como en los casos de Donald Trump y Marine Le Pen. Se podrá objetar que Mauricio Macri no es ni Trump ni Le Pen, y sería una observación más que razonable. El discurso, la plataforma, hasta la estética de Cambiemos durante los ocho años de su campaña para derrotar al kirchnerismo abrevaron en dos fuentes principales: el liberalismo económico y político ("el salario no tiene que pagar impuesto a las ganancias", "hay que fortalecer las instituciones", "es necesario diálogo y consenso"), y el "pensamiento positivo" de autoayuda ("podemos vivir mejor", "sí, se puede", "no vas a perder nada de lo que ganaste"). El modelo de político al que aludían los referentes de Cambiemos era más cercano a Barack Obama y a Nelson Mandela que a Donald Trump; la visita de Obama al país a poco de haber asumido Macri fue festejada como un éxito de Estado y el gobierno expresó públicamente su predilección por Hillary Clinton en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos en 2016. ¿Por qué, entonces, hablar de Cambiemos en un libro dedicado a los populismos?

Para disminuir la confusión categorial, tal vez resulte adecuado clarificar que Cambiemos es menos una fuerza programáticamente de derecha que una expresión partidaria de la élite económica, social y cultural argentina. (O, en todo caso, dejar la pregunta sobre si "funciona" como una fuerza de derecha para más adelante.) Cuando decimos que Cambiemos es un partido de élite no lo estamos caracterizando por lo que hace (esto es, por sus políticas), sino en términos de la conformación social de su coalición de apoyo: de dónde provienen sus líderes, a qué sectores sociales representa, quiénes son sus votantes. Como punto de partida, y antes de decidir si "actúa" o no como un partido de derecha, puede afirmarse sin temor a equivocarse que los líderes de Cambiemos provienen de los estamentos más ricos de la Argentina, que muchos de los altos cargos políticos de su gobierno están ocupados por herederos y herederas de las mayores fortunas del país, y por personas que no habían participado en política antes de ingresar a PRO: la identidad de Cambiemos es menos ideológica que de pertenencia y aspiracional.[99] Cambiemos ha demostrado que no tiene un programa ideológico claramente enunciado que guíe su gobierno, y que puede combinar políticas consideradas de derecha (desregulación o privatizaciones, por ejemplo) con otras que no lo son (aumento de impuestos, subsidios a empresas de determinado sector, sostenimiento del gasto social); sí tiene, sin embargo, un *mito* fundacional muy fuerte en el que el causante del daño es siempre el populismo peronista y en donde el héroe es el *individuo* proveniente del mundo de las empresas.

Cuando el pueblo vota a la élite

Cambiemos capturó una gran mayoría de los votos de los sectores acomodados, una mayoría de los votos de clase media y una proporción menor de los votos de los más pobres (aunque logró los suficientes de estos segmentos para resultar ganador). Hoy puede parecernos natural, pero que un partido de esas características haya ganado es un hecho novedoso en la historia argentina.

El peronismo y el radicalismo, los partidos que dieron forma a la política nacional desde 1916 hasta 2015,[100] son policlasistas y sus líderes aún hoy provienen en su gran mayoría de las clases medias: muchos descendientes de inmigrantes, abogados o médicos, profesionales de egresados de la universidad pública. A diferencia de otros países latinoamericanos cuyos presidentes pertenecían casi indefectiblemente a las familias dueñas de las grandes fortunas nacionales, en la Argentina el hijo de un almacenero o la hija de un colectivero podían aspirar a la máxima magistratura con cierto grado de razonabilidad.

Una narración sintética y simplificada de la historia política argentina podría decir que entre 1880 y 1916 el país vivió bajo una democracia oligárquica, es decir, un régimen dominado por las clases terratenientes en el cual ellas mismas organizaban la competencia electoral según sus diferentes facciones. Sin embargo, esta democracia oligárquica no pudo sostenerse en el tiempo una vez que los sectores medios y populares surgidos del propio proceso de desarrollo capitalista impulsado por los sectores terratenientes comenzaron a demandar su inclusión dentro del juego político, hasta entonces restringido a las élites económicas y sociales. A diferencia de Uruguay, donde los mismos partidos del orden decimonónico negociaron y lograron la inclusión política de los sectores medios y populares, en la Argentina los viejos partidos oligárquicos nunca mostraron interés o capacidad de construir una opción competitiva electoralmente. Los partidos del orden conservador no se adaptaron a las reglas de la nueva democracia electoral de masas, y por casi un siglo carecieron de un partido propio con capacidad de ganar elecciones.

Pero los dos partidos surgidos de estos procesos de inclusión política (cada uno de ellos fue resistido por las élites en el momento de su hegemonía) resultaron partidos "contrahechos" para los modelos teóricos. Tanto la UCR como el peronismo nacieron como fuerzas movimientistas, policlasistas[101] y con claras tendencias a liderazgos personalistas, es decir, se configuraron como partidos populistas.[102] En las dirigencias de ambos partidos primaban los hijos de familias de clase media. Si revisamos el historial de los presidentes electos de la Argentina moderna, se pinta algo así como un cuadro costumbrista de

la clase media nacional: un hijo de inmigrantes vasco-franceses que no pudo concluir sus estudios de abogacía (Hipólito Yrigoyen); un hijo ilegítimo que accedió a la movilidad social ascendente gracias al empleo estatal en el Ejército (Juan Domingo Perón); un hijo de inmigrantes italianos (Arturo Frondizi); un médico de provincias (Arturo Illia); el hijo de un comerciante asturiano (Raúl Alfonsín), de un inmigrante sirio-libanés (Carlos Menem), de dos telegrafistas, uno de extracción croata y la otra chilena (Néstor Kirchner), y la hija de un chofer de colectivo (Cristina Fernández). Todos estos presidentes se graduaron (cuando lo hicieron) en universidades públicas, y los presidentes peronistas del orden democrático provinieron, además, de provincias periféricas. Durante todo el siglo XX y los primeros quince años del XXI, en la Argentina la política partidaria fue mayoritariamente una actividad de clase media y, si tenemos en cuenta la activa participación política sindical, también obrera.

Esto no significa, por supuesto, que la élite económica y social careciera de poder político entre 1916 y 2015. Antes bien, su capacidad de influir en el devenir de la República siempre fue enorme. Sin embargo, en las décadas anteriores al retorno de la democracia esta influencia no se manifestó mediante un partido político que defendiera orgánicamente sus intereses, como lo hace el Partido Conservador británico o el actual Partido Republicano estadounidense. Se expresaba mediante un conjunto de mecanismos que incluía a las Fuerzas Armadas (por eso llamadas “el partido militar”), los medios de comunicación, las cámaras empresarias, la Iglesia y la acción de “los mercados”.

Hasta 1983 la relación de los partidos establecidos con esta élite sin partido fue divergente. La construcción del adversario recayó en el peronismo, el hecho maldito, el responsable del ataque último contra el orden establecido de las cosas, la patología capaz de causar todos los males del país (hasta el gobierno de Carlos Menem quien, al decidir volcarse hacia la élite sin partido, se constituyó en un verdadero parteaguas en la historia política nacional). Aunque más amable, la relación de los notables sin partido con la UCR fue ambigua: si bien por momentos actuaron como aliados en pos del común objetivo de disciplinar (o eliminar) al peronismo, tampoco los presidentes radicales Frondizi e Illia pudieron escapar al destino de que su mandato se viera interrumpido por un golpe de Estado apoyado por los sectores propietarios. Si bien nunca se propuso como un partido antiélite, la dirigencia de la UCR solía defender una paleta de políticas de orientación estatista, centrada en la defensa y la expansión de la educación y la salud públicas y basada en la idea de que la política es una actividad que solo compete a políticos profesionales, que viven al mismo tiempo *de* la política y *para* la

política. A pesar de todos sus enfrentamientos, en su origen de clase media, su socialización política ligada al mundo del trabajo y de la universidad pública y su compromiso constante con la tarea política, los dirigentes peronistas y los radicales se parecían más de lo que ellos imaginaban. Esto se transformó con el ascenso de Cambiemos, que marcó la entrada a la política electoral de un sector de la élite económica. Con ella, llegó no solo un cambio de discurso, sino de *ethos* político.

Mauricio Macri, del liberalismo al populismo, y del populismo al conservadurismo

Mauricio Macri nació en 1959. Como he hecho con otros líderes políticos, vale la pena repasar su historia personal, ya que en ella pueden encontrarse puntos de anclaje para el discurso mítico, material bruto que será recogido y legitimado luego en los discursos políticos. En el caso de Macri, como en el de Donald Trump, su historia resulta muy adecuada para construir sobre ella un relato que legitime su excepcionalidad populista como "empresario exitoso". De manera aparentemente paradójica, uno de los atributos que hizo posible el uso político de esa imagen es el hecho de que Macri (al igual que Trump) haya sido una clase especial o atípica de empresario en verdad *no muy exitoso*.

Macri no llegó a ser multimillonario por haber patentado una tecnología o innovado en procesos industriales, sino por ser heredero de una de las grandes fortunas de la Argentina.[103] Su padre, Franco Macri, emigró desde Italia en 1948.[104] No pudo terminar sus estudios de ingeniería y se dedicó a la construcción. Pronto se especializó como subcontratista de planes de vivienda y obra pública estatal y comenzó con los primeros planes masivos de vivienda social del primer peronismo. Franco Macri se casó con la hija de una familia terrateniente, Alicia Blanco Villegas, y ligó así su familia con la élite tradicional argentina, a la que él no pertenecía.

Mauricio Macri se educó en uno de los colegios católicos más tradicionales al que asisten las familias de la élite, el Cardenal Newman. Su paso por ese colegio secundario parece haber sido especialmente relevante para su biografía, ya que allí construyó una red de amigos que lo acompañaría en su vida profesional: varios de sus colaboradores más cercanos son compañeros de escuela o egresados del Newman. Se graduó de ingeniero en la Universidad Católica Argentina (es el primer presidente electo democráticamente que es egresado de una universidad privada.)[105] Luego, Macri se

incorporó como ejecutivo a Socma, el grupo empresarial de su padre, donde manejó varias unidades empresarias, sobre todo la automotriz Sevel. Sin embargo, su trayectoria en los negocios no parece haber sido especialmente relevante y de hecho no fue el punto de partida para su carrera política.

En 1991, su secuestro extorsivo por una banda integrada por expolicías lo convirtió en una figura conocida para el gran público. Mauricio Macri declaró varias veces públicamente que fue durante su cautiverio cuando decidió volcarse a la política. Como Donald Trump y Silvio Berlusconi, fue la cultura popular la arena que le permitió dar ese salto. En 1995, Macri fue elegido presidente del club de fútbol Boca Juniors. Macri ganó popularidad gracias a los títulos logrados durante sus años de gestión. El fútbol y su desempeño cómodo y descontracturado en los medios masivos fueron esmerilando la imagen de persona de la alta sociedad (lo que coloquialmente en la Argentina se denomina "cheto"), que era una barrera importante a sus aspiraciones políticas.

La crisis de 2001 y el cuasi derrumbe del sistema de partidos que le siguió conformaron la coyuntura crítica que permitió la entrada al juego grande de la política a varios *outsiders*: Adolfo Rodríguez Saá, Elisa Carrió, el propio Néstor Kirchner[106] dentro del peronismo, y Mauricio Macri por fuera de él.

Una vez que Macri expresó sus ambiciones políticas, la pregunta fue en qué espacio desarrollarlas. Fue tentado por Ramón Puerta y otros dirigentes cercanos al menemismo para competir por una diputación (por Capital Federal o tal vez por Misiones) dentro del PJ. Macri, sin embargo, decidió apostar a conformar un nuevo partido político. Tal como cuenta *Mundo PRO*, en el inicio mismo de lo que luego sería el partido, se sentaron ciertas líneas fundamentales que se mantienen hoy en su funcionamiento en la presidencia. PRO combinó en su origen militantes y protodirigentes de tres universos sociales distintos: políticos profesionales provenientes de la UCR y del PJ, sobre todo de la ciudad de Buenos Aires, expulsados de sus espacios partidarios ya sea por el derrumbe del delarruismo posterior a 2001 (como Alfonso Prat Gay, Hernán Lombardi y Darío Lopérfido) o por el cambio de manos de la hegemonía interna del PJ desde el menemismo hacia el kirchnerismo (Diego Guelar, Cristian Ritondo, Horacio Rodríguez Larreta); personas provenientes de organizaciones de la sociedad civil, varias de ellas ligadas a la Iglesia católica (Gabriela Michetti, María Eugenia Vidal, Laura Alonso), y un núcleo de dirigentes del mundo empresario argentino, muchos de ellos vinculados a Macri por lazos familiares, por ser amigos de la infancia o por haber compartido con él los años de colegio en el Cardenal Newman (Marcos Peña, Guillermo Dietrich, Luis Caputo, Gustavo Lopetegui, Mario Quintana,

Miguel Braun).[107]

En 2003, Macri perdió en segunda ronda la elección para jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires; en 2006 Aníbal Ibarra, quien ocupaba entonces ese cargo, fue sometido a juicio político por la Legislatura tras el trágico incendio sucedido durante un recital del grupo de rock Callejeros en el local República Cromañón. En las elecciones de 2007, Macri fue elegido jefe de Gobierno de la CABA en segunda ronda. En 2015 ganó, también en segunda ronda, la elección presidencial por 51% a 48% y Cambiemos obtuvo un muy buen resultado en las elecciones legislativas de medio término de 2017. En una elección que se juega provincia por provincia, el oficialismo obtuvo el 42% en todo el país, ganó en provincias donde había sido derrotado en 2015, aumentó la cantidad de bancas tanto de diputados como de senadores y, lo más importante, derrotó en la provincia de Buenos Aires nada más y nada menos que a la expresidenta Cristina Fernández. Con estos datos, Macri parecía encaminarse hacia 2019 con un buen pronóstico de reelección. Durante 2018, sin embargo, la mala performance económica del país (que incluyó una devaluación que llevó el dólar de 20 a 39 pesos, tasas financieras del 60%, derrumbe de la producción industrial y un leve aumento del desempleo) provocó una brusca caída del gobierno en las encuestas. El impacto sobre la imagen del presidente fue fuerte: en las mediciones de octubre de 2018 su valoración positiva oscilaba entre el 28 y el 35%. Su reelección, que parecía segura en diciembre de 2017, pasó a depender del rumbo de la economía y del resultado de unas elecciones que serían más disputadas de lo que Cambiemos pensaba.

La evolución del discurso de Macri: del futuro al pasado

La inclusión de Mauricio Macri en un libro sobre liderazgo populista podría parecer una falla de clasificación, ya que el actual presidente gusta de criticar al populismo cada vez que habla, y se mueve en un campo semántico que contrapone populismo, irracionalidad y locura con seriedad, confiabilidad y meritocracia. Así, en un discurso pronunciado en el Foro de Davos a fines de enero de 2018, Macri enfatizó que, gracias a su gobierno, "la Argentina dejó atrás su experimento populista y logró un consenso político en torno a una agenda de reforma". Pero la cuestión no se agota en tan tajante enunciado.

Por un lado, es cierto que como político Macri expresa una continuidad con el pensamiento de derecha liberal en la Argentina, que rechaza totalmente la tradición populista. Sin embargo, su éxito

político no habría sido posible sin una ruptura con esa misma tradición. Sabemos que esta polémica afirmación sería rechazada por la mayoría de los dirigentes de Cambiemos, no obstante, sostenemos que hay elementos para pensar que su triunfo en las urnas solo fue posible porque en el transcurso de su larga campaña logró romper con la tradición liberal y por eso mismo absorber y utilizar una dosis no desdeñable de populismo.

Ya en 2012 estaba claro que alguien con el perfil de Macri tenía que darse un baño de populismo para llegar a la presidencia. En un trabajo publicado ese mismo año postulamos una premisa simple: a pesar de su situación dominante en los campos de la economía, la sociedad y la cultura, los sectores políticos liberales no tuvieron hasta 1983 la capacidad o la intención de construir lazos con lo popular.[108]

Este lazo con lo popular no necesariamente tendría que ser populista; en toda América Latina abundan ejemplos de políticos que construyeron y sostuvieron apoyos fuertes en las masas de manera personalista sobre la base de su carisma, o porque representaban a una determinada región, o provenían de una familia tradicional, o por haber construido fuertes redes de patronazgo o clientelismo con "clientelas" populares. Se puede ser popular sin ser populista, pero en la Argentina lo popular está fuertemente imbuido del espíritu antagonista, híbrido, "maleducado", plebeyo, que se asocia con el populismo. La cultura política popular tiene componentes populistas no solo desde el gobierno de Juan Domingo Perón, sino desde mucho antes, al menos, desde los tiempos de Rosas. Es decir, y para anunciarlo de una manera sintética, es difícil conquistar la imaginación popular sin pelearse con alguien, sin mostrar, como dice Pierre Ostiguy (2009), "que uno tiene huevos" en el ámbito político.

Los políticos argentinos liberales, aun los más exitosos como Álvaro Alsogaray, Domingo Cavallo y Ricardo López Murphy, sostuvieron una imagen y un discurso anclados en el cuadrante que podríamos llamar "liberal-tecnocrático", como muestra el cuadro que sigue. Este estilo político se caracteriza por proponer un criterio de legitimidad basado en el saber formal, la acumulación de pergaminos, sobre todo en instituciones extranjeras, y el rechazo a "la política" en sentido amplio por ser fuente de irracionalidad. También es fundamental en este discurso "dar malas noticias" económicas con la valentía y franqueza que otorga, justamente, "no hacer populismo" ni demagogia fácil. Sus representantes exponen casi con fruición la necesidad de que amplios sectores de la población sacrifiquen calidad de vida e ingresos en el corto plazo para alcanzar una mejoría en el futuro. Este, y no otro, es el núcleo del discurso liberal: economistas o ingenieros de gesto adusto diciendo "Hay que pasar el invierno" o anunciando por televisión paquetes con grandes recortes de fondos para la salud y la

educación.

Cuadro 5.1.

[illegible]		
[illegible]		
[illegible]		
[illegible] el invierno”		

Fuente: Casullo (2012: 53).

El caso es, sin embargo, que estas figuras más clásicamente liberales tenían un claro techo electoral. Aunque no puede minimizarse la base de apoyo que existe en la sociedad argentina, desde 1983 en adelante, a un proyecto que combine achicamiento del Estado, su uso para mantener las distancias “adecuadas” entre las clases sociales y la desregulación proempresa,[109] su techo electoral quedó siempre demasiado lejos del piso de la elegibilidad.

Como mencionamos antes, el punto de quiebre y el inicio del aprendizaje electoral de los sectores liberales se produjo con el viraje proempresa del gobierno de Carlos Menem, quien demostró que “una derecha neoliberal debe tener algún tipo de anclaje y llegada a lo popular, y debe garantizar un mínimo de inclusividad dentro de su coalición política y su discurso” (Casullo, 2012: 52). Menem garantizaba esta llegada al cuadrante de “lo bajo” de la política con su estilo personal ostentoso, su cercanía con *vedettes* y modelos, su ausencia de culpa por participar de rituales deportivos y televisivos y con un discurso que enfatizaba la entrada a la modernidad a través de la lucha contra el pasado estatista de la Argentina.

Durante los diez años de gobierno menemista existió una división de tareas: la élite empresarial y tecnocrática diseñaba las políticas públicas y hacía negocios con las privatizaciones, mientras el PJ (su anterior némesis) ganaba las elecciones y conseguía los apoyos legislativos necesarios. Esta fórmula se rompió con el ascenso de los Kirchner dentro del PJ y la hegemonía kirchnerista dentro del peronismo obturó la posibilidad de reeditar la alianza populismo electoral/gobernanza liberal que resultó tan durable bajo el menemismo.

En ese contexto es que Mauricio Macri decidió lanzarse al ruedo de la política sin mediaciones. Y lo hizo muy bien. Nacido y criado en “lo alto” de la sociedad, demostró una gran decisión y un muy buen manejo de algunas imágenes, vocabulario y retórica corporal propios del mundo de lo “bajo” de la política argentina. Cambiemos fue sin duda muy exitoso, no en volverse totalmente populista (sería una

exageración sostener esto), pero sí en avanzar desde un discurso tecnocrático liberal basado en los diplomas, que enuncia la obligación del sacrificio perpetuo y se legitima en saberes técnicos, hacia un mito narrativo que planteó con claridad un adversario moralmente repugnante (el kirchnerismo), un nosotros inclusivo (los argentinos que trabajan y no "viven de un plan social"), un daño sufrido en el pasado (la corrupción kirchnerista y los setenta años perdidos por el populismo) y un horizonte de redención en el futuro (expresado en el nombre de la alianza electoral, "Cambiemos").

Es esta estrategia "populística", ya que no populista, la que puede explicar su éxito electoral. Sin embargo, también resulta clara la reversión de este proceso desde 2016 hasta fines de 2018. El discurso que Mauricio Macri construyó laboriosamente durante ocho años para un futuro mejor, pleno de consumos gratificantes, realización personal y sin la tensión política constante generada por el antagonismo kirchnerista, fue mutando de forma progresiva hacia un mito del cual desapareció el futuro, reemplazado por diatribas moralizantes que explican a la sociedad que debe consumir menos, usar menos energía y calefacción, trabajar más, no tomarse días feriados, y asumir los sacrificios necesarios. Es decir, el discurso macrista revirtió prácticamente la matriz conservadora clásica argentina.

De 2007 a 2012: la construcción de "Mauricio"

El inicio del ascenso político de Mauricio Macri se produjo en 2007, ya que ese año arrasó en el balotaje por 22 puntos de diferencia sobre el kirchnerista Daniel Filmus y ganó la jefatura de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires. Durante la campaña en la ciudad, PRO estableció ciertos temas estilísticos y discursivos que se mantendrían inconmovibles en el camino hacia la elección presidencial de 2015; en este sentido, PRO primero y luego Cambiemos demostraron una disciplina y consistencia en el manejo del discurso y de la imagen verdaderamente desconocidas hasta ese momento en el ámbito de la política argentina.

Es usual hacer responsable de esta consistencia al consultor político ecuatoriano Jaime Durán Barba, quien acompaña a Macri desde el primer momento de su campaña. Durán Barba se hizo famoso por postular que el nuevo sujeto político actual es alguien desideologizado y que decide su voto por emociones y deseos aspiracionales. Sobre esa base, sostiene que los candidatos deben proyectar cercanía y empatía personal, convertirse en la encarnación de un ideal aspiracional y dejar de lado la ideología y la discusión de política pública. Sin duda,

Durán Barba interpretó elementos de la época de manera eficaz; sin embargo, un rasgo notable del macrismo es la humildad con que sus integrantes entienden la comunicación política. La completa unidad y consonancia en el mensaje y la capacidad de respuesta rápida y uniforme a las mediciones continuas de la opinión pública han sido fortalezas remarcables del macrismo. Desde 2007 hasta 2015, la profesionalización del discurso de Cambiemos fue absoluta, desde la comunicación de Mauricio Macri hasta los afiches del último concejal del país.

En la creación de un Macri cercano y familiar se pueden recuperar dos imágenes y momentos, ambos de 2010. El primero fue la decisión del ingeniero de afeitarse el bigote, que lo unía estilísticamente a la vieja política del comité radical, por un lado, y a la tradición castrense, por el otro. El segundo fue su casamiento con la exmodelo, diseñadora y empresaria Juliana Awada, y el posterior nacimiento de su hija Antonia. En la nota del diario *Clarín* que da cuenta de su casamiento, aparece ya la fusión de dos temas recurrentes en la producción de empatía con el futuro presidente: su felicidad familiar, sus amigos ("la banda con la que come asados los fines de semana") y su pasión por el fútbol (la tarde de su casamiento, señala la nota, el entonces jefe de Gobierno miró el partido entre Boca y River).

En estos primeros años, el mayor desafío del discurso de Macri fue revertir el *frame* en el que Néstor Kirchner había intentado encuadrarlo: "Mauricio es Macri". En esa época el esfuerzo discursivo se concentró en presentar a la ciudadanía a la misma persona de su líder bajo otra luz. Se trataba de humanizar a "Macri" —el primogénito y heredero de una de las mayores fortunas de la Argentina, conocido contratista del Estado, acusado de contrabando, dos veces divorciado, la última de ellas con cierto escándalo— hasta transformarlo en "Mauricio": el esposo de una mujer encantadora, devoto padre de una hija hermosa, varón argentino común que disfruta del fútbol, los amigos y el asado, gestor descontracturado de los asuntos públicos, reclutador de equipos de trabajo. Podríamos decir que fue un intento de volverlo *popular* sin hacerlo *populista*, es decir, reforzar su conexión con el mundo de lo popular, desideologizando sin embargo, su discurso público.

Los temas de estos primeros años podrían resumirse en tres conceptos fuerza: cercanía, calidez y gestión, sintetizados en dos frases repetidas como mantras: "somos la nueva política" y "el mejor equipo de los últimos cincuenta años". Frente a un kirchnerismo que planteaba un mito crecientemente antagonista usando cada vez con más dureza conceptos como "pueblo", "justicia" y "derechos", el macrismo ofrecía una visión radicalmente distinta de la política: no ya un enfrentamiento moral, sino una actividad más mundana en que

personas con idoneidad técnica debían concentrarse en resolver problemas, sin perdedores ni ganadores. En los años originales del “mundo PRO” la política se imaginaba como una opción de servicio “al vecino” pero, sin el componente de autosacrificio que hasta entonces planteaban tanto el peronismo como el “viejo” radicalismo. La política imaginada como un trabajo, algo que se realiza de 9 a 17 para luego volver al mundo “de la felicidad verdadera” (como dijo una vez Federico Sturzenegger), que es la esfera privada y familiar. El discurso de la configuración de un mundo de cercanía y buen vivir, sin la dimensión épica del mito.

De 2013 a 2015: de “Mauricio” a presidente Macri

La construcción del “Mauricio” que disfruta de los mismos placeres módicos de cualquier argentino promedio (su familia, los asados con “la banda de amigos”, el fútbol, armar rompecabezas con su hijita) le permitió a PRO cimentar los lazos de empatía y cercanía con sus futuros votantes y dejar atrás la imagen clásica del rígido político liberal en la Argentina. Sin embargo, la estrategia discursiva y política del entonces PRO sufriría una transformación profunda luego de 2011, al plantear un enfrentamiento frente a frente con el kirchnerismo. Esta es la fase en que se avanza del Macri popular al Macri populista.

Los frontera que separó los dos campos enfrentados de la política argentina fue redibujada de manera súbita y tajante con la llamada “crisis del campo”, que se inició con la firma de la Resolución 125 a través de la cual el Ministerio de Economía (conducido en ese momento por Martín Lousteau, luego aliado de Cambiemos) fijaba una nueva escala móvil de retenciones a la exportación de soja y cereales. Todas las organizaciones representantes de entidades agrícolas, desde la Federación Agraria hasta la Sociedad Rural, se levantaron en contra de la medida. La denominada “Mesa de Enlace” de organizaciones agrarias convocó a cortes de ruta en las provincias del centro agrícola. Los “piquetes del campo” se extendieron por semanas. En la ciudad de Buenos Aires se realizaron varios cacerolazos masivos, que ayudaron a convocar los multimedios *Clarín* y *La Nación*. El gobierno de Cristina Fernández reaccionó con lentitud de reflejos a una crisis política que no había planificado, y finalmente envió un proyecto de ley al Congreso. Ante la reacción de la ciudadanía, y luego de meses de *lockout* de las patronales del campo, cacerolazos, cortes de ruta y una agudización de la suba de precios de los alimentos, el “voto no positivo” del vicepresidente Julio Cobos en el Senado le generó al kirchnerismo su primera y contundente derrota. En 2009, fue vencido

en las urnas por primera vez. Ese año se lanzó la campaña presidencial de Macri.

Como dijimos en el capítulo 3, para el kirchnerismo la crisis del campo marcó el momento en que la frontera del conflicto se desplazó del "afuera" (el FMI, el proyecto del ALCA motorizado por el gobierno de George W. Bush) al "adentro" del país. Por primera vez desde 2003 había un sector social y político del país que se mostraba explícitamente antikirchnerista y que tenía espacio político para ello. Macri leyó muy bien la posibilidad que dio esa coyuntura de ser la figura que encarnara la oposición frontal al kirchnerismo como parte de la nueva política. A partir de ese momento, su discurso se tornó abiertamente opositor y antagonista. A partir de 2009 la identidad política del macrismo incorporó una opción épica y moralizante: el proyecto político de *eliminar al populismo kirchnerista del sistema político argentino*.

En 2010, y ya francamente lanzado a su proyecto presidencial, Mauricio Macri pronunció una frase que en su momento causó revuelo:

> Esta vez nos toca. Este tren que hemos dejado pasar tantas veces y que hoy nuevamente está en la estación de la Argentina para que nos subamos… Nos vamos a subir, aunque tengamos que tirar por la ventana a Kirchner porque no lo aguantamos más.

En esa frase condensa dos temas que serán una constante en su discurso: primero, la idea de que el populismo es un factor anómalo o patológico que ha impedido e impide el "normal" desarrollo del país hacia la modernidad global. (Esta retórica es habitual en la historia argentina y forma parte de la "teoría de la modernización genérica" que se reconstruyó en el primer capítulo.) En este discurso, el efecto nocivo del populismo ha sido tan grave (la Argentina no perdió un tren, sino varios) que justifica la personificación ("los Kirchner") y el uso de una imagen discursiva violenta ("tirarlos por la ventana"). Hasta aquí podríamos decir que despliega una continuidad del discurso contra el peronismo; sin embargo, en esas mismas declaraciones Macri realiza una segunda operación discursiva más original e interesante, que es la combinación de esa retórica antagonizante con una metodología política aparentemente contradictoria: el diálogo y el consenso.[110]

Porque la frase anterior iba acompañada de esta: "El futuro no pasa por la confrontación, el rencor, la agresión y la división que plantea el kirchnerismo desde el día cero". Así, queda expuesta esta aparente dicotomía: el "tirar por la ventana a los Kirchner" combinado con el

rechazo a la confrontación y responsabilizar al kirchnerismo de la propia división entre los argentinos, que se reconoce y hasta refuerza. De manera implícita, ya en 2010 quedó planteada la promesa que se expresaría en la campaña presidencial de 2015: una vez que Cambiemos lograse el apoyo social suficiente para sacar del juego político al "confrontativo" kirchnerismo, advendría una nueva era política de consenso, unidad y armonía.

Cuadro 5.2.

Mauricio Macri	
[illegible]	
[illegible]	
[illegible] el redentor Presidente exitoso de Boca Padre y esposo con felicidad doméstica	
[illegible] "Formar equipos" "Enorme vocación de servicio" "Buena gente"	

Cuadro 5.3.

[illegible]	
[illegible]	
[illegible] ("instituciones")	
[illegible]	
[illegible]	
Mirada de [illegible] plazo	
[illegible] "aunque duela"	
[illegible] (corrupción)	
[illegible]	
[illegible]	
[illegible]	
Significante "[illegible]"	

Desde 2012 hasta 2015, el discurso de Macri mantuvo las grandes líneas: vale la pena repetir que la consistencia y la disciplina discursiva de Cambiemos (que a veces, equivocadamente, se llama "comunicacional") fueron una de sus mayores fortalezas. PRO primero y luego Cambiemos construyeron discursivamente una serie de atributos negativos para el kirchnerismo, y una serie de atributos positivos para la propia fuerza que se despliegan como una imagen en negativo de todo lo anterior.

En la raíz de la continuidad discursiva se encuentra la dualidad que marcamos en los párrafos anteriores: la construcción de una apelación al votante que combina una fuerte condena moral al adversario con una promesa, paradójica, de menor confrontación, de armonía y de alegría.

Esta doble promesa no podría haber logrado su eficacia sin el desdoblamiento, en la práctica, de los enunciadores del macrismo. A diferencia del kirchnerismo, que como todo populismo de izquierda latinoamericano siempre tuvo solo una voz performativamente autorizada, el macrismo multiplicó (por así decirlo) sus voceros. Los mensajes antagonistas o negativos quedaron muchas veces a cargo de figuras secundarias, pero con mucho manejo mediático, sobre todo la diputada Elisa Carrió, o periodistas de los medios en franca alineación con el proyecto presidencial. Mauricio Macri, la candidata a vicepresidenta Gabriela Michetti y, sobre todo, la candidata a gobernadora María Eugenia Vidal se concentraron, en la última fase de la campaña presidencial, en desplegar un discurso positivo que, incluso, prometió continuar o recuperar aquellas políticas públicas del kirchnerismo que gozaban de valoración positiva de la ciudadanía.

Todo esto habla de la disciplina discursiva de Cambiemos y del cuidado estratégico de su mensaje: el eficaz equilibrio logrado para rechazar al kirchnerismo de plano, junto con la promesa de mantener varias de sus políticas públicas. Dos ejemplos discursivos se destacan. El primero es un *spot* televisivo en el que María Eugenia Vidal, candidata a gobernadora en la provincia de Buenos Aires, prometía a los votantes: "No vas a perder nada de lo que ya tenés. No te vamos a dejar solo". El segundo es el discurso de Macri en el festejo por la victoria del candidato de PRO Horacio Rodríguez Larreta en la elección a jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires. En ese acto televisado en todo el ámbito nacional, Macri prometió explícitamente la continuidad de cuatro políticas centrales del kirchnerismo: la propiedad estatal de YPF y de Aerolíneas Argentinas, la política de subsidio universal a la infancia conocida como "Asignación Universal por Hijo", y que las jubilaciones seguirían exclusivamente en manos de la Administración Nacional de la Seguridad Social (Anses). La promesa implícita era un futuro venturoso de consenso, diálogo, capacidad tecnocrática y mantenimiento de lo bueno rechazando lo malo.

Mauricio Macri presidente: de 2016 en adelante

Tal vez la mejor síntesis de la formación discursiva que tan buen resultados le dio a Cambiemos en 2015 fue el eslogan "Cambiemos pasado por futuro". La imagen de la coalición quedó así fuertemente ligada a connotaciones positivas: cambio, futuro, modernidad, consenso, alegría, familia, servicio. Estos atributos se combinaban con una dimensión actitudinal clave: la idea de que la política no debía

estar ligada al sufrimiento ni al sacrificio, sino que podía ser una actividad descontracturada, que no eliminara ni oprimiera la "verdadera felicidad" de las personas, que es el ámbito familiar y privado. Sin embargo, una vez en el gobierno, al macrismo le fue cada vez más difícil mantener esta línea discursiva.

Sin embargo, un estudio atento de los discursos de Macri desde el acto de asunción el 10 de diciembre de 2015 pone de manifiesto una deriva semántica que podríamos denominar "la progresiva *desaparición del horizonte de futuro*" del discurso presidencial. Así, el anclaje en un horizonte venturoso y en una visión de la política como una mera "solucionadora de problemas" que no debe "molestar" a la gente fue reemplazado por dos ideas complementarias: primero, la necesidad moral de la mayoría de reducir grados de bienestar que serían inauténticos o "populistas" y, segundo, la progresiva aparición de una visión nostálgica de un orden social pasado, que habría sido corrompido o alterado por el populismo.

El discurso de Cambiemos en sus primeros dos años de gobierno reforzó una de las dimensiones del mito populista: la antagonización en términos morales con un adversario personalizado a quien se acusa de ser responsable del daño al pueblo. Este adversario corrupto en términos morales es el kirchnerismo. Una y otra vez el macrismo se refiere al kirchnerismo en su discurso con términos cargados moralmente: prepotencia, enfrentamiento, corrupción. El kirchnerismo no es denotado solo como un partido político errado en su programa o ideología, sino como una experiencia ilegítima que hay que dejar atrás de manera total y completa. Se traza así una frontera entre los adversarios que compiten políticamente y son aceptados para hacerlo, y aquellos que "ponen palos en la rueda" (frase dicha, entre otras veces, en marzo de 2017). El kirchnerismo es un "experimento populista" que debe ser "dejado atrás" de manera total (Foro de Davos, enero de 2018).

La dimensión antagonista del mito se amplía; sin embargo, la dimensión redentora del mito macrista se va desperfilando con el paso el tiempo. El horizonte de futuro fue un tema recurrente en el discurso de asunción de mando, encarnado sobre todo en el tema de la pobreza cero, pero no solo allí:

> La mayoría de los argentinos que votó por nuestra propuesta lo hizo basada en tres ideas centrales. Ellas son: pobreza cero, derrotar el narcotráfico y unir a los argentinos. Hablar de pobreza cero es hablar de un horizonte, de la meta que da sentido a nuestras acciones. Nuestra prioridad será lograr un país donde cada día haya más igualdad de oportunidades, en el que no haya argentinos que pasen hambre, en el que todos

> tengamos la libertad de elegir dónde vivir y desarrollar nuestros sueños.

Se encuentran aquí temas que el PRO y luego Cambiemos desarrollaron por años: la unión de los argentinos, el horizonte y el bienestar definido como elección personal y desarrollo “de los sueños”, antes que un proyecto colectivo de tono épico. En este discurso, el nuevo presidente además prometió: “Quiero darles una vez más la confirmación de que vamos a cuidar a todos. El Estado va a estar donde sea necesario para cada argentino, en especial para los que menos tienen”. Es decir, dio voz a una preocupación en un marco de calidez para con “los que menos tienen” dentro de un horizonte de avance gradual pero seguro hacia un futuro que sería, sin duda, mejor que lo ya existente.

Sin embargo, este eje discursivo ha sido progresivamente desplazado por otros dos. El primero es la invocación cada vez más frecuente a la necesidad de que grupos de clase media o trabajadores abandonen privilegios o beneficios otorgados demagógica pero irresponsablemente por el populismo. El comentario de Macri acerca de la necesidad de pagar más cara la energía domiciliaria, que fuera subvencionada por el Estado kirchnerista, es un ejemplo claro: “Si están en sus casas en remera y en patas, es porque están consumiendo energía de más”. Esta dirección del discurso se volvió más notable luego de que Cambiemos ganara las elecciones legislativas de octubre de 2017. El 30 de octubre Macri afirmó: “Tenemos que avanzar en reformas donde cada uno ceda un poco” y prometió “austeridad”.

La “austeridad” toma así rasgos morales. No es solamente “apretarse el cinturón” en función de un objetivo de políticas públicas, sino que equivale a renunciar a aquello que “no corresponde”. En muchos casos, esa renuncia ya no se hace para avanzar hacia un futuro mejor, sino al revés: aparece la idea de volver hacia un orden más natural que se perdió, un orden en el que se respetaban ciertas jerarquías de autoridad.[111]

Esto genera, además, otro cambio notable. La política, que se imaginaba como una actividad relajada, positiva, sin tonos altisonantes, se transforma cada vez más en el tipo de proyecto épico que antes se rechazaba. En enero de 2018, Mauricio Macri utilizó una imagen profundamente populista, la del cambio cultural:

> Por eso hace tiempo que les hablo que lo que nos hemos comprometido a hacer juntos es mucho más que un cambio económico, es un cambio cultural. Y también, detrás de eso, la necesidad de cambiar la cultura del poder en la Argentina; me refiero a esa cultura mezquina que no nos permite

> construir un rumbo compartido, porque siempre miran los intereses individuales en lugar de ceder algo para que gane el conjunto. Lo que les dije hace algunos meses atrás en el CCK, que todos tenemos que ceder algo en función del conjunto, porque el conjunto somos todos.

Así, el adversario discursivo del macrismo ha dejado de ser el kirchnerismo para pasar a ser la sociedad toda, o al menos aquellos grupos sociales que no comprenden las transformaciones necesarias y no son capaces de asumir los sacrificios que se demandan. Sacrificios, sin embargo, cuyo propósito nunca queda bien expresado. Antes bien, en el discurso de Cambiemos de 2017 y, sobre todo, de 2018, el sacrificio termina transformándose casi en un fin en sí mismo: usar la calefacción dentro del hogar es un comportamiento derrochón,[112] las leyes sindicales o laborales constituyen "privilegios", es necesario que los trabajadores se acostumbren a trabajar "los fines de semana". Nunca queda explicitado de qué manera y en qué horizonte temporal ese sacrificio presente se traducirá en una mejora de las condiciones de vida para las mayorías.

En mayo y junio de 2018, a medida que la crisis económica y cambiaria se profundizaba, el gobierno anunció su intención de solicitar un préstamo al FMI; como siempre sucede en estos casos, la contraparte exigida resulta un catálogo de ajustes y mayores sacrificios aún: reforma de la fórmula de cálculo de actualización de las jubilaciones, despidos, nuevos aumentos de tarifas, aumento de impuestos, aceptación del cierre de pequeñas empresas.[113] Es decir, el futuro venturoso que prometía Cambiemos se aleja más y más en el horizonte, en franca contradicción con el contrato político original entre esa fuerza y sus votantes.

El discurso de Cambiemos de cara a la campaña presidencial de 2019

¿Cuáles pueden ser las consecuencias de estos cambios discursivos? Una de las ideas principales que intentamos transmitir es que el populismo *funciona* electoralmente. Más aún, nos parece crucial comprender que el populismo funciona porque es una manera efectiva de construir identidades políticas en países con cambios demográficos y sociales, con una erosión de las identidades partidarias programáticas de derecha e izquierda y con el derrumbe de los partidos tradicionales, como sucedió en la Argentina. Si un número

creciente de líderes políticos elige estrategias populistas —es decir, un discurso mítico y antagonista combinado con liderazgo personalista— es porque alguna racionalidad política tienen.

Una de las principales ventajas de la estrategia discursiva populista es que es flexible; a diferencia de las ideologías clásicas, la frontera que separa el nosotros del otro no es objetiva, sino discursivamente determinada y, por lo tanto, variable: un sector social que durante un tiempo fue un socio del gobierno puede pasar a ser un adversario y viceversa. Esto ofrece una mayor capacidad de adaptabilidad en tiempos volátiles para el líder político, que no está atado a una alianza determinada.

Sin embargo, hacer uso de esta estrategia requiere a su vez grados altos de adaptabilidad y flexibilidad. Y esto es lo que parece estar fallando en el caso del macrismo, a pesar de su enorme capacidad de hacer uso de las herramientas más modernas de comunicación política. El macrismo logró el éxito político asumiendo una estrategia simple pero muy efectiva: prometer futuro y antagonizar con el kirchnerismo. Inevitablemente, esta estrategia contenía dentro del éxito la semilla de su propio desafío: una vez que Cambiemos le ganase al peronismo, antagonizar con un kirchnerismo derrotado otorgaría rendimientos decrecientes. El reto es reemplazar en el discurso ese adversario por otro nuevo. Algo similar le sucedió al gobierno de Cristina Fernández en 2008, cuando el FMI y los banqueros internacionales dejaron de ser adversarios plausibles frente a un gobierno fortalecido. Sin embargo, la crisis del campo fue superada en parte gracias a la renovación antagonista del kirchnerismo: los medios de comunicación concentrados (el Grupo Clarín no había tenido hasta ese momento conflictos con el gobierno) y las cámaras empresarias agrícolas pasaron a ser los nuevos adversarios. Correr la frontera antagonista permanentemente es crucial para cualquier populismo en el gobierno; además, porque con esta operación no solo se renuevan "los otros" sino que se incluyen nuevos grupos al "nosotros": en el kirchnerismo, fueron sectores de la clase media urbana, sobre todo jóvenes, que se sintieron llamados a movilizarse en el conflicto con el campo.

La experiencia latinoamericana que revisamos en el capítulo 3 indica que la renovación constante del antagonismo debe incluir un elemento de "pegar para arriba", para conectar con lo popular de una manera efectiva. Y en este nivel Macri demuestra problemas para construir su discurso. Su polarización con el kirchnerismo fue efectiva en tanto y en cuanto esta representaba "pegar para arriba", o sea, adversaba con un gobierno que tenía poder real. Una vez derrotado en las urnas, el kirchnerismo ya era una amenaza menos creíble. Pero "pegar hacia arriba" es difícil para un gobierno que no tiene un alto grado de

autonomía respecto de los principales grupos de la élite, por lo que le resulta difícil antagonizar con ellos. La alternativa parece ser antagonizar “para abajo”, directamente con la sociedad, con los que “usan demasiado la calefacción y no se abrigan” o “defienden privilegios”.

En definitiva: desde diciembre de 2017 (y paradójicamente a pesar de haber ganado las elecciones de medio término de ese año), el discurso de Cambiemos se ha vuelto más cercano a las matrices discursivas de la historia conservadora-liberal argentina. Mauricio Macri dejó de poder o de querer articular claramente una visión de un futuro venturoso que legitime y dé sentido a los sacrificios requeridos en el ahora. No hay una visión redentora populista (la felicidad del pueblo y la derrota de sus adversarios poderosos) pero tampoco un horizonte venturoso modernizante y tecnocrático (la integración al mundo, las inversiones, la modernización). Dejó de existir esa frescura optimista que Cambiemos construyó tan bien. De cara a un discurso electoral para 2019, parece necesario entonces que Cambiemos recomponga algún antagonismo de tipo épico “hacia arriba” y construya una visión clara de cuál es el futuro venturoso al que apunta el gobierno.

---

[97] La fuerza vecinal de la ciudad de Buenos Aires liderada por el exempresario y dirigente de fútbol Mauricio Macri.

[98] Macri ya había sido candidato a jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA). En 2007 fue finalmente electo y reelecto en 2011.

[99] Sobre la conformación social del liderazgo de Cambiemos, pueden verse, entre otros, Vommaro, Morresi y Bellotti (2015), Astarita y De Piero (2017), Ducid y López (2016).

[100] Por supuesto, los partidos daban forma a la política en los momentos en que no estaban en el poder gobiernos de facto bajo mando militar.

[101] Aunque más tarde analistas como Lupu y Stokes (2009) demostraron que el movimiento era relativo, ya que entre 1946 y 1983 la clase media votaba al radicalismo, en tanto que la clase trabajadora y los sectores más pobres, tanto urbanos como rurales, se inclinaban mayoritariamente por el peronismo.

[102] La UCR es un extraño caso de partido que nació como una fuerza populista pero se imagina hoy a sí misma como un partido liberal, tras derivar de forma progresiva hacia un discurso casi exclusivamente antipopulista. Encuentro persuasivas, sin embargo, las argumentaciones de Gerardo Aboy Carlés sobre el carácter populista del yrigoyenismo (2013) y de Julián Melo (2013) sobre la disputa que, entre los años 1945 y 1976, la UCR llevó adelante con el peronismo sobre cuál de los dos encarnaba el *verdadero* populismo nacional. Y tampoco existen dudas acerca del carácter populista del liderazgo de Raúl Alfonsín (Aboy Carlés, 2001).

[103] Mauricio Macri contó varias veces que su primera entrevista laboral fue con su padre, que tenía que decidir si “le daba un trabajo” en la empresa familiar.

[104] El padre de Franco, Giorgio Macri, había sido un empresario constructor con contratos en Italia y África bajo el gobierno de Mussolini y su abuelo, uno

de los fundadores del partido Fronte dell'Uomo Qualunque (Frente del Hombre Común).

[105] Su paso por la carrera de Ingeniería de la Universidad Católica Argentina no parece haberle dejado una red comparable de conexiones personales.

[106] Kirchner fue el candidato presidencial ungido por Eduardo Duhalde solo por un proceso de eliminación, luego de que José Manuel de la Sota "no levantara el amperímetro" y de que Carlos Reutemann se negara a presentarse.

[107] Para la sección sobre los orígenes del PRO, resultó fundamental la consulta de *Mundo PRO*, de Vommaro, Morresi y Bellotti (2015).

[108] La derecha liberal argentina, sin embargo, se ha comportado históricamente de una manera distinta: para empezar, es una derecha que no concibe ninguna coalición que contenga sectores populares, ni siquiera en una posición asimétrica; más bien, a lo largo del siglo XX, la derecha liberal argentina no ha ofrecido a los sectores populares más que coerción más o menos abierta (Casullo, 2012: 52).

[109] La Unión de Centro Democrático primero, Cavallo después y finalmente López Murphy obtuvieron entre el 10 y el 15% de los votos en diversas elecciones, y López Murphy en particular quedó tercero en las elecciones de 2003.

[110] Esta combinación del aspiracional duranbarbiano con la épica antikirchnerista fue bien (aunque involuntariamente) explicada por Federico Sturzenegger, uno de los dirigentes claves del macrismo y quien fuera presidente del Banco Central de la República Argentina desde el inicio del gobierno de Macri hasta junio de 2018. En una filmación se lo ve contando que Durán Barba les decía: "No expliques nada, no digas lo que va a hacer el gobierno […] solo decí que 'ellos' (el kirchnerismo) están mintiendo con la inflación y hablá de tus hijos". Es decir, no dar precisiones sobre la política pública deseada (el ajuste fiscal, que implica pérdida de empleos y, por lo tanto, sería impopular), y centrarse en trazar la frontera con el "ellos" y en generar empatía con el votante. Una estrategia discursiva típicamente populista.

[111] Esto es muy notable en el caso de la autoridad policial. Macri dijo públicamente que debíamos volver a una época en la que "si un policía decía 'Alto', se lo respetaba".

[112] Mauricio Macri sostuvo en una conferencia de prensa en mayo de 2018 que "Buenos Aires gasta un 70% más de gas que Montevideo". La diferencia se explica porque la Argentina es un país productor de gas natural desde hace décadas, mientras que Uruguay depende sobre todo de la electricidad (subsidiada) para calefacción. Al presentar el dato de mayor consumo de gas de manera descontextualizada, deja de aparecer como un problema de política pública y pasa a ser un problema de tipo moral.

[113] En enero de 2018, María Eugenia Vidal aseguró en un popular programa de televisión que las pymes que cierran lo hacen porque "no son competitivas".

Conclusión

Populismo, crisis y representación

> Sabrás qué decir cuando llegue el momento. Eso es todo este arte, ¿eh? Qué decir, y cuándo decirlo. Y el resto es silencio.
> **Le Guin**, *Tales from Earthsea* (traducción propia)

El ascenso del populismo y los contextos de crisis política y económica tienen una relación compleja. Como ya dijimos, tanto los populismos sudamericanos de izquierda como el estadounidense y los europeos de derecha alcanzaron masa crítica en momentos en que el descontento social estaba en alza a causa de los procesos de rápido descenso del bienestar económico y de pérdida de legitimidad de los partidos políticos establecidos.

En el caso sudamericano, puede mapearse de una manera casi perfecta la aparición de todos los fenómenos de populismos exitosos correlacionando estas dos variables: crisis económica y crisis política. En Chile, Brasil y Uruguay, los tres países en que no se produjo una crisis económica abierta y en que el sistema de partidos, o bien no cambió, o bien lo hizo de manera gradual,[114] no llegó al poder un presidente populista. En la Argentina, donde la crisis económica fue muy fuerte, pero la deslegitimación de los partidos en 2001 no impactó de igual manera en la UCR y en el peronismo, y donde el gobierno populista resultante llegó al poder de la mano de un partido preexistente, el grado de radicalidad discursiva del gobierno kirchnerista (sobre todo, el de Néstor Kirchner) fue más moderado. Por el contrario, cuanto más fuerte resultó la crisis económica y más profunda la pérdida de la legitimidad de los partidos, más radical se mostró el discurso del gobierno surgido de esa coyuntura.[115] El caso más extremo, Venezuela, sumó al impacto de la baja de los precios del petróleo y a la crisis económica de los años noventa la deslegitimación profunda de los dos partidos que habían sostenido el largo bipartidismo venezolano. En Sudamérica, los gobiernos de la "ola rosa" que surgieron de esta encrucijada fueron, a grandes rasgos, distributivos, modernizantes y estatistas.

Una "doble crisis" similar ocurrió en Europa luego de 2008, cuando la crisis financiera causó un impacto semejante a lo sucedido en

Latinoamérica y se sintió en los sistemas de partidos. Fueron los partidos “centristas”, socialdemócratas o de centroderecha, los más afectados, ya que fueron vistos como causantes de la crisis o como garantes de las medidas de austeridad con que se intentó enfrentarla.[116] Tal como sucedió en el contexto sudamericano, a esta doble crisis siguió en Europa un momento de creatividad política, con aparición de nuevos partidos, movimientos y liderazgos populistas. Sin embargo, estos tuvieron, en general, características diferentes: en su mayoría fueron xenofóbicos, nativistas y despreocupados por la expansión de derechos. Como dijimos en el capítulo 4, los populismos que poblaron Sudamérica en las últimas dos décadas en general concibieron al pueblo como un proyecto incompleto, algo que debía ser constituido en el presente y en el futuro. Por el contrario, en los populismos de derecha, como los de Marine Le Pen, Nigel Farage o Donald Trump, el pueblo se define como una entidad ya completa, amenazada por la desintegración presente. Ambos tipos de movimientos tienen un discurso antiélite, pero solo los primeros se enfocan en la élite económica, mientras que los segundos se concentran en las élites político-culturales.

La relación entre crisis económica/crisis política y aparición de gobiernos populistas no es tan lineal en el contexto europeo. Por caso, la distribución de populismos de izquierda y de derecha no está tan claramente correlacionada con un número concreto de variables. El ascenso de la ultraderecha no parece estar vinculado con el impacto de la crisis económica, ya que Grecia, el país más afectado por esa crisis, optó por un populismo de izquierda, mientras que la ultraderecha se incrementa en Alemania, un país que no debió enfrentar la crisis y cuya economía crece. Varios autores señalaron que hay una sólida correlación entre la existencia de un partido de ultraderecha fuerte en un país determinado y la existencia de un antecedente histórico de un partido nazi o fascista en ese país;[117] sin embargo, todavía no parece existir en España un populismo xenófobo con posibilidades de ganar el poder a pesar del antecedente del franquismo, aunque la irrupción del ultraderechista Vox en las elecciones de Andalucía en 2018 puede alterar esta ecuación.

En conclusión: aunque pueden discernirse trayectorias generales, no existe un determinismo absoluto. No queda claro por qué ciertas clases de populismo tienen mayor pregnancia en algunas situaciones, mientras que populismos de signo contrario resultan favorecidos en otras, un fenómeno que desconcierta a los analistas políticos que preferirían encontrar algún tipo de orden. La situación actual se caracteriza por la fluidez y la incertidumbre: hay casos considerados exitosos que en pocos meses pueden revelarse como frágiles. Basta con mencionar el caso de Brasil, que parecía ser un ejemplo de solidez

institucional en el cambio de década, pero que en solo algunos años sufrió la implosión de su sistema político y el ascenso fulgurante de un liderazgo populista de derecha, por no decir abiertamente fascista. Asimismo, en la Argentina el gobierno de Mauricio Macri parecía dirigirse con tranquilidad a obtener su reelección y "enterrar definitivamente al populismo" luego de ganar las elecciones legislativas en 2017; sin embargo, sus perspectivas para ambos objetivos parecen más matizadas un año después.

En todo caso, es importante introducir la variable histórica. Los mitos populistas adquieren relevancia en función de contextos y repertorios sedimentados históricamente: en momentos de crisis, es probable que ciertos mitos, con un recorrido extenso, tengan mayor capacidad de resonar en los ciudadanos. Sin embargo, el peso de la historia no es completamente determinante: aparece también con fuerza un efecto de imitación, por el cual políticos con ambiciones se muestran dispuestos a probar "lo nuevo" que ha funcionado en otros contextos. Por ejemplo, luego de la elección de Donald Trump o Jair Bolsonaro surgieron entusiastas proyectos de imitadores en otros países.

Populismo y sociedad

En capítulos anteriores presentamos dos argumentos que pueden verse como contradictorios. Dijimos, en primer lugar, que el populismo es un fenómeno tan antiguo como la propia democracia y un subproducto, tal vez inevitable, del propio juego democrático; sostuvimos, luego, que adquiere mayor atractivo en tiempos de crisis. Entonces, ¿es inevitable, o es un fenómeno efímero que desaparecerá tan pronto como la economía y la política puedan estabilizarse? A riesgo de aumentar la confusión, la única respuesta posible es que es *ambas cosas a la vez*. La movilización populista es una posibilidad siempre presente en el abanico de las estrategias políticas; en ciertos momentos de crisis, su actualización puede resultar más atractiva o potente, y más miembros de la sociedad estar dispuestos a adherir a ella. No obstante, también hay que decir que los políticos populistas son muy buenos para *crear* situaciones que generan "sensaciones" de crisis.[118]

El segundo factor que facilita esta diseminación son los cambios en la estructura social de las comunidades políticas de los países contemporáneos. En particular, el mito populista adquiere especial eficacia en condiciones de radicalización de la pluralidad social, una idea que, como vimos, ya estaba presente en Aristóteles. La

fragmentación social y la coexistencia de múltiples clivajes e identidades es justamente la manera de ser de nuestras sociedades de principios del siglo XXI. No es solo que los antiguos clivajes masivos del siglo XX están en crisis por las transformaciones sociales y económicas que socavaron las identidades basadas en la posición en el proceso productivo (es difícil basar una identidad partidaria en la pertenencia de las masas a la clase obrera cuando la actividad industrial está en decadencia). Se trata también de que esas "'viejas"' identidades de clase conviven y se interseccionan con otras: con la etnia, con el género, con las identidades sexuales, con pertenencias geográficas o regionales, con la edad. Raúl Madrid (2008) lo señala para el caso del MAS boliviano: la estrategia populista fue adecuada porque pudo contener múltiples grupos y dar cuenta de la condición de mestizaje; este argumento se puede extrapolar a casi todas las sociedades actuales, en que la mayoría de las personas son o se sienten *mestizas,* en el sentido de que en ellas conviven varias formas de identificación posible. Esos modos de identificación son, además, fluidos y negociables. Así, una persona puede ser obrera industrial, y al mismo tiempo mujer, joven, lesbiana, creyente de una determinada religión y habitante de una región que tiene una historia e identidad particulares. No está determinado que su pertenencia de clase sea el principio fundamental para construir su identificación política, ni que ninguno de los anteriores puntos de anclaje sea efectivamente elegido para fundar en él una identidad política. En estas condiciones, el modo de identificación populista, en que la lealtad del grupo no se funda sobre características objetivas sino a partir de la adhesión con una narrativa discursivamente construida que señala a un otro como responsable de un daño común, es especialmente potente.

Que el populismo sea una forma política que se presenta cíclicamente a lo largo de la historia democrática (y que sin duda seguirá haciéndolo) no debe hacernos ignorar que cada "evento" populista adquiere, como ya dijimos, un contenido propio y particular. El populismo clásico de Perón y Vargas no fue idéntico al de Menem y Fujimori, así como tampoco el de Hugo Chávez y Néstor Kirchner fue igual al de Álvaro Uribe. Los temas del discurso populista cambian: una característica particular de los gobiernos populistas sudamericanos es que trataron de realizar una síntesis discursiva entre los valores populistas (la unidad del pueblo, la necesidad de derrotar a aquellos que se le oponen) y elementos rescatados de la tradición liberal de los movimientos de derechos humanos antiautoritarios de la década del setenta: una reivindicación de la democracia electoral (en contraposición con la aceptación de la lucha armada de la izquierda de los años sesenta y setenta), una aceptación (al menos en el discurso) de las garantías propias del Estado liberal, una mayor

apertura a reivindicaciones ajenas a la clase, como por ejemplo los reclamos de grupos de mujeres, de minorías LGTBI, de migrantes. Además, si bien estos movimientos reivindicaban una defensa de los intereses nacionales (es decir, en todos los casos la comunidad/pueblo se imaginaba acotada por los límites del Estado nación), en la primera década y media del siglo XXI se creó una "comunidad de naciones" entre estos países, basada no tanto en instituciones multilaterales, sino en relaciones interpersonales entre sus presidentes.[119] Esto no significa que la promesa de combinar la reivindicación del pueblo con las libertades liberales se haya cumplido en todos los casos, o aun en general, pero es un matiz que vale la pena señalar en tanto diferencia con los proyectos de izquierda revolucionaria de décadas pasadas.

También los populismos de derecha intentan crear pueblos que se imaginan como estrictamente nacionales. Sin embargo, algunos aspectos son diferentes. La "nación" significa cosas distintas: en los populismos de izquierda se presenta como un proyecto incompleto cuya posibilidad de construcción futura está amenazada por la élite; en los de derecha, se lo ve como una entidad orgánica que fue completa y contra cuya desintegración debe lucharse en el momento presente. La cuestión nacional también es distinta: en los populismos de derecha la idea de nación se fusiona con la idea de un pueblo ya constituido y siempre amenazado por el "afuera", cuya integridad debe ser defendida por los medios necesarios. Además, puede verse en estos movimientos una curiosa contemporaneidad entre la necesidad de defender la integridad del pueblo y la rigidez de ciertas jerarquías sociales y de género, con grupos que están "arriba" y otros que deben aceptar estar "abajo", con una radical defensa de un corporativismo de mercado casi completamente desregulado. (No es causal que todas las encuestas muestren que las clases más ricas apoyan a estos nuevos populismos de derecha). El respaldo entusiasta de sectores mayoritarios de las élites económicas a los populistas de derecha de nuevo cuño hacen pensar que los sectores más fuertemente defensores del *statu quo* capitalista pasaron rápidamente de rechazar el populismo a considerarlo el mejor aliado posible.

Las emociones

Como ya vimos, la cuestión de la *emoción* es central en la formación del lazo representacional populista. Tal vez sea más adecuado decir que, mientras que la emoción es primordial en la construcción de cualquier lazo político, el discurso populista se distingue por el hecho de que la referencia a la emoción es abierta y constante. No solo se

llama a preferir ciertas políticas sobre otras en función de su mejor relación costo/beneficio o su capacidad de generar felicidad para el mayor número de personas: también se convoca a comprometerse en una lucha de tipo épico contra un adversario que no solamente está equivocado, sino que lo hace a propósito; que no es ignorante, sino traidor. El mito populista invita a quien escucha a fundirse en el amor a la propia comunidad, a movilizarse junto con otros en una tarea común, a imaginar que se puede, entre muchos, cambiar el mundo. Las concepciones que reducen la política a votar o negociar ignoran muchas veces lo atractivo y, por qué no, lo placentero que resulta sentirse involucrado en una movilización política colectiva que comprometa y saque al individuo de su quehacer cotidiano. Hannah Arendt, la principal filósofa política liberal del siglo XX, y alguien que no simpatizaba para nada con el populismo, reconoció en *Sobre la violencia* que existen pocas experiencias más intensas en política que el "perderse a uno mismo" dentro de una movilización colectiva, incluso si involucra actos de protesta[120] (ella define el poder como algo necesariamente colectivo, solo existente mientras ese grupo actúe en copresencia) (Arendt, 1970: 44). Todos estos sentimientos –esperanza, resentimiento, solidaridad, lealtad, temor– siguen siendo uno de los motores principales de la acción política. El discurso populista los utiliza de manera flagrante, desprejuiciada, escandalosa.

Un buen ejemplo del rol del afecto en la construcción discursiva populista lo ofrecen dos eslóganes presentes en los gobiernos de Cristina Fernández. En la campaña presidencial de 2011, la consigna fue "La fuerza del amor"; en los últimos dos años de su mandato se hizo popular el eslogan "La patria es el otro". En el primer caso, resulta ineludible recordar que toda la campaña estuvo encuadrada por el recuerdo de Néstor Kirchner, fallecido el año anterior, cuya figura fue evocada en toda la propaganda electoral. En el segundo, aparece el intento de identificar al kirchnerismo en una especie de llamado al amor filial entre todos los que, diría Platón, son hermanos en una misma madre.

Esto no significa que la emotividad funcione siempre (en el caso del kirchnerismo, los retornos de este tipo de apelación afectiva fueron decrecientes), o que sus receptores estén determinados a "comprar" esta retórica. Sería incorrecto, además, sostener que la estrategia opuesta a la populista carece de una apelación a lo emocional. Si bien es cierto que el discurso tecnocrático es aparentemente más objetivo, racional y desprovisto de emociones, debe quedar claro que tanto la emotividad populista como la asepsia tecnocrática son efectos de sentido del discurso.[121] Por otro lado, una revisión más profunda muestra que el discurso tecnocrático apela también a los sentimientos.

En efecto, el despliegue de argumentos que enfatizan la necesidad de

pensar la realidad en términos de procesos impersonales y resolución de problemas busca generar identificación al suscitar una emoción individual absolutamente poderosa: la de imaginarse más inteligente que el vulgo. Asimismo, líderes no populistas invierten cantidades ingentes de recursos en construir fuertes corrientes de afecto con sus seguidores. Mauricio Macri es un excelente ejemplo de esto: uno de los pilares de su exitosa campaña presidencial en 2015 fue lo que sus asesores llamaron públicamente su “humanización”, que se centró en la construcción de una imagen empática y, para usar una palabra central en el léxico de Cambiemos, “cercana”. Macri se mostró como un padre amoroso que jugaba con su hijita, como un esposo que gustaba de viajar o pasear con su mujer, como un buen amigo que seguía jugando al fútbol o comiendo asado con su grupo de siempre; es decir, como alguien con los mismos afectos y disfrutes que las personas comunes y corrientes. En las fotografías de las campañas de 2015 y 2017, en que los timbreos tenían un papel central, se enfatizaba la relación afectiva entre el candidato o presidente y sus pequeñas audiencias: un matrimonio de ancianos, una pareja de almaceneros, una maestra, una familia. Grupos pequeños pero cercanos, gente tomando mate alrededor de una mesa, sonrisas, calidez humana.

La clave es que esta afectividad, que está presente, no es necesariamente política. Una foto en que Macri abraza a una pareja de jubilados es, sin dudas, emotiva, pero él podría ser su hijo, un pastor o sacerdote, o un médico querido. Por el contrario, el afecto populista es eminentemente político: expresado públicamente, escenificado en las multitudes reunidas físicamente, sustentado en una tarea común. No por casualidad Cristina Fernández eligió como imagen para su perfil de Twitter a mediados de 2018 una foto de uno de sus actos masivos en la cancha de Racing, que la muestra de espaldas sobre el escenario, mirando a la multitud en las tribunas y el campo (Mauricio Macri, en cambio, prefiere una foto en que abraza a una pareja de ancianos). El afecto se dirige al líder en tanto líder, no necesariamente en tanto persona privada (¿tienen vida privada los y las líderes populistas?). Los líderes no populistas buscan crear un afecto que también puede ser fuerte, pero es distinto: personal, de identificación o, como les gusta decir a quienes analizan a Cambiemos, aspiracional.

Hay vida después del populismo

A lo largo de los capítulos de este libro hemos hablado del populismo: de su longevidad, de sus raíces, de la razón de su éxito, de sus

subtipos. Vale la pena cerrar este recorrido con una reflexión sobre qué pasa después: ¿cómo puede pensarse la alternancia entre gobiernos populistas y gobiernos que no lo son?

Por prudencia, solo ofreceremos algunas conclusiones tentativas sobre lo que está sucediendo en América Latina en los años que siguieron a la "ola rosa" populista. En primer lugar, resulta evidente que todos los gobiernos analizados en esta obra compartieron un talón de Aquiles: la imposibilidad de institucionalizar la transmisión del carisma para el sucesor del líder original. Ya sea porque el sucesor designado perdió las elecciones (el caso de Daniel Scioli en la Argentina), porque logró el triunfo electoral pero traicionó rápidamente al líder original (Lenín Moreno en Ecuador) o porque el líder original decidió forzar su propia permanencia en el cargo por la ausencia de un sucesor viable (Evo Morales en Bolivia), queda claro que el carisma sigue siendo una característica difícilmente separable del cuerpo del político. O, para decirlo en términos del esquema analítico de este libro, resulta evidente que la autoridad performativa del líder (fuente del poder performativo del mito populista) no es fácilmente transferible ni a un sucesor ni a la institucionalidad impersonal de un partido. Vale señalar que en el caso venezolano, Hugo Chávez tuvo la capacidad de imponer electoralmente a su sucesor, Nicolás Maduro, quien, sin embargo, carece de la autoridad carismática de Chávez y avanzó en su reemplazo por la dominación autoritaria.

En segundo término, es importante subrayar (aunque sea obvio) que los populismos pierden elecciones: el modo de representación populista es poderoso pero no invencible; su principal desafío es la institucionalización en la gestión de gobierno. Es muy difícil combinar gestión, institucionalidad, ampliación de derechos, respuesta a demandas sociales y movilización de manera eficaz por períodos más extensos que una década. Dos elementos se combinaron en Sudamérica para decretar el fin de los populismos: por una parte, estos gobiernos generaron o facilitaron (si se asume que la mejora social solo estuvo ligada a los precios favorables de los *commodities*) procesos de ascenso social de grupos que vivían en la pobreza; esos grupos, sin embargo, una vez llegados a la clase media comenzaron en gran medida a identificarse con otras opciones políticas. Por la otra, capas amplias de la sociedad empezaron a rechazar el espíritu antagonista que había llevado al poder a estos movimientos y valoraron partidos o liderazgos que prometían un retorno a la "normalidad" política y una defensa del "orden natural" social amenazado por los populismos.

Por último, si bien el pequeño número de casos hace poco verosímil cualquier generalización, parecería que la mejor opción para derrotar

a un gobierno populista son las urnas y no medios extraelectorales. El golpe contra el chavismo en 2002 lo fortaleció; en la Argentina, Cambiemos se tomó ocho años para ganar y lo logró. La paciencia estratégica de las oposiciones parece la mejor apuesta.

El mito, el pueblo, la razón y el silencio

Los individuos hacen la política, y mientras la hacen y solo por ese momento, dejan de serlo y se transforman, fugazmente, en otra cosa que el lenguaje liberal solo puede llamar "pueblo", pero que también podríamos denominar "comunidad" o "colectivo". Esa acción, en el enfoque aquí descrito, toma la forma de palabras: de un tipo de cuento, narrativa o relato que nos contamos a nosotros mismos sobre quiénes somos, qué tenemos en común, adónde vamos.

Dijo Hannah Arendt en *Sobre la violencia*:

> El poder no necesita justificación, ya que es inherente a la existencia misma de las comunidades políticas; lo que sí necesita es legitimidad. […] El poder aparece siempre que las personas (o el pueblo) se encuentran y actúan juntas, pero la legitimidad se deriva más del "encuentro" universal que de la finalidad de la acción futura. […] Cuando se la desafía, la legitimidad basa su apelación en un pasado (común) (1970: 52; traducción propia).

En este libro hemos intentado iluminar cómo esta "apelación a un pasado común" puede comprenderse como un relato, un cuento, una narración; a este lo hemos llamado "mito político", del cual el mito populista es una variante.

Puede pensarse que la política sería mejor, más transparente, más racional si pudiéramos discutir solo de números, de ideas puras, y, en definitiva, expurgar los mitos de ella. Pero ¿qué es ese proyecto de una política "algorítmica" sino un mito político como otros, pero uno que se ignora a sí mismo? Si la capacidad de razonar es indudablemente humana, también lo es la de contar una historia, y cada uno de nosotros realiza cada día ingentes esfuerzos para relatarse a sí mismo y a los otros la propia historia de una manera que *tenga sentido*. De modo colectivo, podemos comprender la política como la creación de múltiples historias que compiten entre sí por la atención y la lealtad de los oyentes.

A veces, en momentos especiales, logramos reconocernos como los

héroes y las heroínas de nuestra historia particular que alguna vez deseamos ser, y eso nos hace fugazmente felices.

Nuestra invitación no es, entonces, a eliminar los mitos de la política, sino a comprenderlos, a hacerlos explícitos, a discutirlos, a multiplicarlos, a volverlos más plurales, más creativos, más reflexivos. De esto se trata la política: en definitiva, y como bien lo sabían en la Grecia clásica, lo opuesto al mito no es la razón, sino el silencio.

---

[114] En Chile, los partidos políticos que surgieron de la transición democrática se mantuvieron en el poder con alternancia por vía electoral; en Brasil y en Uruguay, tanto el PT como el Frente Amplio primero se crearon como partidos, luego gobernaron municipios o estados y finalmente ganaron la presidencia.

[115] Un argumento similar desarrollan Etchemendy y Garay (2011) al comparar a la Argentina, Brasil y Venezuela. Entre otras cosas, el kirchnerismo nunca realizó, ni intentó, una reforma constitucional.

[116] Solo dos ejemplos: en Grecia, el Movimiento Socialista Panhelénico (Pasok), fundado en 1974, prácticamente desapareció; en España, el Partido Obrero Socialista Español (PSOE) perdió parte de su electorado, que se volcó al nuevo partido Podemos y solo pudo volver al gobierno en 2018 de la mano de una coalición parlamentaria, es decir, no por la vía electoral; mientras el Partido Popular (PP), de centroderecha, también fue amenazado por el nuevo partido Ciudadanos y, más recientemente, por la fuerza de centroderecha Vox.

[117] Sobre este punto, véase la discusión sobre las explicaciones históricas del ascenso de los populismos de derecha en Loch (2017: 80).

[118] Donald Trump es un excelente ejemplo de la creación de una permanente sensación de crisis: en octubre de 2018 su discurso buscó generar miedo y alarma durante semanas por la supuesta amenaza de seguridad nacional que representaba la llamada “caravana” de migrantes centroamericanos que buscaban llegar a pie a la frontera entre México y los Estados Unidos. En un gesto sin precedentes, Trump movilizó 15.000 soldados del ejército hacia la frontera de Texas pocos días antes de las elecciones legislativas de medio término y anunció que les había dado permiso para disparar “a primera vista” si se juzgaban amenazados.

[119] Un elemento poco comentado de los discursos de los presidentes populistas latinoamericanos es que ellos se mencionaban los unos a los otros todo el tiempo, se llamaban por el nombre de pila y se legitimaban los unos a los otros.

[120] “En la acción militar y en la revolucionaria, ‘el individualismo es lo primero que desaparece’; en su lugar, encontramos una clase de coherencia de grupo que es más intensamente sentida y que es más fuerte, a pesar de que menos duradera, que todas las variedades de la amistad, pública o privada” (Arendt 1970:67; traducción propia).

[121] El saber tecnocrático no es “verdadero”, sino que “se construye” como tal; tampoco el discurso populista se refiere necesariamente a una épica “verdadera”, sino que busca construirse como tal en su receptor, es decir, en sus condiciones de reconocimiento.

Referencias

Aboy Carlés, G. (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens.

— (2013), "El radicalismo yrigoyenista y el proceso de nacionalización del espacio político. Una interpretación a través de los usos del concepto de hegemonía", *Identidades*, 4(3): 33-47.

Aibar Gaete, J. (2013), "La miopía del procedimentalismo y la presentación populista del daño", en J. Aibar Gaete (ed.), *Vox populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*, Avellaneda, Undav Ediciones - Universidad Nacional de General Sarmiento - Flacso sede México.

Akkerman, T. (2017), "Populist Parties in Power and their Impact on Liberal Democracies in Western Europe. Populist Parties of Latin America: The Cases of Argentina and Ecuador", en R. Heinisch, C. Holtz-Bacha y O. Mazzoleni (eds.), *Political Populism. A Handbook*, Baden-Baden, Nomos.

Arendt, H. (1970), *On Violence*, Nueva York, Harcourt [ed. cast.: *Sobre la violencia*, Madrid, Alianza, 2014].

Aristóteles (1988), *Política*, Madrid, Gredos, trad. de Manuela García Valdés.

Arnson, C. y C. de la Torre (eds.) (2013), *Latin American Populism in the Twenty-First Century*, Washington DC, Woodrow Wilson Center Press y Johns Hopkins University Press.

Astarita, M. y S. de Piero (2017), "Cambiemos y una nueva forma de elitismo: el político-empresarial", en D. García Delgado y A. Gradín (comps.), *El neoliberalismo tardío. Teoría y praxis*, Buenos Aires, Flacso; disponible en <flacso.org.ar>.

Barros, S. (2014), "Momentums, demos y baremos. Lo popular en los análisis del populismo latinoamericano", *Postdata*, 19(2); disponible en <www.scielo.org.ar>.

Baykan, T. (2018), *The Justice and Development Party in Turkey*, Cambridge, Cambridge University Press.

Betz, H.-G. (1994), *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, Londres, MacMillan.

Cameron, M. A. (2011), "Peru: The Left Turn that Wasn't", en S. Levitsky y K. Roberts, *The Resurgence of the Latin American Left*, Baltimore, Johns Hopkins Press.

Canovan, M. (2005), *The People*, Londres, Polity.

Casullo, M. E. (2012), "Mauricio Macri, ¿liberal o populista?", en S. Caggiano y otros, *Racismo, violencia y política. Pensar el Indoamericano, dos años después*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento.

— (2014), "¿En el nombre del pueblo? Por qué estudiar al populismo hoy", *Postdata*, 19(2): 277-313; disponible en <www.scielo.org.ar>.

Casullo, M. E. y F. Freidenberg (2017a), "Populist Parties of Latin America. The Cases of Argentina and Ecuador", en R. Heinisch, C. Holtz-Bacha y O. Mazzoleni (eds.), *Political Populism. A Handbook*, Baden-Baden, Nomos.

— (2017b), "Programmatic and Populist Parties in Latin American Party Systems", en R. Heinisch, C. Holtz-Bacha y O. Mazzoleni (eds.), *Political Populism. A Handbook*, Baden-Baden, Nomos.

Cavarozzi, M. y M. E. Casullo (2002), "Los partidos políticos en América Latina hoy. ¿Consolidación o crisis?", en M. Cavarozzi y J. M. Abal Medina (comps.), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Homo Sapiens.

Cepal (2016), *Panorama social de América Latina 2016*, Santiago de Chile, Cepal; disponible en <repositorio.cepal.org>.

Dagatti, M. (2012), "El estadista oculto. El ethos gubernamental en los discursos públicos de Néstor Kirchner", *Rétor*, 2(1): 55-93.

Dallmayr, F. (1993), "Post-Metaphysics and Democracy", *Political Theory*, 21(1): 101-127.

Di Tella, T. (1965), "Populismo y reforma en América Latina", *Desarrollo Económico*, 4(16): 391-425.

Diehl, P. (2017), "The Body in Populism", en R. Heinisch, C. Holtz-Bacha y O. Mazzoleni (eds.), *Political Populism. A Handbook*, Baden-Baden, Nomos.

Dockendorff, V. y B. Kaiser (2009), "Populismo en América Latina. Una revisión de la literatura y la agenda", *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 17: 75-99; disponible en

<www.redalyc.org>.

Dornbusch, R. y S. Edwards (1991), *The Macroeconomics of Populism in Latin America*, Chicago, Chicago University Press [ed. cast.: *Macroeconomía del populismo en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992].

Ducid, M. y E. López (2016), "El bloque en el poder en tiempos de transición: diagnósticos, demandas y estrategias de los grandes grupos empresarios", ponencia presentada en IX Jornadas de Estudios Sociales de la Economía, Buenos Aires, Idaes - Unsam.

Escárzaga, F. (2012), "Comunidad indígena y revolución en Bolivia. El pensamiento indianista-katarista de Fausto Reinaga y Felipe Quispe", *Política y Cultura*, 37: 185-210; disponible en <www.scielo.com.org.mx>.

Etchemendy, S. y C. Garay (2011), "Argentina: Left Populism in Comparative Perspective, 2003-2009", en S. Levitsky y K. Roberts, *The Resurgence of the Latin American Left*, Baltimore, Johns Hopkins Press.

Fernández, A. (2006), "El populismo latinoamericano. Realidades y fantasmas", *Colección*, 17: 13-34; disponible en <dialnet.unirioja.es>.

Filc, D. (2015), "Latin American Inclusive and European Exclusionary Populism. Colonialism as an Explanation", *Journal of Political Ideologies*, 20(3): 263-283.

Freidenberg, F. (2007), *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*, Madrid, Síntesis.

Fukuyama, F. (1989), "The End of History?", *The National Interest*, 16: 3-18; disponible en <www.embl.de>.

Germani, G. (1963), "Los procesos de movilización e integración y cambio social", *Desarrollo Económico*, 3(3): 403-422.
— (1968), *Política y sociedad en una época en transición*, Buenos Aires, Paidós.

Gherghina, S., S. Miscoiu y S. Soare (2017), "How Far Does Nationalism Go? An Overview of Populist Parties in Central and Eastern Europe", en R. Heinisch, C. Holtz-Bacha y O. Mazzoleni (eds.), *Political Populism. A Handbook*, Baden-Baden, Nomos.

Ginzburg, C. (1999), *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik.

Habermas, J. (1999), *Between Facts and Norms*, Cambridge, The MIT Press.

Heinisch, R. y Mazzoleni, O. (2017), "Analysing and Explaining Populism: Bringing Frame, Actor and Context Back In", en R. Heinisch, C. Holtz-Bacha y O. Mazzoleni (eds.) *Political Populism. A Handbook*, Baden-Baden, Nomos.

Ianni, O. (1975), *La formación del Estado populista en América Latina*, México, Era.

Inglehart, R. y P. Norris (2017), "Trump and the Populist Authoritarian Parties. The Silent Revolution in Reverse", *Perspectives on Politics*, 15(2): 443-454.

Jansen, R. (2011), "Populist Mobilization. A New Theoretical Approach to Populism", *Sociological Theory*, 29(2): 75-96.

Kampwirth, K. (2010), *Gender and Populism in Latin America. Passionate Politics*, University Park, Pennsylvania State University Press.

Kitschelt, H., K. Hawkins, J. P. Luna, G. Rosas y E. Zechmeister (2010), "Introduction: Party Competition in Latin America", en H. Kitschelt y otros, *Latin American Party Systems*, Cambridge, Cambridge University Press.

Koster, W. de, P. Achterberg y J. van der Waal (2013), "The New Right and the Welfare State. The Electoral Relevance of Welfare Chauvinism and Welfare Populism in the Netherlands", *International Political Science Review*, 34(1): 3-20.

Laclau, E. (2005), *La razón populista*, Londres, Verso.

Laclau, E. y C. Mouffe (1987), *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI.

Le Guin, U. (2002), *Tales from Earthsea*, Nueva York, Harcourt [ed. cast.: *Cuentos de Terramar*, Barcelona, Minotauro, 2014].

Lee, M. (2006), "The Populist Chameleon. The People's Party, Huey Long, George Wallace, and the Populist Argumentative Frame", *Quarterly Journal of Speech*, 92(4): 355-378.

Leiras, M. (2002), "Instituciones de gobierno, partidos y representación política en las democracias de América Latina. Una revisión de la literatura reciente", *Contribuciones*, 19: 7-56.

Lerner, D. (1958), *The Passing of Traditional Societies. The Modernization of the Middle East*, Londres, Palgrave MacMillan.

Levitsky, S. y K. Roberts (2011), *The Resurgence of the Latin American Left*, Baltimore, Johns Hopkins Press.

Lipset, S. M. (1960), *Political Man. The Social Bases of Politics*, Nueva York, Doubleday.

Loch, D. (2017), “Conceptualizing the Relationship between Populism and the Radical Right”, en R. Heinisch, C. Holtz-Bacha y O. Mazzoleni (eds.), *Political Populism. A Handbook*, Baden-Baden, Nomos.

Lupu, N. y S. Stokes (2009), “The Social Bases of Political Parties in Argentina. 1912-2003”, *Latin American Research Review*, 44(1): 58-87.

Lyotard, F. (1987), *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*, Madrid, Cátedra.

Madrid, R. (2008), “The Rise of Ethnopopulism in Latin America”, *World Politics*, 60(3): 475-508.

Maquiavelo, N. (1950), *Discourses on Livy*, Nueva York, Random House [ed. cast.: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Buenos Aires, Losada, 2004].
— (1993), *El príncipe*, Montevideo, Nordan, ed. bilingüe, trad. de Stella Mastrángelo.

Mastropaolo, A. (2017), “Populism and Representation”, en R. Heinisch, C. Holtz-Bacha y O. Mazzoleni (eds.), *Political Populism. A Handbook*, Baden-Baden, Nomos.

McCargo, D. (2001), “Populism and Reformism in Contemporary Thailand”, *South East Asia Research*, 9(1): 89-107.

McCormick, J. (2001), “Machiavellian Democracy. Controlling Elites with Ferocious Populism”, *The American Political Science Review*, 95(2): 297-313.

Melo, J. (2013), “La frontera invisible. Reflexión en torno al populismo, el pueblo y las identidades políticas en la Argentina (1946-1949)”, en G. Aboy Carlés, S. Barros y J. Melo, *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Mény, Y. e Y. Surel (2002), “The Constitutive Ambiguity of Populism”, en *Democracies and the Populist Challenge*, Londres, Palgrave MacMillan.

Meret, S. y B. Siim (2017), “A Janus-Faced Feminism. Gender in Women-Led Right-Wing Populist Parties”, presentado en 2017 European Conference on Politics and Gender (ECPG), 8-10 de junio, Universidad de Lausana.

Moffitt, B. (2016), *The Global Rise of Populism. Performance, Political Style, and Representation*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Mouffe, C. (1999), *El retorno de lo político*, Barcelona, Paidós.

Mudde, C. (2007), *Populist Radical Right Parties in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
— (2017), “Populism: An Ideational Approach”, en C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (eds.), *The Oxford Handbook of Populism*, Óxford, Oxford University Press.

Mudde, C. y C. Rovira Kaltwasser (2013), “Exclusionary vs. Inclusionary Populism. Comparing Contemporary Europe and Latin America”, *Government and Opposition*, 48(2): 147-174; disponible en <researchgate.net>.
— (2017), *Populism. A Very Short Introduction*, Óxford, Oxford University Press.

O’Donnell, G. y Ph. C. Schmitter (1986), *Transitions from Authoritarian Rule. Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Ostiguy, P. (2009), “The High and the Low in Politics. A Two Dimensional Political Space for Comparative Analysis and Electoral Studies”, Working Papers nº 360, Kellogg’s Foundation; disponible en <kellogg.nd.edu>.
— (2017), “Populism: A Socio-Cultural Approach”, en C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (eds.), *The Oxford Handbook of Populism*, Óxford, Oxford University Press.

Ostiguy, P. y M. E. Casullo (2017), “Left versus Right Populism. Antagonism and the Social Other”, presentado en LXVII PSA Annual International Conference, Glasgow, 10-12 de abril.

Panizza, F. (2005), *Populism and the Mirror of Democracy*, Londres, Verso [ed. cast.: *El populismo como espejo de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica].

Plagemann, J. y A. Ufen (2017), “Varieties of Populism in Asia”, *GIGA Focus Asia*, nº 7, noviembre.

Propp, V. (1968), *Morphology of the Folk Tale*, Austin, University of Texas Press [ed. cast.: *Morfología del cuento*, Madrid, Akal, 2009].

Rancière, J. (1996), *El desacuerdo*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Roberts, K. (2003), “Social Correlates of Party System Demise and

Populist Resurgence in Venezuela”, *Latin American Politics and Society*, 45(3): 35-57.

Rovira Kaltwasser, C., P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (2017), *The Oxford Handbook of Populism*, Óxford, Oxford University Press.

Ruth, S. y K. Hawkins (2017), “Populism and Democratic Representation in Latin America”, en R. Heinisch, C. Holtz-Bacha y O. Mazzoleni (eds.), *Political Populism. A Handbook*, Baden-Baden, Nomos.

Sacks, O. (2009), *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, Barcelona, Anagrama.
— (2015), *On the Move*, Nueva York, Random House [ed. cast.: *En movimiento*, Barcelona, Anagrama, 2015].

Sigal, S. y E. Verón (2003), *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Eudeba.

Soruco Sologuren, X. (2015), “La nueva burocracia plurinacional en Bolivia. Entre la democratización y la institucionalización”, *Nueva Sociedad*, 257 (julio-agosto): 131-145; disponible en <nuso.org>.

Stanley, B. (2017), “Populism in Central and Eastern Europe”, en C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (eds.), *The Oxford Handbook of Populism*, Óxford, Oxford University Press.

Stavrakakis, Y. (2017), “Discourse Theory in Populism Research. Three Challenges and a Dilemma”, *Journal of Language and Politics*, 16(4): 523-534.

Stengel, F. y otros (eds.) (2019), *Populism and World Politics*, Londres, Palgrave MacMillan.

Taggart, P. (2000), *Populism*, Londres, Open University Press.

Torre, J. (1989), “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”, *Desarrollo Económico*, 28(112), 525-548.

Verón, E. (1987), “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, en E. Verón y otros, *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires, Hachette.

Vommaro, G., S. Morresi y A. Bellotti (2015), *Mundo PRO*, Buenos Aires, Planeta.

Weyland, K. (2001), “Clarifying a Contested Concept. Populism in

the Study of Latin American Politics", *Comparative Politics*, 34(1): 1-22.
— (2003), "Neopopulism and Neoliberalism in Latin America. How Much Affinity?", *Third World Quarterly*, 24(6): 1095-1115.
— (2017), "Populism: A Political-Strategic Approach", en C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (eds.), *The Oxford Handbook of Populism*, Óxford, Oxford University Press.